

B07296

R567

05

ENRIQUE TELLEZ



1020006051



150

EL  
**OFICIAL MAYOR**

NOVELA DE COSTUMBRES MEXICANAS ORIGINAL

DE

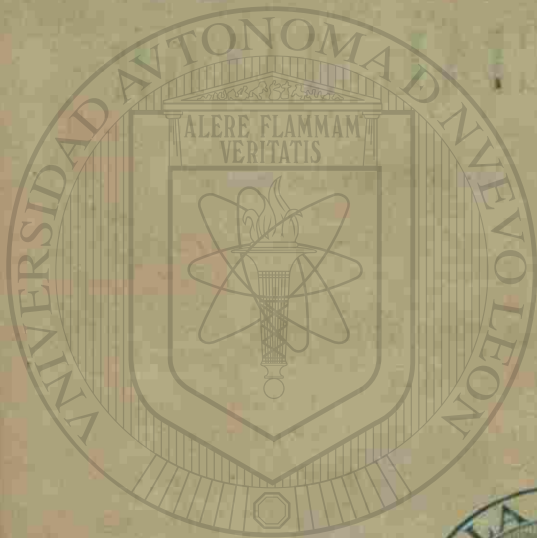
JUAN PABLO DE LOS RIOS.



PARIS  
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

1864

PA7296  
R567  
Q5



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

108677

## PRÓLOGO.

Concluida la presente novela, leia á mis amigos Joaquin C... y José N... un prólogo en que poco mas ó menos decia lo que todos los autores nuevos dicen para captarse la benevolencia del público.

Acabada la lectura alcé el rostro para ver á mis amigos. C... se acariciaba el bigote y tenia la vista baja, R... arrojaba grandes bocanadas de humo y miraba hácia el techo; los dos guardaban silencio.

— ¿Está bien así mi prólogo? les pregunté un tanto desconcertado.

— C... dijo: — ¡Está muy largo!

Entonces R... soltando su puro, dijo sentenciosamente:

— ¡Pues yo creo que está muy corto!

— Así es el mundo, exclamé yo enfadado,

nunca puede contentársele; acabaré por publicarla sin prólogo!

— ¡Quisquilloso! dijo C... vas á nacer en el mundo literario y ya muestras tener mas bilis de la que conviene á un mercader de ideas; lo que yo repruebo en tu prólogo es que expliques los motivos que te han impulsado á publicar tu ensayo, lo que el público no ha de creer, y que le pidas indulgencia, lo cual es...

— ¿Qué? interrumpí casi colérico.

— ¡Una forma anticuada! me contestó con flemma C... y sobre todo inútil, pues de muchos años atrás está bien averiguado que el público es indulgente con lo que le agrada y nunca con lo que le disgusta; de modo que la petición siempre sobra.

— Pero suprimidas esas dos cláusulas, ¿qué queda?

— Algo que todavía sobra, exclamó C... Tus pinturas van á herir tantas susceptibilidades, que muchos van á creer que son fotografías... morales... pero fotografías, y la fotografía es personal; por lo mismo tu protesta sobre generalidades... intenciones sanas...

pobreza de ingenio, etc., etc., etc., sobran para los que no se reconozcan, y para los otros...

— Entonces, interrumpí rompiendo el prólogo en cuestion, guardemos mis cuadernos y...

— ¡Otra vez el orgullo! replicó C... con impaciencia.

R..., que habia guardado silencio, tomó la palabra: — Todo lo que dice C..., es metafísica y *farándula*; tu prólogo será comprendido y estimado por los lectores juiciosos, los demás ¿qué importa?

— Luego al menos para los segundos sobra, dijo C...

— Pero no para los primeros, replicó R...

— Cuando compras un buen licor, dijo enfáticamente C... su mejor brevete, su mejor rótulo es el «¡magnífico!» que pronuncias despues de haberlo gustado, y entonces no buscas las recomendaciones que trae escritas; te basta saber su nombre. Así en esto: si agradas se buscarán tus obras, porque serán tuyas y nada mas; tu nombre valdrá entonces tanto ó mas que un prólogo.

— Me convenzo, dije mirando á R...

— Propondré, dijo este, un medio de transaccion, porque si tú estás convencido, es inútil mi oposición. Dáme tinta y papel.

Tomó la pluma y escribió.

Concluido que hubo, puso en el encabezamiento con hermosa letra gótica: « Prólogo. »

— Y bien, dijimos C... y yo, te escuchamos.

— Es inútil, nos contestó; he trascrito nuestra conversacion y ella será el prólogo. Dobló el papel, se lo guardó y nos citó para la imprenta.

Méjico, 25 de noviembre de 1863.

EL AUTOR.

## EL OFICIAL MAYOR.

### CAPITULO PRIMERO.

EN DONDE SE VE QUE EL MIEDO EN SOCIEDAD CONSTITUTE  
EL VALOR.

En el año de 185... habia en la ciudad de Méjico, en una de las calles próximas á Santo Domingo, una casita baja de aspecto humilde. El frente de ella no presentaba mas que un pequeño zaguan, en cuyas puertas, pintadas de verde, se hallaban fijadas dos pequeñas rejas de madera, pintadas del mismo color. A dos varas de distancia, una

— Me convenzo, dije mirando á R...

— Propondré, dijo este, un medio de transaccion, porque si tú estás convencido, es inútil mi oposición. Dáme tinta y papel.

Tomó la pluma y escribió.

Concluido que hubo, puso en el encabezamiento con hermosa letra gótica: « Prólogo. »

— Y bien, dijimos C... y yo, te escuchamos.

— Es inútil, nos contestó; he trascrito nuestra conversacion y ella será el prólogo. Dobló el papel, se lo guardó y nos citó para la imprenta.

Méjico, 25 de noviembre de 1863.

EL AUTOR.

## EL OFICIAL MAYOR.

### CAPITULO PRIMERO.

EN DONDE SE VE QUE EL MIEDO EN SOCIEDAD CONSTITUTE  
EL VALOR.

En el año de 185... habia en la ciudad de Méjico, en una de las calles próximas á Santo Domingo, una casita baja de aspecto humilde. El frente de ella no presentaba mas que un pequeño zaguan, en cuyas puertas, pintadas de verde, se hallaban fijadas dos pequeñas rejas de madera, pintadas del mismo color. A dos varas de distancia, una

ventana estrecha, aunque bastante capaz para permitir que asomase por ella una persona cómodamente. No había reja para seguridad de los que habitaban aquella casita. El interior de ella presentaba un aspecto de alegría y de tranquilidad poco comunes en la época en que comienza nuestra historia.

En efecto, las pasiones políticas, ó mas bien dicho, las ambiciones ruines agitaban á la desgraciada República en un mar tempestuoso de intrigas y conspiraciones, que derrocando unos tras otros los diferentes gobiernos daban de este modo el tristísimo resultado de engendrar nuevos odios entre todas las clases, desmoralizándolas, aniquilando el espíritu público, y agotando las fuentes de la riqueza social.

A pesar de esto, la familia que habitaba esta modesta casa, se mantenía ajena á la borrasca que agitaba á la nación.

Era la tarde de un día de abril. El sol, comenzando á caer, apenas doraba una parte de las paredes del patio de la pequeña casa. Los últimos rayos del astro al tocar los perfumados pétalos de las flores que adornaban el patio, habían dejado

la brisa tibia impregnada con los suavísimos olores que ellas despedían.

Sentada en una pequeña silla, con asiento de paja, entre una multitud de macetas, estaba una jóven ocupada en copiar en un fino tejido un dibujo que había colocado en una silla á su frente. Sobre un tapete en que descansaba sus piés, estaba poltronamente recostado un enorme gato blanco, que interrumpía las labores de la jóven, cada vez que el carrete se deslizaba de sus faldas.

Era una niña como de quince años. En su frente, blanca como el cáliz de las azucenas, se transparentaba el candor de su alma; unas cejas negras y arqueadas, ojos rasgados en cuyo color castaño oscuro brillaba el fuego de una alma tan candorosa como ardiente; nariz delgada y ligeramente curva; unos labios frescos y teñidos de un suave carmín, formaban una boca diminuta y graciosa, en cuyos límites dos pequeñas líneas daban á su fisonomía el tipo de una de esas vírgenes de Murillo, llenas de dulzura y de bondad. Este gracioso conjunto, que formaba un rostro de un óvalo perfecto, se hallaba engastado, por decirlo



así, entre dos madejas de suavísimos cabellos negros. El cuerpo de la joven correspondía perfectamente á la belleza de su rostro; un cuello torneado, un talle de abeja, unos brazos sombreados apenas por un vello imperceptible, unas manos pequeñas cuya transparente piel dejaba traslucir por la parte inferior un color ligero de nácar, unos dedos primorosamente torneados y algo puntiagudos con uñas rosadas y unos pies delicados: tal era el conjunto de la belleza que hemos procurado describir.

La tranquila respiracion que movia su pecho en compasados intervalos, la atencion imperturbable con que se ocupaba de su labor, y la franca alegría que presentaban sus facciones riñendo al gato, ya por sus juegos inocentes, ya por la pereza con que dormitaba recostado sobre la orilla de su finísimo vestido de muselina color de rosa, indicaban claramente que no habia experimentado aun los dolores del alma.

Después de un rato de estar trabajando, se levantó dejando ver su estatura algo elevada, y acercándose á un cenador formado en uno de los costados del patio con latas de madera pintadas

de verde, en las que se sostenian matas de madre-selva y de rosa enredadera, se puso á contemplar dos hermosos canarios, que revoloteaban alegres en una primorosa jaula de metal, picoteando de vez en cuando las flores próximas á sus doradas rejas, llevando granos de alpiste en su rosado pico que dejaban caer sobre las macetas al despedir sus placenteros trinos, como queriendo significar su regocijo al aproximarse la simpática Virginia.

Entablando conversacion con los inocentes animalitos: « ¡Desperdiciados, les dijo, un dia de estos los he de dejar sin comer! ¡Tirando siempre el alpiste y rompiéndome mis flores! Y no solo desperdiciados, sino ingratos, ¿á qué viene tanto afan por sacar la cabeza por entre las rejas? pretenderán Vds. escaparse cuando los quiero tanto y los cuido con tanto esmero? Ni siquiera me agradecen haber gastado mis ahorros en comprar esa jaula tan primorosa. Así hablaba Virginia á los dos prisioneros, cuyos esfuerzos diarios y continuados tendian á adquirir su libertad. El campo, el aire libre, el espacio, era lo que necesitaban aquellos animalitos, y por eso acaso sus silbidos eran á veces tristes y se prolon-

gaban dolorosamente: hijos del cielo, necesitaban la libertad.

Durante la conversacion de Virginia con sus canarios, habia llegado á la reja interior que comunicaba con el patio un jóven que se detuvo, acaso indiscretamente, para escuchar lo que esta decia.

Cuando concluyó de hablar, tocó suavemente con la mano para llamar la atencion de Virginia. Esta, con la mayor naturalidad, se acercó á la reja para ver quién era.

— Mande Vd., dijo levantando el picaporte y tiñéndose sus mejillas de un vivo carmin.

El jóven entonces, descubriéndose respetuosamente, saludó con alguna turbacion contestando:

— Buscaba á mi amigo David.

— ¿A mi hermano? contestó Virginia; no está ahí, pero si Vd. gusta pasar á esperarlo, no debe tardar.

— Temo ser importuno, señorita, volveré, dijo el recién llegado, clavando en Virginia una mirada llena de dulzura.

— De ninguna manera, caballero, dijo esta ruborizándose mas y mas.

— En tal caso acepto; y se adelantó precedido de Virginia, que empujando la vidriera mas próxima, que tenia á su izquierda, invitó al jóven para que entrase.

Este no lo hizo sino despues de Virginia, que adelantándose hasta el centro de la sala, é indicando al jóven con la mano el asiento de la derecha del sofá, lo obligó á sentarse en ese preferente lugar á pesar de su resistencia. En seguida, dando á su fisonomía una expresion, aunque modesta, de graciosa cortesía, dijo: «Permitame Vd. que avise á mi mamá,» y se retiró por la puerta que daba á las piezas interiores.

La pieza en que se hallaba el jóven era una sala cuadrilonga cuyas paredes estaban pintadas sencillamente al temple. Un tablero en la parte inferior servia para interceptar la humedad: una alfombra del país cubria el piso: el modesto ajuar se componia de un sofá y una docena de sillas de cerda negra, una consola, cuatro columnas de estuco, en dos de las cuales habia dos estatuas de yeso representando unas Bacantes, y en las otras dos unos candelabros de cristal de forma antigua. Un piano cuadrilongo ocupaba uno de los

costados de la sala, indicando que no era extraño el arte de Bellini para Virginia. — Sobre la consola estaba colocado, en primer término, un gracioso florero de porcelana de rosa y oro, en el cual se veía un ramo de violetas; la consola estaba además cubierta con profusion de una multitud de juguetillos de cristal ó de porcelana, representando animales, flores, hombres y mujeres.

Unas cortinas blancas como la nieve, que se cruzaban bajo unas goteras de brocatel azul, un tanto usadas, adornaban la puerta principal de la sala.

El lector nos perdonará si nos hemos detenido en estas minuciosidades, pero ellas nos parecen necesarias, porque las apariencias están generalmente de acuerdo con el carácter y las inclinaciones de las personas á quienes se refieren. Ahora nos ocuparemos del jóven, á quien hemos dejado solo en la sala.

Representaba ser de 25 años. Estatura elevada y de una robustez que unía á un aspecto fuerte y varonil una delicadeza extraña, color un tanto oscuro, ojos inteligentes y vivos, nariz recta, boca

pequeña aunque sus labios eran gruesos, adornados con un bigote naciente, negro lo mismo que sus cabellos echados hácia atrás con cierta marcialidad, dejando descubierta una ancha frente. Tal era el tipo del individuo de que nos ocupamos. Su traje era negro: sobre el lustroso satiné de su chaleco lucía un bejaco de oro finísimo colocado en un *nègligé* elegante.

Cuando salió Virginia, la mirada del jóven quedó fija en la puerta por donde aquella habia desaparecido, y al cabo de algunos instantes, como volviendo de un arrobamiento, levantó su cabeza y despidió un profundo suspiro. — Su corazón, vírgen todavía por una rareza, no pudo darse cuenta de aquella turbacion que experimentó al oír el acento de Virginia, de aquel éxtasis que en aquel momento lo preocupaba. — Antes de que pudiera volver del todo á su estado normal, la puerta volvió á abrirse, y un estremecimiento desconocido agitó su corazón al ver que Virginia volvía.

— Mamá, dijo, me encarga suplique á Vd. la dispense en este momento y me envía á desempeñarla mientras concluye.

— Siento, contestó Rafael (así se llamaba el joven), que las ocupaciones me priven del placer de ponerme á las órdenes de la señora su mamá, á pesar de que no he sido presentado por mi amigo David en esta casa. Los estudios de este año, en que espero recibirme, y la asistencia al hospital me han privado de esta satisfacción.

— David, replicó Virginia, tiene pocos amigos, y estoy segura de que Vd. es la persona de quien nos habla frecuentemente.

En este instante se oyó en el patio una voz ronca que decía: « ¡Allá voy, ¡allá voy! »

— Sin duda está ahí David, dijo Virginia levantándose.

En efecto, era él, que entrando precipitadamente, luego que Virginia le informó de que lo buscaban, se echó en los brazos de su amigo exclamando:

— ¡ Rafael! ¡ querido Rafael! no te esperaba, pero me alegro de esta oportunidad para presentarte á Virginia. ¿Y mamá? se interrumpió dirigiéndose á aquella.

— Está ocupada, pero ya viene; y queriendo

dejarlos en libertad, se retiró discretamente prometiendo volver.

— Vamos, dijo Rafael, estoy quejoso de tí, vengo á reñirte, ¿en qué nuevo enredo te has metido? Cuéntame qué te ha pasado esta mañana.

Mientras Rafael hablaba, las facciones de David tomaban un carácter de tristeza extraordinario; una palidez súbita se apoderó de todo su semblante, y al fin, dejándose caer sobre el sofá, inclinó la cabeza como agobiado por un intenso dolor permaneciendo silencioso.

Rafael, contemplando el abatimiento de David, aproximándose mas y dando á su acento una dulzura muy expresiva: — Vamos, le dijo tomándole la mano, ábreme tu corazón y confíame tu nueva pena.

Al escuchar estas palabras, dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de David, corriendo á ocultarse entre sus sedosos bigotes.

Sacando en seguida David su pañuelo y procurando recobrar su serenidad, dijo á Rafael: — Acabo de tener el mas horrible desengaño. Mi corazón está despedazado y no tengo mas con-

suelo que la esperanza de vengarme. Rosa, la p<sup>é</sup>rvida Rosa me enga<sup>n</sup>aba, y mientras que yo me entregué á su amor con la candidez de un niño, ella, ¡ingrata! cediendo á la ambicion, me sacrificó cambiando en desden sus antiguas caricias. ¡No me cabe duda!

— Pero ¿en qué te fundas para juzgarlo así? interrumpió Rafael.

— ¿En qué? En que lo he visto esta mañana. Sospechando de la infidelidad de esa ingrata, he seguido los pasos del general Hernandez y la he visto arrojarle un ramo de violetas que él ha recogido y acercado á sus labios. No pude contenerme, y aproximándome á él le he pedido una explicación que ha rehusado darme.

— Y bien, le contestó Rafael, no apruebo tu conducta, es necesario un poco de filosofía. Si Rosa fué ingrata contigo, si te olvidó, olvídala tú también. En la época actual, este es el partido mejor que puede adoptarse con las mujeres. — ¡Las mujeres! Por regla general en nuestra época solo tienen un dios, el interés. Solo una mira, la ambicion. Hay algunas á cuyo corazon, sediento de amor, no basta un solo amante. Otras, que de

almas de hielo, solo ven en el amor el medio para establecerse, para emanciparse de la tutela paterna, ignorando que el yugo marital las agobia con su enorme peso. Pocas son las que, llenas de candor, se entregan á ese dulce sentimiento con la pureza y la abnegacion que les son peculiares. Mira, pues, á Rosa como una mujer vulgar, indigna de tu afecto, y solo de este modo calmarás esa pena que tanto te contrista.

Mientras Rafael hablaba, David permanecia como extraño á lo que su amigo le decia, y solo al concluir le contestó:

— ¡Sí! Tú puedes hablar de ese modo porque no amas como yo; porque no has abrigado en tu corazon el mundo de ilusiones que hoy pierdo.

— Bien, dijo Rafael, precisamente porque son ilusiones debes olvidarlas. ¿A qué abrigar sentimientos á que no corresponde la realidad? Sé bien que la cegüedad amorosa hace ver á los hombres fantasmas y que se dejan dominar despreciando la razon. Yo te aconsejo que rasgues ese velo funesto, y entonces la calma reemplazará á esos delirios, porque no son otra cosa.

— ¡Déjame, déjame, Rafael! dijo David levantándose con violencia; tú que eres insensible puedes hablarme así, pero yo, que durante un año he nutrido en mi pecho esa inclinación que hacia mi felicidad; yo, que he renunciado á todos los otros goces que la sociedad me ofrece, que he abandonado á mis amigos, á mis parientes, para dedicarme absolutamente á ella; yo que he bebido en sus miradas, en su aliento, el fuego que me consume; yo, que tenia una fe ciega en sus juramentos, ¿cómo puedo conformarme con perderla? ¡Oh! nunca! nunca!... prefiero morir, dijo desplomándose, por decirlo así, y cubriéndose la cara con las manos.

— ¿Y por eso no la perderás? dijo Rafael. ¿Tu desesperación cambiará los hechos? ¿Será ella mejor porque tú te desesperes?

Tienes razón, contestó David, la herida que ha abierto en mi pecho no se cerrará jamás, pero me queda la venganza.

— ¿Y cómo te vengarás?

— ¡Matando al general!

— ¿Y si él te mata?

— Habré dejado de padecer.

— ¡Buen consuelo! Habrás dado que reír á Rosa y al general.

— Pero es que yo procuraré matarlo.

— Otra tontería. ¿Quieres perderte por una mujer que no te merece? porque sí, como creo, estás decidido á empeñar un lance serio, los resultados no pueden dejar de ser funestos de cualquier modo, sea que salgas vencido ó vencedor; á no ser que pretendas terminarlo ridículamente en el *progreso*, como generalmente terminan nuestros desafíos.

— ¡Eso no...! dijo violentamente David, lo que quiero es sangre!

— ¿Es decir que estás resuelto á batirte?

— Esta noche misma pienso enviarle al general una persona para que arregle el negocio y habia pensado en tí, pero ya veo...

— No ves... interrumpió Rafael, estás ciego: lo que te parece un remedio es un mal. Un desafío complica tu situación sin cambiarla favorablemente.

Rafael tenia razón, el pobre David creía aliviar su pena dando la muerte á su antagonista, sin reflexionar que la sangre de un rival no cicatriza

las heridas que ocasionan los desdenes de la persona amada. Rafael añadió: — Además, cualquiera que sea la consecuencia de un duelo con el general, tu pobre padre sería la víctima. Su edad y enfermedades hacen peligrosa toda emoción fuerte. Tu mamá, cuyo acendrado cariño me has pintado, no resistirá un golpe semejante.

David se había quedado pensativo, y las razones de Rafael, penetrando en su corazón, lo hicieron vacilar por un momento; así es que contestó:

— Pero ¿qué hacer? ¿qué partido tomar? Yo he pedido una explicación al general y se ha rehusado á dármele. ¿Qué se dirá cuando refiera el hecho?...

No era ya el amor de Rosa el que impelia á David á un desafío, era únicamente el temor de ser la fábula de la sociedad, de aparecer ante ella con la nota de cobarde. Pero ¿merece este título el hombre que viendo los hechos bajo su verdadero aspecto, deja pasar desapercibidas algunas cosas que no merecen la pena de derramar sangre? La mayor parte de la sociedad mira como infamados á los hombres que tal hacen. La razón y la sana filosofía los consideran de otra manera.

Por nuestra parte creemos que una mirada, una sonrisa, una palabra, valen ciertamente menos que la resistencia de un hombre, y creemos también, que mas valor se necesita para ponerse frente á frente de esa sociedad, cuyo juicio nos preocupa tanto, que para esperar con serenidad la bala de un enemigo ó la aguda punta de su espada.

Rafael, contestando á lo que David le decia: — ¿Qué puede decirse? replicó; has pedido una explicación, no te la han dado, y tú, reflexionando con toda calma, has creído que mas pierde el general con haberse hecho de semejante alhaja que tú con perderla, y que tu porvenir y tranquilidad son para tí mas apreciables que el injusto fallo de los locos del mundo.

David pareció por un momento absolutamente convencido y solo contestó:

— Creo que tienes razón. Y volvió á quedarse pensativo.

Aprovecharemos este intervalo para darlo á conocer á nuestros lectores.

De la misma edad que Rafael, con poca diferencia, su estatura regular parecia baja, en razón

á lo ancho de sus espaldas, que los ejercicios gimnásticos habian robustecido demasiado ; todos sus miembros, y aun sus facciones, revelaban su vigor extraordinario ; su cabeza, de una forma regular, estaba cubierta en abundancia por sus cabellos castaños claros ; su color era extremadamente blanco, formando un extraño contraste con sus proporciones atléticas ; su frente era despejada, sus ojos abiertos y francos revelaban desde luego una alma sin doblez ; su nariz aguileña un poco dura, levantándose un tanto h́acia la mitad, y su boca cubierta casi por espesos y sedosos bigotes, que iban á unirse con una barba negra y rizada, daban á su fisonomía cierta expresion de imperio. Una camisa blanquísima, un chaleco y un pantalon aplomados y una levita negra, formaban su traje.

Pocos momentos duraron sus reflexiones, porque por una extraña coincidencia, cuando David estaba á punto de calmarse enteramente, apareció en la puerta de la sala una criada vieja, la misma cuya voz se habia oido á la llegada de David, diciendo : — Niño, ahí está un criado que trae este papelito para Vd.

— ¿De quién puede ser? exclamó David al tomarlo, y rompiendo inmediatamente la cubierta vió que contenia una tarjeta que decia : « Ignacio de la Roca avisa al Sr. David Zúñiga que está encargado por el general Hernandez para arreglar un asunto y que espera á su apoderado en la calle de Capuchinas, n.º ..., esta noche á las ocho. »

David, presentando á su amigo la tarjeta, le dijo : — Ya ves que no es posible excusarse. Ese hombre, despues de robarme el corazon de Rosa, pretende quitarme la vida.

— En tu caso, contestó friamente Rafael, no aceptaria.

— ¿Con que me aconsejas que sea un cobarde? que me cubra de ridículo ante la sociedad?.... ¡No! Rafael.... Tú no puedes pensar de esa manera.

— Pienso, y con la mas firme conviccion, y estoy seguro de que son de mi opinion todos los hombres juiciosos. Las injurias pueden y deben ser reparadas inmediatamente, pero te repito que los duelos no son mas que el resultado del miedo que se tiene al fallo de los calaveras que se arrojan el título de sociedad.



— Como quiera que sea, no prescindiré de mis principios, aunque sean falsos; me batiré con mi rival, y como supongo que no querrás ser mi testigo, voy en este momento á buscar uno, dijo David tomando su sombrero.

Las extrañas teorías de Rafael respecto de un hecho tan comun á una idea tan generalizada, como es la de que sin infamia no puede un hombre rehusar la asistencia á una cita de honor, hicieron creer, como hemos visto, á David que su amigo no lo acompañaría; pero este, que á nuestro entender veía en el duelo un crimen, que la sociedad ha autorizado en otros tiempos, y que tolera en los actuales con su disimulo, pues que no puede menos de merecer el nombre de crimen el homicidio frio y premeditado por una frívola causa; Rafael, decimos, que juzgaba de acuerdo con la razon, independientemente del fallo social, lejos de rehusarse á apadrinar el lance en que debia encontrarse David, contra lo que este esperaba, le dijo:

— Te he hablado como lo debe hacer un *amigo sincero* queriendo evitar tu perdicion; pero puesto que te empeñas, quiero acompañarte.

Ya veremos como su conducta lejos de estar en contradiccion con sus teorías, como pudiera creerse, no es mas que su realizacion.

David, por su parte, no pudo resolverse á afrontar la rechilla de la sociedad y prefirió aceptar un duelo que no calmara sus dolores.



## CAPITULO II.

### CASTILLOS EN EL AIRE.

Lo que vamos á referir pasaba en la calle de Santa Clara, en la sala de las casas que tienen pretensiones aristocráticas. Formaban su ajuar sofás, sillones y sillas forradas de un flamante brocatel azul y oro, un hermoso piano vertical, una mesa redonda, dos consolas primorosamente talladas, de madera de rosa, grandes espe-

jos con lunas de Venecia, descansaban sobre las consolas. Las paredes, cubiertas de papel color de rosa con flores de oro y formando juego con un cielo raso del mismo gusto, estaban adornadas en la cabecera de la sala con un inmenso espejo de la misma calidad que los otros, engastado en un cuadro dorado en que el fabricante habia lucido su habilidad, y en los costados por cuadros que encerraban unos magníficos grabados grandes jarrones de alabastro se veian colocados en los rincones sobre unas columnas de estuco; grandes cortinas blancas se cruzaban en las puertas y balcones.

En un sillón se hallaba muellemente recostada y con el pelo suelto una jóven como de 19 años; su extremada palidez resaltaba mas sobre el color de su bata de gasa negra, ceñida suavemente por unas cintas de seda, su pelo negro era sedoso y fino, sus ojos oscuros se hallaban entrecerrados, una nariz algo prolongada le daba un aire romano, su boca estaba entreabierta, y al verla con la cabeza caída sobre la toalla que servia de forro al respaldo del sillón se hubiera creído que estaba á punto de desmayarse. Parecia una azucena cuyo tallo estaba

á medio tronzar. ¿Padecía en efecto?... Ya lo veremos. Diremos por ahora que desde la edad en que habia comenzada á discernir, su natural palidez, encomiada imprudentemente por la turba de domésticos aduladores que cercan á los hijos de los ricos, habia dado á su carácter un tinte de tristeza que la costumbre habia hecho casi natural. Tal era Rosa, la infiel amada de David. En el momento en que entramos á su casa no estaba sola, se hallaba en compañía de su padre.

Era este un hombre que, teniendo 60 años próximamente, apenas representaba 50. Toda su figura tenia las apariencias del tipo asiático. Un rostro ancho por la parte superior y angosto por la inferior era lo único que podria hacer dudar del origen de su raza. Color opilado, cabello escaso y erizado, cejas formando un ángulo obtuso al caer sobre una nariz aplastada colocada entre dos ojillos negros y opacos, una boca grande que prolongaban mas aun dos bigotes que nacian casi de la extremidad de los labios, y un mechón de pelo lacio y cerdoso en el extremo de la barba... Esta cabeza estaba colocada sobre un cuello enjuto descansando en una espalda extremadamente an-

gosta que correspondía al resto de su *corpomomia*.

Don Antonio (que así se llamaba) estaba sentado en una silla pequeñísima, lo cual hacía que sus rodillas, que abrazaba con sus manos enclavijadas, casi tocasen á su chata nariz, mientras sus piernas estaban enredadas una con otra como dos serpientes.

Como era de noche, la luz de una lámpara de bronce, colocada en la mesa redonda, cuyos rayos interceptaba una bomba de cristal apagado, hiriendo el perfil de Rosa y D. Antonio, aumentaba la palidez fantasmagórica de ambos.

— Rosa, decía D. Antonio á su hija, tu apasionado el poeta no ha venido todavía. Él tan exacto, tan entusiasta por la música.... El día menos pensado lo mandas á San Hipólito con tu melodioso acento.

— Es probable, contestó Rosa como saliendo de un letargo, que no vuelva en mucho tiempo. Anoche estaba yo de mal humor y casi no le hablé una palabra, y como es tan susceptible...

— Pero Rosa, dijo D. Antonio, has hecho mal, es un muchacho que tiene algun ingenio literario

y no comprendo cómo tú, tan apasionada á la poesía, has cambiado tan súbitamente. Yo me alegro, porque al fin no dejaba de temer que tú le tomases algun afecto... Por fortuna no ha sido así. ¡Ah! Estaba dispuesto á despedirlo de mi casa si se atrevía á pretenderte, porque á la verdad no me agrada tener un yerno pobre que, como dicen, no tiene en que caerse muerto. Sin embargo sentiría que no volviese, porque en tal caso ya se acabó tu Petrarca.

Rosa no contestó. Su pensamiento vagaba por las regiones ideales sin hacer caso de lo que su padre le decía. Este, acostumbrado á esas desatenciones, no se fijó en ella y siguió la conversacion consigo mismo, pero de modo que no podía entenderse.

En este momento se oyó el ruido de un coche que se detenía á la puerta. Rosa levantó la cabeza como movida por un resorte, pasó su mano por su frente componiendo su cabello, del que dejó caer una parte sobre su pecho, echó una ojeada sobre sus piés para ver si el vestido caía con elegancia, y en seguida volvió á colocar su cabeza sobre el sillón con la misma languidez.

En este instante un criado anunció desde la puerta : « El señor general Hernandez. »

D. Antonio se apresuró á decir : « Que pase ; » y levantándose de su diminuto asiento, salió á encontrar al general.

Este entró á la sala con un ademan marcial y cómico; de estatura elevada y de una robustez distribuida con toda perfeccion, daba á su aspecto cierto aire de mando que cuadraba muy bien con su profesion. Su cabeza peinada con esmero estaba adornada con un cabello húmedo y brillante, por la accion del aceite que acababan de echarle en la peluquería de Alejandro. Su cara larga tenia el color de la raza árabe; su negra ceja, unida encima de la nariz abultada que tenia por base unos bigotes espesos y atuzados, le daba un aire de matasiete, sobre todo cuando montaba en uno de sus enormes caballos, pues siempre los tenía proporcionados á su talla. Una casaca azul con boton de águila, un chaleco blanco que ocultaba á medias su banda bordada, y un pantalon azul con franja de oro, cayendo sobre una bota de charol, formaban su traje habitual.

Al llegar al medio de la sala donde estaba

D. Antonio, extendió su largo brazo para darle la mano, que este tomó con llaneza llevando al general hasta donde estaba Rosa.

La jóven entreabrió los ojos; levantó pesadamente su cabeza y presentó su mano transparente al general, que la estrechó con la suya lleno de ardor diciendo :

— ¡Rosita! ¿Cómo está Vd? — Rosa contestó con voz balbuciente :

— Me ha sorprendido Vd. sin peinar.

— ¿Y qué importa? de todos modos está Vd. bien, se apresuró á decir el general tomando asiento en el sillón inmediato al en que se hallaba Rosa.

— La pobre Rosa, dijo D. Antonio, está tan triste siempre que ni se ocupa de adornarse como otras jóvenes. Yo la dejo hacer su voluntad, porque al fin no hay quien la mande.

Nada era mas cierto. El mal entendido cariño de su padre no estaba equilibrado mas que por el de sus especulaciones usurarias. Con todo, veces habia en que el interés se doblegaba á la pasion de D. Antonio por su hija. Acostumbrada esta á que sus caprichos fuesen órdenes, habia cambiado

esas *criadas de honor* que podremos llamar *ayas*, hasta que encontró con una anciana de carácter de cera que se dejaba dominar absolutamente por ella. Esa independencia hubiera sido peligrosa para una joven que no estuviera tan llena de ese amor de sí misma que había sido hasta entonces su salvaguardia contra las impresiones del corazón. Volvamos á la conversacion.

— ¡Oh! dijo Rosa. Papá sabe bien que soy incapaz de abusar de su afecto y que le doy cuenta de todas mis acciones.

Rosa mentía, D. Antonio no tuvo conocimiento de sus relaciones con David ni de su cambio en favor del general; sin embargo, en un raptó de gratitud por las palabras de su hija se levantó, y dándole un beso en la frente y con los ojos próximos á llenarse de lágrimas, dijo:

— Es cierto, general, por eso no la oprimo con mi autoridad.... Pero... esta noche no te has sentado al piano. Desearia que tocases algo.

— ¡Sí, Rosita! dijo el general, ya sabe Vd. que yo me encanto con la música.

El general á su vez mentía por halagar á D. Antonio y Rosa, sabiendo que esta se pagaba de que

la oyesen, encomiando en seguida su habilidad, y que D. Antonio estaba orgulloso de la maestría de su hija. Y decimos que mentía, porque su oído, poco acostumbrado á las bellezas musicales, sentía tedio al escuchar las composiciones de los grandes maestros. Cuando mas, le agradaban las *polkas* y *varsovianas* mas comunes.

Rosa salió al fin de su apatía, y exhalando un suspiro se encaminó con lentitud al piano, en que estaban dos velas de esperma que el general se apresuró á encender.

— ¡Gracias! murmuró Rosa comenzando á hojear un enorme libro de música.

— D. Antonio dijo: — ¡Rosita! quisiera que tocases las variaciones de Prudent. ¿Ha oído Vd. esa composicion? interpeló al general.

— ¡Oh! sí, exclamó este, me gustan de un modo extraordinario.

No sabía de qué se trataba.

Rosa comenzó por deslizar sus dedos sobre el teclado con una maestría y dulzura sorprendentes, y despues de haber terminado una de las mas difíciles escalas cromáticas comenzó la introduccion.

El general no sabía qué decir mientras duró

esta; pero al entrar al hermoso tema en que Beethoven dejó caer una gota de su alma, D. Antonio vino en su auxilio diciéndole:

— Esas armonías arrancan lágrimas del corazón menos sensible.

— Cierto, dijo el general, conteniendo un solemne bostezo, ¡esto es magnífico! magnífico!

Rosa era ciertamente una notabilidad en el arte, así es que mientras ejecutaba con la mas escrupulosa exactitud las difícilísimas inspiraciones de Prudent, sostenia con toda precision el tema de Beethoven conservando toda su ternura original. Era fiel intérprete de los sentimientos que debieron animar al autor cuando escribió su tema sublime.

D. Antonio callaba para no perder una nota, y solo de vez en cuando en sus raptos de entusiasmo, acercando la mano y señalando con el dedo índice su oreja al general para llamarle la atención, hacia un movimiento oscilatorio de cabeza mordiendo al mismo tiempo su labio inferior en señal de entusiasta aprobacion, volviendo luego á la mas completa inmovilidad.

El general estaba hecho un autómeta, sin saber qué hacer. Por último concluyó su tormento;

pero, por desgracia suya, queriendo decir algo para no pasar por la plaza de profano, exclamó: ¡Magnífica es esa galopa!!!

Rosa hizo un movimiento de desagrado, y D. Antonio no pudo menos de decir:

— Son unas variaciones, señor general.

El general tartamudeó: Eso, eso, quise decir.

— Pues ahora verá Vd., dijo D. Antonio; Rosa, cántale al general la *Petite cabane*.

Rosa, que no deseaba mas que dominar á su pretendiente con su romanticismo, volvió á ejecutar un hermoso prelude, y en seguida cantó una hermosa cancion francesa que hubiera conmovido á cualquiera persona de mediano gusto.

La letra era la despedida de una madre al ver partir á sus dos hijos á la campaña. Pero el general, si no entendia la música, menos entendia el francés. Diremos dos palabras sobre sus antecedentes para que no se extrañe su supina ignorancia.

Hijo de un zapatero infeliz, su educacion estaba reducida al estudio de las primeras letras en la escuela gratuita de Coyoacan. Su padre hubiera deseado que aprendiese su oficio; pero él, que

amaba sobre todo la ociosidad, prefería vagar por los alrededores de su pueblo, ocupado en hurtarse las peras y manzanas de las huertas de las cercanías. Su destreza y atrevimiento eran proverbiales entre todos los ragamundos que le acompañaban. Su carácter dominante por naturaleza, unido á esas cualidades que hemos mencionado, le habían hecho tomar un ascendiente tan absoluto sobre sus compañeros, que no había partida que se promoviese sin su anuencia. Él era el jefe en las frecuentes guerras que tenían lugar en los ríos, en las que servían de proyectiles las guijas y las frutas; diestro para dispararlas, lo era todavía más para poner en planta algún asalto.

Un día en que una de estas funciones bélicas había hecho una ancha abertura en la cabeza de uno de sus antagonistas, temeroso de la cuenta que le tomaría su padre, se escapó y fué á sentar plaza de soldado en uno de los regimientos de línea. Ya se sabe que cuando suele encontrarse en alguna compañía un soldado que sabe escribir, el sarjento primero lo hace su secretario, y en las primeras revistas asciende á cabo y aun á sarjento segundo. Esto sucedió con Hernandez. Al poco

tiempo supo ganar con astucia las divisas de sarjento primero. En la campaña con los Norte-Americanos debió á su arrojo el grado de capitán: á la salida del general Arista, á que contribuyó con una defección, llegó á comandante de batallón; pocos meses antes de la caída del general Santa-Ana, tomó de autoridad propia el título de general, que procuró afirmar poniéndose á la cabeza de una considerable guerrilla que, merodeando y huyendo continuamente, molestó sin embargo á las fuerzas del *Alteza*, comprometiendo de este modo al gobierno de Ayutla á reconocerlo con ese carácter. Ahora podrá el lector comprender la rudeza de Hernandez.

La canción de Rosa fué, por consiguiente, para él una nueva dosis narcótica. Sin embargo aplaudió con furor al levantarse Rosa del piano.

Había dominado su impaciencia mientras tuvo esperanza de que una retirada de D. Antonio le permitiera una conversacion confidencial con Rosa; pero viendo que este permanecía firme y temiendo ser víctima (así lo pensaba él) de una nueva carga musical, queriendo por otra parte hacer interesantes sus visitas y no pudiendo enta-



blar una conversacion con D. Antonio y Rosa, cuya erudicion era notable, así como su afecto á las costumbres europeas, tomó el partido de retirarse, decidido á emplear el resto de la noche en disponer un plan conveniente para terminar su lance con David. Por consiguiente, sin dar tiempo á que D. Antonio tuviese ocasion de procurarle otra hora de delicias musicales, se apresuró á despedirse diciendo :

— El presidente me ha citado esta noche para consultarme un plan sobre arreglo del ejército; la cita es á las ocho y media y no me quedan mas que diez minutos, — dijo mirando ostentosamente su reloj; — pero haré que Juan dê prisa á mis tordillos, para eso los he pagado bastante caros.

Tendiendo en seguida su rústica mano á Rosa y D. Antonio, se despidió con la cómica fatuidad con que saludó á su entrada.

D. Antonio, que se habia levantado á la salida de Hernandez, volvió á su silla, sentándose esta vez en el talon de su pierna derecha y arrojando, por decirlo así, hácia ese mismo lado su pié izquierdo que fué á tocar uno de los piés traseros de la silla, exclamando al mismo tiempo : — Vaya con la ga-

lopa!... Tenia mejor opinion de este hombre; pero cá... si no conoce la música, y segun creo, ni el francés; si se dormia cuando tú cantabas la *Petite cabane. C'est épouvantable, n'est-ce pas, ma Rose?*

— *Oui, papa*, contestó Rosa.

— Vamos, dijo D. Antonio, á la casa de tu tio un rato.

— ¡Ay! papá... vaya Vd., yo me quedo á leer algo de Lamartine.

— Pero si ya lo debes saber de memoria.

— Es cierto, lo he leído seis veces; pero es tan hermoso el lenguaje en que está escrito, tiene tanta ternura, que nunca, nunca me fastidiara.

Haz lo que quieras, por mi parte siempre voy. *Adieu, ma fille.* — Y dando un beso en la frente de su hija, salió.

Era esta en verdad apasionada de Lamartine. En sus « Confidencias » habia bebido esa melancolía, esa idealidad con que se habia conaturado. Si hubiera estado en Europa no habria abandonado la casita en que pasó la noche Graziella, pero en Méjico no hay islas, ni rocas, ni jóvenes extranjeros que vayan á pescar por satis-

facer su espiritualidad. Cualquier lugar de la República no tendría un nombre extraño, y por tanto careería para Rosa de este poético atractivo.

En esta ocasión, á pesar de su delirio por Lamartine, no fué esto lo que la ocupó á la salida de D. Antonio, sino que levantándose del sillón, quitando la bomba de cristal apagado para dar mayor claridad á la pieza en que se hallaba, y colocándose enfrente de uno de los espejos que estaban sobre las consolas, comenzó un exámen minucioso sobre sí misma. Llamó en ayuda de la lámpara las velas del piano, y con una de ellas en la mano comenzó á observarse los ojos poniendo el dedo sobre una de sus mejillas, para asegurarse de que sus ojeras estaban hundidas; en seguida contrajo su boca en la actitud de quien procura sobreir, luego puso una silla y se sentó apoyando la sien sobre la punta de los dedos de su mano derecha, arreglando la manga de su vestido de modo que cayendo dejase á medio descubrir su bien torneado y alabastrino brazo.

Entonces no pudiendo contener su exaltacion al contemplarse tan poéticamente hermosa, murmuró: ¡Oh! sí! con mi belleza conquistaré á to-

dos los que se me acerquen! Esta palidez que tan bien me sienta, esta apacibilidad de mi mirada, esta triste sonrisa y esta actitud son mis mejores armas. Ya he experimentado su poder. Vega, Ernesto, Suarez, Chapela, y tantos, tantos á quienes he rendido; ¿y David? ¿qué necio!... creer que yo le habia de amar!... á él, tan pobre!... al fin poeta... Su talento no alcanza á comprender que lo que yo amaba en él eran sus versos, y en verdad solo siento haber quebrado porque pasará algun tiempo sin que mi nombre aparezca en los periódicos; pero en fin, este sacrificio era necesario, yo debo ver mi porvenir, pronto obligaré á Hernandez á efectuar el matrimonio. Es cierto que no le amo, que no me merece, pero su posicion es brillante; él es atrevido, el dia menos pensado una revolucion de las que se verifican tan frecuentemente lo elevará á la presidencia, y entonces recogeré el fruto de mis sacrificios, tendré influencia con los principales personajes, con mi talento é instruccion quién sabe hasta dónde iremos á parar... mi cabeza se abrasa!... Si hubo una *Alteza*, ¿porqué no ha de haber una *Majestad*? Las anomalías mas extrañas se verifican

en este país. Solo de pensar que acaso llegaré á obtener ese título tan hermoso, siento turbarse mi cerebro. ¡Oh! lo compraría aunque me costase tanto como á la viuda de Felipe el Hermoso.

— No comentaremos este monólogo.

Hemos descubierto el resorte principal que ponía en movimiento á Rosa, la causa de su amor para con David y de la decepcion de este.

### CAPITULO III.

LA IRA ES MAL CONSEJERO.

Eran las seis de la mañana. Rafael con un sencillo traje, acababa de llegar á la casa de David. Este, envuelto en una larga bata, aunque casi vestido, estaba sentado en el sofá al lado de su amigo, á quien decía: — Estoy para acabar de vestirme y voy á hacerlo para que nos vayamos.

en este país. Solo de pensar que acaso llegaré á obtener ese título tan hermoso, siento turbarse mi cerebro. ¡Oh! lo compraría aunque me costase tanto como á la viuda de Felipe el Hermoso.

— No comentaremos este monólogo.

Hemos descubierto el resorte principal que ponía en movimiento á Rosa, la causa de su amor para con David y de la decepcion de este.

### CAPITULO III.

LA IRA ES MAL CONSEJERO.

Eran las seis de la mañana. Rafael con un sencillo traje, acababa de llegar á la casa de David. Este, envuelto en una larga bata, aunque casi vestido, estaba sentado en el sofá al lado de su amigo, á quien decía: — Estoy para acabar de vestirme y voy á hacerlo para que nos vayamos.

— Nada de eso, contestó Rafael, porque yo me marchó solo.

— ¿Cómo solo?

— Sí, el testigo del general y yo hemos convenido anoche en que yo iré por el general, y el testigo de este pasará por ti. ¿Supongo que querás saber las condiciones?

— De ninguna manera, me basta saber que al fin voy á batirme.

— En tal caso te dejo. Voy por el general, y en Mixcoac nos veremos. Concluye de vestirme porque ya vendrá de la Roca.

En este instante, y acompañando á su amigo hasta el porton le entregó un paquete diciéndole: — Guarda esto por lo que pudiere suceder.

— ¿Has pasado toda la noche escribiendo?

— Una gran parte de ella.

Rafael salió, y David entrando á una recámara cuyos únicos muebles consistían en un catre sencillo, una mesa de noche, cuatro sillas, un ropero y un pequeño bufete, se apresuró á concluir de vestirse y salió á sentarse en el sofá de la sala para esperar.

Apenas lo habia hecho, cuando se oyó parar un carruaje á la puerta, y un lacayo dió á la vieja una tarjeta que la buena mujer llevó á David refunfuñando: « Vaya, que hoy han comenzado las visitas muy temprano. »

David, sin embargo de que conocia quién lo buscaba, esperó, impulsado por ese amor propio que nos obliga á cubrir las apariencias. No tenia mas que una criada. Su casa era pequeña, y deseaba hacer creer que su situacion era menos escasa.

Tomó su sombrero pausadamente, y solo al atravesar el porton se apresuró á llegar al coche, en cuyo estribo estaba el paje, teniendo la portezuela para que pasase David.

Inmediatamente despues el carruaje partió á galope, rumbo á Tacubaya.

Antes de referir al lector la conversacion que se entabló entre David y de la Roca diremos una palabra sobre este.

Hijo de un honrado militar que habia hecho la campaña de Independencia, la escasez de recursos le habia impedido concluir su carrera. Se habia propuesto ser abogado. Habia llegado á ter-

1020006051

cer año de filosofía, cuando tuvo que desertar de las cátedras para buscar un modo de tener el dinero que su padre no podía darle, á fin de atender á las necesidades que se había creado. Eran estas fumar unos tabacos descomunales, contar con un fondo para tener un *puntero* con que frecuentar una partida, que se había organizado en pequeño, en una bizcochería de la calle de Alfaro.

Mientras cursaba la cátedra, allí era su estudio y no salía sino para llegar á su casa muy tarde sudoroso y fatigado. A los principios, para satisfacer esta necesidad había trasladado los pocos libros que en su casa tenia al portal de Agustinos, en donde vendía los tomos por una octava parte de su valor que iba á dejar en seguida á la calle de Alfaro. Cuando concluyó su industria literaria, adoptó, como hemos dicho, una nueva profesion menos tardía en sus productos que la de abogado. Se hizo amanuense de uno de estos. Como nada le bastaba para pagar la contribucion que le imponian sus compañeros los hijos de Birjan, tuvo que recurrir al mismo medio de cambiar de residencia la librería del abogado, y un dia que

este notó la multitud de huecos que existian en los estantes de su biblioteca, le intimó que si no le daba exacta cuenta de las personas á quienes había vendido sus libros, lo pondria en la cárcel. Prometió hacerlo, con tales muestras de sinceridad, que el abogado se fió de él, pero nuestro individuo en cuanto se vió libre salió de la capital en un caballo que pidió prestado á uno de los concurrentes al garito, y se marchó á encontrar una de las partidas de bandoleros que con el título de pronunciados assolaban las inmediaciones de Cuernavaca. De esta época databa su intimidad con el general, que con su proteccion lo había elevado á la altura en que lo encontramos.

Cambiando un recíproco saludo, el coronel Roca dijo á David:

— Siento mucho el motivo que me procura el honor de conocer á Vd. Sin embargo, quiero aprovecharlo en su obsequio. Por lo mismo he querido que estuviésemos solos, para aconsejarle que se resolviese á dar una satisfaccion á mi amigo el general. Es un hombre aguerrido, de valor á toda prueba y por lo mismo...

— Caballero, Vd. no me conoce, contestó

David, y por eso me habla en esos términos. Lejos de ser lo que Vd. me dice un motivo para desistir, no hace mas que confirmar mi resolución.

La Roca habia herido la fibra mas delicada de David, y desde el instante en que pudo creer que el coronel lo amenazaba, sintió nacer en su alma un rencor implacable contra ese hombre, que tan poco apreciaba la delicadeza de David juzgándolo capaz de intimidarse.

La Roca quiso tocar otro medio, que sin embargo era equivalente al primero.

— No era precisamente, dijo á David, la idea de atemorizar á Vd. la que me hizo hablar; y como no me dejó Vd. concluir...

David guardó silencio, mordiéndose los labios de cólera.

— El coronel prosiguió: — Las cualidades del general, los importantes servicios que ha prestado á la nacion y los que todavía espera de él el supremo gobierno, le dan una influencia extraordinaria en la actualidad; no seria extraño, por lo mismo, que si este negocio llegara á conocerse, tuviera Vd. que sufrir algunas persecuciones.

— Sea como fuere, contestó David, lo único que sé y que veo, es que el general me ha ofendido y que debo batirme con él.

— Por el contrario, añadió el coronel sin atender á lo que David decia. Si Vd. se resuelve á dar el primer paso para una reconciliacion, lejos de sufrir cosa alguna le aseguro á Vd. que le procurará muchas ventajas con su influencia.

— Caballero, interrumpió David con violencia, terminemos esta conversacion.

— Ya que Vd. se muestra renuente á entrar en un avenimiento, no tomaré mas empeño; su amigo de Vd. me hizo presente que la primera obligacion de los testigos era evitar el lance, por eso he importunado á Vd. con mis amistosos consejos; por lo demás, soy un militar que conoce perfectamente los deberes del honor. — Y guardó silencio.

Como se ve, no podia ser mas importuno el consejero, y lejos de cumplir, hacia lo que la mayor parte de los que intervienen en tales casos, encender la cuestion en vez de apagarla.

Terminada la conversacion entre ambos interlocutores, siguieron caminando en un silencio absoluto.

Entregado David á sus reflexiones, no podía menos de considerarse culpable, al pensar en sus ancianos padres; ellos que lo amaban tanto, ellos cuyos afanosos cuidados lo habian rodeado sin cesar, cuyo esmero no se habia desmentido un solo instante. ¿Qué pensarían, cuando supieran que ese hijo tan querido tenia que expatriarse porque habia muerto á uno de sus semejantes? ¿Qué sentirían cuando viesen ante sus ojos el cadáver ensangrentado de aquel hijo en quien cifraban sus mas halagüeñas esperanzas? Sin duda que morirían de dolor... Y entretanto Rosa, la inconstante Rosa, ¿qué diría?

David se la representaba mas y mas pálida, llorosa, con las facciones desencajadas, acusándose de la muerte de su amante, de haber sido la causa; llamándole á gritos arrepentida de su conducta; otras veces, ¡ay! la miraba escuchar fria é indiferente la funesta noticia sonriendo con el general y casándose con él al poco tiempo, sin consagrarle un solo recuerdo.

Tales eran los tristes pensamientos de David, recorriendo el camino de Tacubaya. El campo, el agua, los árboles, todo hacia en él una dolorosa

impresion. A veces, creia que hubiera obrado mejor siguiendo los consejos de Rafael, y esto es natural; con raras excepciones, el amor á la vida se halla tan profundamente arraigado en nuestro corazon, que cuando nos amenaza la muerte con su mano descarnada, un calorífico interior se apodera de nuestra organizacion. Dígase lo que se quiera, esta es la verdad.

Pocos hombres no se habrán hallado en este caso; consulten á su conciencia y harán justicia á David.

Este, sin embargo, estaba dominado por otro sentimiento que ahogaba todas sus reflexiones; era la delicadeza. A su impulso, desaparecian como por encanto la imágen de sus padres, la de Rosa y el temor de la muerte.

Llegados á Tacubaya, el coronel quiso detenerse en casa de *François* para tomar una copa de *cognac*; era, segun dijo á David, una costumbre que no podia abandonar. Invitado David para acompañarlo, se excusó alegando lo inoportuno de la hora.

En consecuencia, el coronel bajó precipitadamente del carruaje, dejando en él á David, se



acercó á la cantina, y pidió una copa de *cognac* que se echó á pechos inmediatamente. Al sacar las monedas para pagar, echó una ojeada escudriñadora al comedor y fijó sus ojos en un individuo de mala catadura que se acercó á él, sacó la Roca un pliego del bolsillo y murmuró en voz baja: «Lleva esto á tu amo,» y salió en seguida de la fonda. No se había detenido dos minutos. Volvió á entrar en el coche, y este emprendió de nuevo su marcha.

David seguía entregado á sus reflexiones.

El coronel guardaba también silencio, pero bajo su fieltro lanzaba furtivamente algunas miradas á su compañero de viaje.

Así llegaron á Mixcoac, atravesando sin detenerse por delante de la iglesia de San Juan, que está á la entrada del pueblo, y siguiendo hasta la plaza principal el carruaje se dirigió al portal de una casa situada en el costado izquierdo de la misma plaza. Allí estaba ya el coche del general.

Inmediatamente bajaron David y el coronel, subieron los tres escalones que estaban frente á un angosto zaguan, que atravesaron penetrando á

un ancho corredor, á cuyas paredes estaban fijos unos asientos.

Allí estaban Rafael y el general: este se adelantó á saludar al coronel, y Rafael á David, que se volvió hácia el general, para esperar el saludo que exige la cortesía entre caballeros; pero el general, ignorando las reglas establecidas para tales casos, volvió la cara sonriendo desdeñosamente. David se mordió los labios y esperó.

Rafael llamó aparte al coronel la Roca para darle cuenta del resultado de su comision, é informarse de lo resuelto por David. El coronel solo dijo á Rafael que David insistía sin escuchar razon alguna.

Rafael creyó que en efecto David había despreciado absolutamente sus consejos; pero como el general por su parte se había mostrado también renuente á entrar en arreglo, creyó inevitable el lance. Entretanto que ellos hablaban, el general se paseaba á lo largo del corredor, silbando una tonada vulgar para demostrar indiferencia. — David se paseaba también, pero con un aire natural, en oposicion á lo que hacía el general.

Entonces el coronel, siguiendo la conversacion, dijo á Rafael :

— Me parece que el sitio mas á propósito es un lugar que está á corta distancia de aquí ; es un espeso bosque de manzanos, en el centro está una plazoleta bastante extensa para que puedan batiarse con comodidad nuestros ahijados.

— Consultaré con David, dijo Rafael.

— El coronel me propone que el duelo se verifique en un lugar próximo á esta casa, ¿qué te parece?

— Que estoy á lo que dispongas.

— Bien está, iremos allí, yo llevaré la caja de las pistolas. He convenido en que....

— Nada tienes que decirme, interrumpió David apretando la mano á su amigo, que correspondió afectuosamente á esta muestra de cariño ; y volviendo á unirse con el coronel, que hablaba en voz baja con el general, estamos de acuerdo, le dijo, y podemos marchar.

Entonces, dando el coronel al lacayo una primorosa caja de madera de rosa con embutidos de metal, y haciendo al criado una señal de inteligencia, salió del brazo de su ahijado, seguido de David y de Rafael.

Caminaron un trecho bastante largo, llegando en efecto á un bosque de manzanos que está situado en la orilla de la misma poblacion ; pero al llegar á la plazoleta se detuvo el coronel como reflexionando, y dijo volviéndose hácia Rafael y David : — Señores, he reflexionado que este lugar no es tan á propósito como juzgué al principio.

— ¿Y porqué? preguntó David sin poder contener su impaciencia.

— Porque seria fácil que nos vieses, está mas cerca de lo que yo habia pensado de la vereda que acabamos de dejar y que es tan frecuentada por los habitantes del pueblo. El ruido de las pistolas llamaría sin duda la atencion de los que pasan, y en tal caso no podríamos evitar ser vistos ; buscaremos otro mejor. — El general dirigiéndose al coronel :

— Bien te habia yo dicho que era mejor en la huerta de la casa.

— Ahora veo que tienes razon, pero nada hay perdido, unos cuantos minutos y nada mas. Si á Vds. les parece, volveremos, dijo dirigiéndose á los dos amigos.

A pesar de su impaciencia, David se reprimió y dijo :

— Está bien, volvamos : y retrocedieron á la casa.

Rafael comenzó á sospechar que el general no tenía mucha gana de batirse, y se alegró creyendo que de esta manera no tendría el duelo verificativo ; halagado por esta esperanza que no quiso comunicar á David, volvía á la casa que habían dejado. Tal era su placer, que no pronunció una palabra en el camino por temor de descubrirse.

Llegados á la casa, tuvieron que esperar en el portal á sus antagonistas que caminaban con suma lentitud. Cuando se hubieron reunido, el coronel, tomando de manos del lacayo la caja que antes le había entregado, se encaminó á la huerta, en unión de los otros. Atravesaron un patio pequeño en donde crecían los limoneros y los aguacates dando sombra á las bucamelias y rosas que crecían á sus piés.

Abierta una pequeña puerta de madera blanca, se hallaron en la huerta.

Era un espacioso terreno en donde se veían en

desórden los perales, los manzanos, las guindas y los capulines. Dos calles atravesaban este espacio y estaban formadas por arcos de rosas de todos los colores conocidos. Un estanque pequeño, sombreado por dos hermosos ciruelos, alimentaba el terreno próximo, cubierto por esta causa de una magnífica vegetación silvestre.

En el espacio que mediaba desde este sitio, hasta el centro de la huerta, en donde se elevaba un gigantesco nogal, no había, por una rareza, ningún árbol, y por consiguiente parecía preparado de intento para el caso.

Hacia este lugar se dirigieron.

El general seguía silbando con su habitual fatuidad.

El coronel echaba miradas furtivas hacia la puerta.

David parecía extraño á lo que pasaba.

Rafael estaba conmovido.

Este dejó á su amigo para unirse con el coronel, que había abandonado ya al general.

Entonces el coronel sacó una llave pequeña y abriendo la caja lanzó de ella una hermosa pistola de Adams, que mostró á Rafael. Este la tomó

examinando cuidadosamente sus muelles y la devolvió al coronel, que le entregó la otra. Pasado el exámen de esta, procedieron ambos al de la pólvora y las balas. Entonces dijo el coronel á Rafael :

— ¿Está de acuerdo el señor Zúñiga en nuestras condiciones?

— No ha querido saberlas, contestó Rafael.

— Es valiente, pensó el coronel, y luego dijo en voz alta :

— Con que la primera distancia cuarenta pasos, á la primera voz avanzarán diez cada uno, á la segunda prepararán colocándose en guardia baja, y á la tercera harán fuego.

— ¡ Perfectamente !

— Cargue Vd. las pistolas, dijo el coronel.

Entonces Rafael con mano trémula cargó ambas pistolas, enseñando previamente al coronel la cantidad de pólvora que echó en cada una y las dos balas. Durante esta operacion, el coronel no había dejado de mirar hácia la puerta, lo mismo que el general, quien no perdió uno solo de los

movimientos de los testigos y de su antagonista. Cuando conoció que había terminado Rafael, y en el momento en que este entregaba una de las pistolas al coronel, el general, como impulsado por un movimiento de rabia, se acercó y haciendo una mueca significativa á su testigo, pretendió apoderarse de la pistola que Rafael tenia en las manos. Sorprendido el coronel, no pudo adivinar el objeto del movimiento de su amigo. Por su parte Rafael, creyendo de buena fe en el arrebato del general, evitó con un movimiento el que este se apoderase del arma, é indicándole la que tenia el coronel, dijo :

— Esa es la que corresponde á Vd.

Pasado este incidente midieron cuarenta pasos. Esta operacion la hizo el coronel con tal lentitud, que hubiera podido creerse que no tenia voluntad para terminarla ; pero al fin concluyó, y dando entonces el arma á cada uno de los antagonistas, á quienes impusieron de las condiciones, les designaron el lugar de donde debian partir.

El general, á pesar de la serenidad que había mostrado hasta ese momento, se puso lívido y tartamudeó con voz halbucente algunas palabras

al oído del coronel. Este también estaba pálido.

David lo estaba también: su mirada era tranquila lo mismo que la de Rafael, quien dejaba traslucir su excesiva emoción. Entonces con voz ronca pronunció el coronel:

— ¡Una!... pero apenas comenzaron á avanzar, cuando el lacayo entró apresurado diciendo:

— Un teniente de policía pretendé entrar en busca de un reo.

Detuviéronse al entrar ambos contendientes, porque en efecto la persona anunciada se presentó antes de que el paje hubiera acabado de hablar.

El general y el coronel recobraron su perdida serenidad y cambiaron una sonrisa significativa, que no fué notada por nuestros jóvenes. El policía se adelantó, y consultando un pliego preguntó:

— ¿Quién de Vds. es el señor David Zúñiga?

— Yo, dijo este adelantándose.

— Entonces tendrá Vd la bondad de seguirme, caballero.

— ¿Y con qué motivo? preguntó David con altanería.

— No tengo que dar á Vd. cuenta, y si Vd. resiste....

— Ya comprendo, pero antes de ser preso pagará cara su felonía, dijo David mirando con furia al general; y levantando la pistola á la altura de su frente, este retrocedió asustado, y Rafael contuvo á David por las espaldas, al mismo tiempo que el coronel levantó el cañon de la pistola. El tiro salió pasando la bala sobre la cabeza del general.

El policía sacando entonces su espada, la dirigió hácia David, introduciéndola en la mitad del vientre.

Visto esto, se apresuraron á retirarse los militares. Al subir al coche, dijo el general á su amigo:

— Un momento mas, y acaso yo soy el muerto.

¡Qué energúmeno!...

El coronel pronunció una interjección diciendo al cochero:

— ¡Al galope, á Méjico!...



#### CAPÍTULO IV.

EL SEÑOR OFICIAL MAYOR ESTÁ EN EL ACUERDO.

Era el despacho del oficial mayor de una de las secretarías de Estado. ¿Quién no conoce las oficinas? Lujosos muebles, mullidas alfombras, sillones y bufetes con sus tintes de aristocracia han sustituido desde la época de S. A. al pobre ajuar anterior, heredado en su mayor parte de la del vireinato, aunque con algunas excepciones.

Delante de un bufete estaba sentado un hombre de edad avanzada, aunque encubierta con una dentadura postiza y dos arrobas de cosmético que daban á su cabellera la tersura y el lustre del charol, ojos grandes, aunque un tanto redondos, que tenían la viveza del reptil en sus negras pupilas. Nariz chata y abultada; entre esta y una barba extremadamente puntiaguda se perdía una boquilla deprimida, cuyos labios eran casi imperceptibles. Con excepción de dos pequeñas patillas que terminaban casi al nivel de las orejas, toda la cara estaba perfectamente afeitada.

Su estatura regular era débil como la de nuestros petimetres; una corbata descomunal, enredada á su largo cuello, sostenía dos tabiques de lienzo blanquísimo que aprisionaban la cabeza de nuestro personaje. Nunca pudo vérselo el chaleco por hallarse siempre oculto bajo un negro leviton que pocas veces estaba desabrochado; por debajo de la prolongada falda, salían dos piernas en extremo raquílicas y que terminaban en un par de botas cuyas extremidades se prolongaban hácia arriba.

Llegamos en uno de sus ratos de asueto. A decir

verdad, son estos bastante frecuentes; y por cierto que los empleados no lo juzgan así, porque queriendo rodearse siempre del prestigio é importancia que corresponde á personas de tan alta categoría, cuida con escrupulosidad de que cerrada la puerta vidriera que comunica con el resto de la oficina, no puedan los empleados interrumpir las azuladas columnas de humo que despiden por boca y narices, los sabrosos bocados con que clandestinamente regala su paladar, ó bien las conversaciones que sobre *negocios* tiene con algunos de sus amigos.

Como decimos, está en un momento de asueto. Calcula, digamos su pensamiento.

— El negocio (piensa él) es delicado, diez mil pesos y mi influencia con Manuel podrán terminarlo felizmente. Bien, dice arrellanándose en su mullido asiento, pero hoy no tengo dinero, pues el que acabo de ganar por el crédito español no debo tocarlo: al presente no podré encontrar un nuevo pretexto para que el presidente me prefiera autorizándome para expedir una orden por cuenta de gastos secretos. ¡Diablo de compromiso! exclamó levantándose y dando grandes pasos por la

pieza, que retumbaba al impulso de sus enérgicos tacones; ¿qué haré? ¿qué haré? ganas me dan de abandonar la empresa. ¡Diez mil pesos! Son diez años de vida; son la seguridad, la impunidad, las consideraciones!..... no, no, no me desprendo de esta suma, pero..... Virginia..... acaso de esta dependé que yo sea feliz. ¡Sí! este será el golpe de gracia y debo darlo á toda costa, ¡pero no ha de ser de mi bolsillo!.....

Diciendo esto, volvió á sentarse, y apoyando su frente sobre las manos, se quedó inmóvil por espacio de unos minutos. Cualquiera diría que estaba muerto. Por fin, como movido por un resorte, se levantó, y restregándose las manos con alegría, dió dos ó tres vueltas por la sala diciendo:

— ¡Ya tengo el velloeino! y acercándose al sofá, llamó tirando del cordón de la campanilla.

A pocos momentos se oyeron unos pasos duros y acompasados. El personaje corrió el pasador de la vidriera para que pudiera abrirse. Así se verificó, apareciendo un hombre gordo de ojos torcidos, aunque esto no obstaba, como generalmente sucede, para que su fisonomía tuviese el aire de

un hombre de bien. Una camisa cuyo cuello se revelaba contra la opresora corbata, una levita-capa, un chaleco que pudiera decirse blanco si no hubieran de entrar en cuenta las innumerables rayas negras que lo surcaban, unos pantalones raídos y unos zapatos cuyas suelas estaban aseguradas con un cordel, formaban el equipo del honrado portero de la oficina que acudió al llamamiento de la campana. Al entrar, volviendo la cabeza al lado opuesto al en que se hallaba el personaje, y señalando á este con el pulgar de la mano derecha, preguntó respetuosamente:

— ¿Su señoría llamó?

— Sí, que vayan inmediatamente á la calle de Santa Clara, á la casa de D. Antonio Junco, y que le digan, si está ahí, que tenga la bondad de pasarme á ver al momento.

El portero repitió: — ¿D. Antonio Junco?

— Sí, afirmó el oficial mayor.

El portero cerró la vidriera repitiendo muchas veces: D. Antonio, Santa Clara, que venga al momento; frase que hizo reír á los empleados que lo encontraron al paso.

El oficial mayor volvió á correr el cerrojo



y dijo : — Vamos á ver lo que hay en caja; y tomando un manojo de llaves de uno de los cajones del bufete, se encaminó á una especie de armario que estaba embutido en la pared. En seguida tocó los resortes ocultos bajo los chapetones amarillos de una gran caja de hierro pintada de color de bronce que servia para guardar el dinero.

Abierta la caja, vió que contenia dos mil pesos colocados, como generalmente se hace, en montones de á veinte pesos, mas unos ciento y pico.

— Bueno, exclamó, mi apuro es de ocho mil pesos; mientras viene D. Antonio haré un cálculo de lo que pueden valer las otras cosas.

Cerró entonces la caja de hierro, luego la puerta del armario, colocó las llaves en el cajon de donde las había tomado, se acercó á la puerta vidriera que abrió, y sacando la mitad de su cuerpo solamente, levantando la mano derecha abrió y volvió á cerrar con una seriedad cómica sus dos primeros dedos, llamando de este modo á un empleado que estaba aprovechando un resto de sol que entraba por el balcon, cuyo individuo sorprendido infraganti delito de ociosidad se apresuró á obedecer al llamado de su jefe.

Este cerró de nuevo con mucho misterio la vidriera mencionada, despues que entró el empleado, á quien dió la mano con visible proteccion, y despues colocando la mano derecha sobre uno de los hombros de su interlocutor, le dijo en voz baja :

— Señor D. Miguel, Vd. sabe la época que atravesamos : todo debe temerse de los hombres del dia, porque, dijo enhuecando la voz, aunque hay honrosas excepciones, tenemos tambien hombres de mala fe. Quiero salvar á Vd. del peligro que corre si se llega á averiguar que Vd. ha tenido depositadas las alhajas pertenecientes á la órden de Guadalupe : he oído rumores que me hacen creer que se harán investigaciones sobre el paradero de estas alhajas, y como sabe Vd. que todo es motivo de sospechas, me pondrian acaso en el duro conflicto de remover á la persona encargada de este depósito. Ya sabe Vd. que antes que todo es mi conciencia, y por lo mismo quiero cargar con la responsabilidad, porque mi posicion es menos comprometida que la de Vd. en este negocio.

El empleado miraba á su jefe con un aire de

aflicción tal, que inspiraba lástima. Acostumbrado á escuchar á su superior y á creer en sus palabras como en un oráculo, ya le parecía tener ante sus ojos el fatal decreto que lo ponía fuera del ministerio, y en medio de su aturdimiento solo pudo balbucear : « Señor mayor. »

Este, que advirtió el efecto que su discurso había producido en D. Miguel, contuvo una sonrisa de triunfo y prosiguió, poniendo la mano sobre su pecho :

— Vd. conoce mis sentimientos, soy incapaz de dañar á nadie y por esto pretendo parar el golpe que amenaza á Vd.

— Gracias, murmuró conmovido el empleado; si Vd. tiene la bondad de indicarme lo que debo hacer....

— Nada, depositaré en uno de los cajones del *bufete* del señor ministro la caja con las cruces y las dejaremos olvidadas allí. Si preguntan por ellas, diré que nada sé, pero que haré investigaciones, y podremos en seguida hacerlas aparecer como abandonadas en el *bufete* á la salida del general Santa-Ana. De este modo nadie aparecerá como depositario de tan peligrosos objetos, por-

que este depósito significa una confianza sospechosa para el actual gobierno.

— Es cierto, es cierto; si le parece á Vd., señor mayor, voy á traerlas en este instante, dijo con interés el empleado.

— Me parece muy bien, aprovecharemos estos días de crisis ministerial; pero... mucho sigilo sobre todo, que nunca se entienda que de Vd. han pasado las alhajas á otro punto, porque sino se compromete Vd.

— Mi interés garantiza mi discreción, y si Vd. me permite, señor mayor....

— Vaya Vd. y que nadie lo observe.

El empleado salió, y el oficial mayor se quedó en la puerta murmurando :

— Ya tengo prenda; ¡pobre tonto! ¡me cree á puño cerrado! Su miedo es tan grande que no confesará que tuvo en su poder las alhajas, y este silencio es mi seguridad.

En este momento volvió el empleado. No hay duda de que la necesidad hace milagros, ya lo vemos verificado en este caso; la débil memoria del caduco mayor ha tenido un momento de lucidez en el que se presentaron á su imaginación

las ricas cruces que se hicieron venir de Europa para halagar el orgullo de cierto número de personas que á pesar de poseer á veces una clara inteligencia se pagan de frívolas exterioridades que á nada conducen. En nuestro concepto, los hombres no son mejores porque estén revestidos de condecoraciones que no se fundan en un mérito real, como sucede frecuentemente en esta clase de asociaciones aristocráticas. El nacimiento, la riqueza y el mérito de la clase elevada son motivos suficientes para adquirir una condecoracion. El mérito de la clase humilde no tiene á ella derecho alguno, bien que por otra parte nada pierde con esta conclusion un pobre artista.

La sagacidad era una de las cualidades relevantes del oficial mayor. Con solo una mediana inteligencia habia logrado, bajo una apariencia de moderacion excesiva, enganar al mundo, creándose fama de un hombre inteligente, de un patriotismo y severidad espartanas. La máscara con que se cubrió para enganar á su subordinado haciéndole creer que obraba por un interés humanitario, cuando solo era guiado por su egoismo, le servia en todas ocasiones para encubrir su ra-

pacidad. Era el sanguinario tigre encubierto con la piel del inofensivo cordero. Sin hacer aplicaciones á un caso especial, nuestros gobernantes están cercados, casi siempre, por lobos de esta especie que devoran á mansalva y sin conciencia á esta desgraciada República. Los Mazarinos se han reproducido en Méjico bajo cada administracion.

Volvamos á nuestra relacion. El empleado volvió ocultando bajo un pañuelo de seda varias cajas que colocó sobre una mesa que estaba al frente del *bufete* del mayor.

No era extraño que este no fuese interrumpido en sus operaciones. El portero habia dicho : « El mayor está acordando. »

Entonces este, deseando quedar expedito, dijo al empleado :

— Voy á colocarlas en el lugar á propósito.

Hágame Vd. el favor de que esté preparado lo que tengo que firmar, porque quiero hacerlo dentro de un rato y... vaya Vd descuidado, señor D. Miguel.

Este, dándose el parabien y lleno de reconocimiento hacía el que juzgaba su salvador, salió del despacho.

Nuestro personaje cerró inmediatamente la vidriera y corrió apresurado hácia las cajas. Las abrió examinando con avidez una tras otra cada una de las cruces, pero deteniéndose mas tiempo en aquellas que estaban adornadas con ricas piedras. Este exámen fué interrumpido por dos golpecitos que dieron en la puerta. El mayor cerró las cajas y se apresuró á abrir. Sabia que era D. Antonio.

Este entró en efecto. Un *paletot* color de haba que hacia juego con su sombrero de fieltro, pantalón y chaleco de cuadros negros y blancos, cubrian su raquífica figura.

El mayor, ocultando sus verdaderos sentimientos bajo una extremada afabilidad, dió la mano á D. Antonio, doblando la espina medianamente para hacer una cortesía que el recién llegado correspondió con su natural llaneza, exclamando en su idioma favorito: *Je suis à vos ordres.*

Advertimos de paso, que D. Antonio, extremadamente adicto á las costumbres europeas, como tenemos dicho, jamás dejaba de mezclar en sus conversaciones algunas frases extranjeras; sin embargo, daba la preferencia al francés, y esto

porque... era el que conocia un poco. Estaba suscrito al *Correo de ultramar* y al *Times* de Londres que se hacia traducir por Rosa.

El oficial mayor le llevó suavemente con el rostro mas placentero, con la sonrisa mas encantadora que pudo hasta el sofá, que D. Antonio rehusó ocupar, prefiriendo una silla en donde se tendió como un Norte-Americano, olvidando como de costumbre su manía de imitar en este punto á la culta Europa.

— Me ha enviado Vd. á buscar, comenzó á decir, y ya estoy aquí para obsequiar sus deseos.

— Tengo que presentar á Vd., mi señor D. Antonio, mis excusas; abusando de su natural bondad y de la confianza con que se sirve honrarme, me he atrevido á molestarlo para un negocio en que quiero interesar su característica filantropía.

— Sepamos pues de qué se trata.

— Vd. conoce cuáles son mis sentimientos; mi deseo de ser útil á todos, mucho mas cuando se trata de la gente infeliz, y por lo mismo...

— Pero, interrumpió D. Antonio, ¿de qué se trata? sepamos.

— Permítame Vd. que concluya; los empleados de esta secretaría, que pudieran considerarse muy bien pagados, no lo están. El supremo gobierno, agobiado por las infinitas atenciones que lo rodean, se olvida de la situación de sus servidores. No lo culpo; pero el hecho es que mis empleados carecen de lo mas necesario hace algun tiempo, de sus sueldos. Mi vivo deseo de aliviar sus penurias me ha sugerido la idea que voy á comunicar á Vd., confiado absolutamente en su discrecion.

D. Antonio estaba impaciente, y hubiera concluido por enfadarse á no ser porque sabia que los preámbulos y circunloquios eran una manía en el mayor. Se resignó por consiguiente á sufrir el chubasco vislumbrando un buen *negocio* para él; así solo dijo:

— Protesto á Vd. que nada se sabrá.

— Mi interés, dijo el mayor, está identificado con el de mis empleados, ¡pobrecitos! atendidos al sueldo, y ni un centavo, señor D. Antonio, ni un centavo!

Este no contestó, y solo hizo un gesto que pudiera decirse de lástima. El mayor prosiguió:

— Pues bien, tengo allí en esas cajas unas

cruces riquísimas que por hoy no tienen objeto, pero que mañana, cambiadas las cosas, cumplirán con aquel á que están destinadas.

— Veamos, dijo D. Antonio levantándose para tomarlas.

El mayor se levantó tambien sin despegar sus ojos del semblante del usurero á fin de observarlo. Este examinó una á una todas las cruces, deteniéndose á pasar igual revista sobre las que estaban adornadas con brillantes, cuyos reflejos estudió en cada una de las facetas.

Estaba tan acostumbrado á dominarse, que el mayor á pesar de su sagacidad nada leyó en los ojos del prestamista. Este, dejando en seguida todas las cajas sobre la mesa, preguntó:

— Y bien, ¿cuánto quiere Vd. sobre las cruces?

— El presupuesto importa cinco mil pesos. Dos meses para los que no han recibido sueldo en mucho tiempo es una bicoca, pero que se conformen.

— ¡Diez mil pesos! exclamó D. Antonio, ¡diez mil pesos! ¡Imposible! eso sería tirar mi dinero.

— Las alhajas valen mucho más.

— Mas son peligrosas que valiosas.

— De ninguna manera, es un negocio absolutamente confidencial.

— Cuatro mil pesos y bajo condicion de que serán desempeñadas lo mas pronto posible.

— Sobre esto no hay cuidado, estamos agenciando una ordencita y en el momento saldrán, pero nada de rebaja.

— Entonces no hacemos negocio, dijo D. Antonio.

El mayor, temiendo que este se le escapara, insistió :

— Vamos á ver, Vd. me habló el otro dia de un nombramiento para cónsul en Liverpool; aunque esto es difícil, quiero interponer todo mi influjo para conseguirlo : además tendremos el premio, y de este modo no perderá Vd., señor D. Antonio, no perderá Vd.

Este, que todo lo explotaba, queria el consulado para un jóven calavera á quien su padre deseaba alejar de ciertas relaciones ; y para ello estaba dispuesto á hacer un sacrificio. Comerciante de profesion, no tenía influjo mas que con los dueños de establecimientos de abarrotes, y su único apoyo político era D. Antonio, que se proponia revender

el consulado á un buen precio ; sin embargo, quiso sacar mas ventajas y dijo :

— Bien está, en obsequio de Vd. y de otro amigo mio, haré un sacrificio, pero como no tengo en caja los diez mil pesos, rebajaremos desde luego el premio del primer mes, descontándose la cantidad á que asciende, dentro de dos meses, en cuyo tiempo precisamente serán desempeñadas las cruces, pues de otra manera me veré precisado á salir de ellas de cualquier modo, para evitar el peligro que corro teniéndolas en mi casa ; además no daré á Vd. recibo de ellas, pues Vd. ve que eso podria comprometernos.

Confiado el mayor en que pasados algunos dias podria desempeñar las alhajas obteniendo una orden para gastos secretos, juzgó que aun cuando D. Antonio sospechase que tenia el mayor algun interés particular en hacer el negocio, cuando sacase las alhajas quedaria perfectamente escudado con el pretexto que le habia servido para ocultar sus verdaderos intentos.

Don Antonio, por su parte, aseguraba una ganancia de cinco á seis mil pesos, y por esto lejos

de correr peligro de perder, habia hecho, como acostumbraba decir, *su trabajo del dia*.

Inmediatamente mandaron traer dos libranzas, que firmó D. Antonio, dejando en blanco el nombre de la persona á cuyo favor se extendian; y envolviendo en un pañuelo las cajas que contenian las cruces, salió dando afectuosamente la mano al mayor, á quien aborrecia cordialmente y cuya aversion pagaba con la misma urbanidad el señor oficial mayor.

Durante las tres horas que se ocupó en este asunto, el portero decia á cuantos llegaban á tratar de sus negocios: « El señor oficial mayor está en el acuerdo. »

## CAPITULO V.

EL SEÑOR OFICIAL MAYOR ESTÁ EN EL ACUERDO.

(CONTINUACIÓN.)

El oficial mayor, como se ha visto, aprovechaba sus prerogativas á fin de dejarse expedito el tiempo que necesitaba para sus *negocios particulares*, y tambien explotaba su posicion, allanando los obstáculos que solian presentársele.

Pitt habia sido su modelo en diplomacia, pero nuestro personaje extraviaba el camino y en vez

de correr peligro de perder, habia hecho, como acostumbraba decir, *su trabajo del dia*.

Inmediatamente mandaron traer dos libranzas, que firmó D. Antonio, dejando en blanco el nombre de la persona á cuyo favor se extendian; y envolviendo en un pañuelo las cajas que contenian las cruces, salió dando afectuosamente la mano al mayor, á quien aborrecia cordialmente y cuya aversion pagaba con la misma urbanidad el señor oficial mayor.

Durante las tres horas que se ocupó en este asunto, el portero decia á cuantos llegaban á tratar de sus negocios: « El señor oficial mayor está en el acuerdo. »

## CAPITULO V.

EL SEÑOR OFICIAL MAYOR ESTÁ EN EL ACUERDO.

(CONTINUACIÓN.)

El oficial mayor, como se ha visto, aprovechaba sus prerogativas á fin de dejarse expedito el tiempo que necesitaba para sus *negocios particulares*, y tambien explotaba su posicion, allanando los obstáculos que solian presentársele.

Pitt habia sido su modelo en diplomacia, pero nuestro pesonaje extraviaba el camino y en vez



de aprovechar el ejemplo, obrando como aquel en provecho de su patria, lo hacia en provecho propio. La diferencia era pequeña.

El lector se ha impuesto del medio que puso en práctica para obtener la suma que necesitaba y de la astucia con que supo engañar al empleado, cuya responsabilidad era mas grave en razon á que existia en poder del mayor un recibo que no se atrevió á reclamar porque el empleado ignoraba su paradero.

Don Antonio, á su salida del ministerio, no dejó de sospechar la verdadera causa del negocio; pero como por solo la obligacion de exhibir ocho mil y pico de pesos, aseguraba un lucro cuando menos de otra cantidad igual con poca diferencia, ahogó sus sospechas en su egoismo.

El mayor, despues de un rato de contemplacion á las libranzas, se acercó al sofá y tiró del cordón de la campanilla, y sentándose delante del *bufete*, despues de haber descornado el cerrojo de la vidriera, escribió en una tarjeta un recado: metiendo en seguida esta en una pequeña cubierta, la cerró con una oblea.

A tiempo que concluía esta operacion, nuestro

conocido el viejo portero apareció en la puerta, y cuando vió que el jefe permanecia sentado se fué acercando con tanta precaucion como si tratara de excusar su presencia. Parecia un cazador en el acto de acechar una liebre próxima á escaparse. El oficial mayor dijo:

— Que lleve un ordenanza este papel á la casa del señor licenciado D. José Perez Ferriz, diciendo que espero contestacion, y en cuanto venga el general Hernandez que entre.

El portero dijo con voz casi imperceptible: « El señor ministro de Francia vino, y como le dije que S. S. estaba en el acuerdo, dijo que volveria mañana, y ahora quiere ver á S. S. el señor ministro de España.

El mayor reflexionó un momento y contestó despues al portero:

— Haga Vd. que pase.

El portero salió; á pocos momentos se oyeron los pasos graves y mesurados del representante de España.

Saludó al oficial mayor con mas urbanidad que cariño y tomó la derecha del sofá cediendo á las insinuaciones del mayor, que se doblegaba ha-

ciendo cortesías como una caña á impulso de los huracanes.

Venia, dijo el ministro, para terminar, si es posible, la desagradable cuestion de San Vicente. Mi gobierno no cesa de enviarme instrucciones para que agite este negocio. La oposicion que hacen al gobierno de S. M. algunos diputados, la exaltacion de la prensa española y las exageradas relaciones que algunos particulares hacen á sus corresponsales de Madrid, abultando los hechos y abusos que se cometen contra los súbditos españoles en esta República, agravan mas y mas todavía las diferencias que existian con motivo de la convencion. — Mis notas no son otra cosa que la interpretacion de las órdenes de S. M., y como estas son terminantes, deseo obtener una respuesta antes de la salida del paquete.

El oficial mayor se hubiera ocupado desde luego de negocio tan grave, accediendo á los deseos del ministro español, para lo cual tenia ya algunas instrucciones del presidente; pero preocupado con el asunto á que nos hemos referido en el capítulo anterior, solo trató de terminar lo mas pronto la entrevista temiendo que llegasen el

general y el abogado, á quienes esperaba; así es que se limitó á contestar :

— El supremo gobierno está animado de los mejores deseos para satisfacer las justas exigencias del gobierno español; ya se han dictado las providencias mas enérgicas para evitar las persecuciones de los súbditos de S. M. y tambien las necesarias para que se termine, lo mas breve que sea posible, la causa formada contra los asesinos de San Vicente. En este momento iba á ver al señor presidente para informarle del estado de la causa y para consultar la contestacion que quiero dar á Vd. para que pueda trasmitirla al gobierno de S. M. C.

— En tal caso, dijo el ministro tomando su sombrero, dejo á Vd. en libertad.

— Es que lo que digo no es una despedida, pues ya sabe Vd., señor ministro, que tengo una satisfaccion indecible cuando me honra Vd. como hoy con una visita.

— Sin embargo, el tiempo está encima, el paquete sale dentro de tres dias y necesito expeditar el correo. Con que voy confiado en la eficacia de Vd.

— No dude Vd. de ella, señor ministro, dijo el mayor tomando la mano que este le presentaba, y añadió inclinándose repetidas veces, mientras lo acompañaba hasta la puerta: — Tenga Vd. la bondad de presentar á la señora mis humildes respetos, mientras puedo hacerlo personalmente, aprovechando la amistad con que me distingue el digno ministro de S. M. C.

Este sin contestarle mas que « cuando Vd. guste, » se retiró saludando con gravedad.

Hé aquí, como suele suceder, que un hombre que ocupa un alto puesto, olvidado de lo que debe á su patria antepone á un negocio que puede originar graves conflictos á la nacion sus intereses particulares. El mayor quiso evitar una conferencia con el ministro, que hubiera acaso dado lugar á explicaciones extensas cuyo resultado habria sido un informe favorable á la nacion: un retardo es á veces causa de que las cuestiones diplomáticas se exacerben. La susceptibilidad de un representante extranjero ve un desprecio en una negligencia.

El oficial mayor, tratando de apaciguar su impaciencia, se puso en efecto á acordar, pero su

atencion distraida no podia fijarse en las comunicaciones que leia: tomó el partido de escribir al márgen de ellas: « Informe la seccion respectiva, » con excepcion de las que por su sencillez no requerian mas que uno de estos dos acuerdos: « Enterado » y « Recibo. »

No se necesita gran capacidad para despachar de esta manera una secretaría de Estado. Un autómatas podria desempeñar este puesto importante.

El acuerdo fué interrumpido por la llegada del general Hernandez, á quien el mayor se apresuró á saludar, aunque no con tanta cortesía como las que prodigó al representante de España.

Lo hizo sentar, mientras él, tomando la infinidad de comunicaciones acordadas ya, se acercó á la puerta y las entregó al empleado diciéndole: « Que se despache inmediatamente, » y cerró la puerta con el pasador.

Entonces fué á sentarse al lado del general y entabló la conversacion de esta manera: ®

— He llamado á D. Manuel para interponer los oficios de mi buena amistad en favor de una familia desgraciada. No dudo que mi buen amigo accederá

á mis deseos, ¿no es verdad? interrogó al general.

— Sabe Vd., señor D. José, que no le negaría mas que lo imposible.

— Contaba ya con esa respuesta, y además con su bondad y su natural generosidad.

El mayor, conociendo la rudeza de su interlocutor, quiso aturdirlo con las lisonjas y su hinchado lenguaje, y el general, sonrojándose á pesar de su fatuidad, dijo al mayor:

— Yo no merezco tanto.

Don José prosiguió:

— Ayer ha tenido Vd. un lance en el que ha estado á punto de ser víctima. Su agresor, mal herido por un oficial de policía, fué conducido á su casa por un jóven médico amigo suyo que se comprometió garantizando la seguridad de su persona. Sé que va á instruirse á aquel jóven una causa por tal motivo á consecuencia de la delación del policía. Vd. sabe lo que es la justicia en este país. Un empeño, y los filos de su espada se embotan. Esto quiero que suceda hoy.

— Pero esto no puede ser. La alevosía con que he sido atacado es bien clara, y no estoy en el caso de dejar impune al asesino.

— Don Manuel, dijo con cariñosa cachaza el mayor, no es Vd. el que aparenta; su corazón es noble, y por lo mismo estoy seguro de que cuando sepa quién es su enemigo, á qué familia pertenece y las circunstancias en que esta se halla, desistirá de su venganza, si es que en efecto puede abrigar esa innoble pasión, que no lo creo.

Halagado el general por las lisonjas del mayor, procuró hacer creer á este que en efecto no guardaba rencor á David, y se apresuró á contestar:

— Estoy muy lejos de querer vengarme, pero en esta época lo que debe reinar es la justicia.

— Es cierto, pero aun así no hay motivo para perjudicar á ese pobre jóven. Es el único apoyo de su familia: dos ancianos quedarán expuestos al abandono, á la miseria y al hambre si Vd. se empeñase en que siguiera la causa. Debe Vd. disculpar á su agresor; á su edad no se reflexiona. Su conducta no ha sido mas que el resultado de un acto violento.

— Esas violencias las castiga la ley, y yo no estoy en el caso de infringirla.

— ¿Con que es decir que nada puede en el ánimo de Vd. la consideracion de un jóven que aun promete esperanzas condenado por un acto propio en su misma juventud á vivir con los hombres verdaderamente criminales, á pasar la mejor parte de su vida encerrado en una cárcel?

¿Con que desoye Vd. las amistosas súplicas de un hombre que se interesa por Vd.? ¿Con que nada puede en su corazon la suerte de dos ancianos miserables que van á morir en el abandono mas horrible? ¡D. Manuel! jamás creí á Vd. capaz de semejante inhumanidad.

Decidido el general á llevar á cabo su venganza y molestado por las amonestaciones de D. José, se levantó con alguna violencia exclamando :

— Ya he dicho á Vd., señor D. José, que mi única aspiracion es que tengan estricto cumplimiento las leyes : que no tengo mas consideracion que á la justicia.

Don José, cansado de suplicar, se levantó á su vez, y con una voz irritada y con el semblante descompuesto por el furor :

— Señor de Hernandez, exclamó con una especie de énfasis profético ; señor partidario de la

justicia y de las leyes, puesto que niega Vd. su comiseracion á un infeliz que no tiene mas culpa que haberse dejado llevar de un arrebató de cólera, esas leyes, esa justicia caerán tambien sobre la cabeza de Vd.

— ¡Sobre mi cabeza! ¿y porqué? dijo el general demudándose.

— ¿Porqué? contestó el mayor ; ¿no recuerda Vd. la noche del 13 de agosto?

— ¿El 13 de agosto?... dijo el general poniéndose pálido.

— ¡Sí! prosiguió el mayor acercándosele con la mirada fija como la serpiente que trata de fascinar á su víctima ; ¿quiere Vd. que le recuerde lo que pasó en esa noche? Pues bien, habia en la Alcaicería un honrado artesano. Su mujer era una linda jóven cuyo corazon habia Vd. pretendido seducir. Ella se resistió mucho tiempo ; y como el principal obstáculo era el marido, necesitaba Vd. deshacerse de él, ¿no recuerda Vd.?

El general estaba lívido y no contestó.

— La noche del 13 de agosto, en medio del tumulto popular, un individuo envuelto en una larga capa esperaba en una esquina cerca de las

nueve de la noche. Sabia que el artesano se retiraba á esa hora todas las noches, que su camino era aquel en que estaba apostado; y en efecto, á pocos momentos llegó la víctima, y el asesino, aproximándose á ella con pretexto de pedirle la lumbre, le dió una puñalada en medio del corazón. ¿Sabe Vd. quién era el asesino? ¡El asesino era...!

— ¡Silencio! exclamó el general Hernandez.

— Y bien, siguió diciendo el mayor cambiando de tono, las pruebas de ese crimen existen, hay testigos, influencias no faltarán... ¡Señor partidario de la justicia, ¿pretende Vd. todavía que esta se cumpla? Se cumplirá, pero ha de ser sobre el asesino alevoso primero que sobre el joven arrebatado. ¡Señor partidario de las leyes! ¿quiere Vd. todavía que estas se cumplan? Se cumplirán sobre el adúltero y traidor que premedita su crimen, antes que sobre el niño inexperto que ve en la policía el obstáculo que á su venganza opone un cobarde!

— ¡Señor D. José, gritó el general adelantándose como para echarse sobre el mayor. Este re-

trocedió un paso apoderándose del cordon de la campanilla, diciendo con sarcástica y amenazadora sonrisa:

— Grite Vd... habrá escándalo, y el honrado general Hernandez saldrá de aquí llevando en su frente el sello del asesino; grite Vd., y el hombre intrépido saldrá de aquí agobiado con la nota del vil delator.

El general, estupefacto por tan imprevisto ataque, habia permanecido anonadado, y solo su orgullo dictó la amenazadora exclamacion que le hemos oido. Al concluir su apóstrofe D. José, el general conociendo que de nada le serviría una violencia contra un individuo revestido de un prestigio absolutamente superior al suyo, ignorando que D. José estaba tambien manchado y creyendo de buena fe en su indignacion, así como que su conducta era el resultado de la filantropía de que habia sabido revestirse ante la sociedad el astuto mayor; el general, decimos, se resolvió á trazar reservando para mas tarde la venganza de tanta humillacion. Así es que, cambiando de aspecto, dijo al mayor:

— Señor D. José, no puedo menos de confesar

que la violencia de un amor desgraciado me ha hecho criminal, pero demasiado me cuesta un hecho cuyo recuerdo me martiriza de continuo; el suplicio no me atemoriza, pero sí la deshonra. Estoy dispuesto no solo á desistir de mi venganza contra David, sino que quiero hacer mas, declararé en su favor. ¿Está Vd. satisfecho?...

— Sí, contestó el mayor.

— En cambio, espero que no me negará Vd. las pruebas que hay en mí contra.

— Las tendrá Vd.

— ¿Cuándo?

— Inmediatamente que haya Vd. hecho su primera declaracion en favor de David.

— ¿Cuál es mi garantía?

— La palabra de un hombre de honor.

— Es decir que.....

— Que el que ha callado del 13 de agosto á la fecha, seguirá callando. Que el que ha reservado las pruebas de ese crimen hasta hoy, no hará uso de ellas y las devolverá al general, como se lo ha ofrecido.

Durante este diálogo que un testigo invisible habia escuchado, el mayor habia cambiado su

acento. Su voz, enronquecida por el furor, se habia ido dulcificando hasta tomar de nuevo la meliflua suavidad con que dominaba á la mayor parte de los que trataban con él.

El general se habia tranquilizado; pero recordando su calma habitual, no habia conseguido que desapareciera el temblor convulsivo que se habia apoderado de su sistema al verse descubierto.

Tocaron á la puerta. D. José corrió el pasador y se encontró cara á cara del Lic. Perez Ferriz. Era el juez que conocia en la causa de David.

El mayor inmediatamente haciendo una ligera inclinacion de cabeza :

— Señor Licenciado, le dijo, aquí tiene Vd. al señor general Hernandez, amigo mio, y que quiero lo sea de Vd.; y dirigiéndose al general :

— El señor Lic. D. José Perez Ferriz, juez tercero de lo criminal.

Los dos individuos se apresuraron á cambiar los cumplimientos acostumbrados, y despues de tomar asiento, D. José entabló la conversacion de esta manera :

— He molestado á Vd., señor Licenciado, para interponer mis buenos oficios en favor del jóven Zúñiga. Pero creo que no hay ya necesidad de mi intervencion, porque el señor general pensaba ir á ver á Vd. en este momento á fin de explicar los hechos, con lo cual desaparecerá el aparente crimen de Zúñiga.

— En efecto, dijo el general precisado por la presencia de D. José, pensaba hacer á Vd. una visita con el objeto de evitar que siguiese adelante una causa basada sobre un supuesto falso. Se me ha dicho que el oficial de policía ha acusado á mi amigo Zúñiga de haber querido asesinarme.

— Así es, contestó el abogado, y me sorprende mucho lo que Vd. me dice, pues el oficial de policía asegura...

— El oficial de policía no sabe lo que dice, interrumpió el general.

— De manera que ha sido una calumnia, dijo el abogado.

— Tanto como eso no, se apresuró á decir el general, asustado de tener que habérselas con el teniente de policía, pero sí una mala inteligencia.

— Pero bien, la declaracion del teniente de policía es bien expresa; ha declarado: 1º. que el señor David Zúñiga ha hecho resistencia cuando iba á prenderlo de orden de su coronel; 2º. que inmediatamente y sin motivo ha disparado á quema ropa sobre Vd.

— Es cierto, dijo el general, que por una equivocacion se le ha querido aprehender, y es cierto tambien que David ha disparado sobre mí; pero ha sido un juego y nada mas, como lo prueba la circunstancia de que estando tan próximos no me ha tocado.

— En efecto, dijo el juez aparentando conven-  
cense; pero entonces ¿por qué motivo lo ha acusado?

— Es muy natural, dijo el oficial mayor; el teniente de policía ha inferido una herida á Zúñiga y procura salvar la responsabilidad por la violencia que ha usado.

— Cierto, dijo el general; debo sin embargo decir, añadió titubeando por temor de disgustar al mayor, que no estando en antecedentes de nuestra amistad pudo muy bien creer que...

— Bueno, dijo D. José, nadie trata de hacerle



cargos por lo sucedido; lo único que se quiere es que no caiga sobre David la fea mancha de un asesinato.

— Pero, dijo el juez, esto no puede quedar así, yo estoy obligado á seguir los trámites hasta que quede en claro el negocio.

El general se regocijó, habia un obstáculo y no era él quien lo presentaba. David tendria algo que sufrir, el carácter innoble de este militar se complacia en el mal de otro.

El oficial mayor estaba violento, y queriendo terminar el asunto sin mas dilacion, llamó aparte al abogado y le dijo:

— Quiero que la causa no siga adelante; ¿lo entiende Vd.?

— Pero... comenzó á decir el abogado.

— Nada de peros, replicó D. José; así ha de ser, yo lo quiero.

— Por mi parte no hay inconveniente, dijo el abogado, pero ya sabe Vd...

— ¿Cuánto se necesita?

— Para el secretario, el escribiente... el...

— ¿Cuánto se necesita?

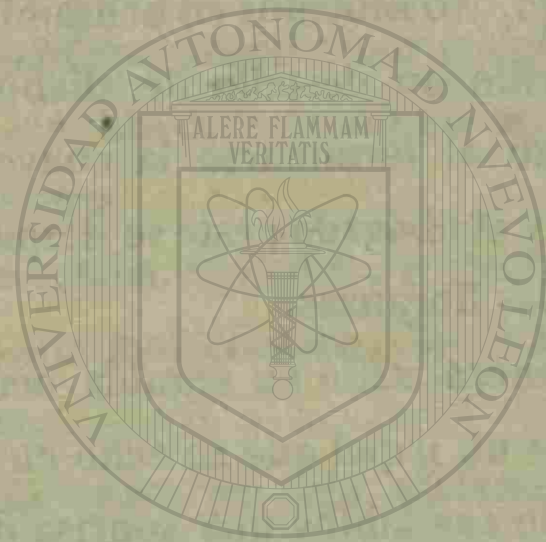
— Seis mil pesos... balbuceó el abogado.

— Aquí tiene Vd. esas libranzas que importan algo mas de los seis mil pesos y que serán pagadas á su presentacion.

El general, durante los dos minutos que duró este tráfico de la justicia, meditaba un plan de venganza contra el que lo obligaba á salvar á su enemigo. No sabemos su pensamiento, pero en sus ojos brilló un destello de diabólica alegría que se apagó al terminarse la conversacion entre el mayor y el abogado; este se despidió palpando con avidez las libranzas.

El general salió en seguida ocultando cuidadosamente un papel que se echó en el bolsillo y contrayendo sus labios una sonrisa de precito.

El mayor tiró de la campanilla, entreabrió la vidriera y dijo al gordo portero, cuando apareció en la puerta: — Puede Vd. introducir á los que solicitan audiencia. El acuerdo ha concluido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO VI.

### SACRIFICIOS DE AMISTAD.

Hemos obligado á nuestros lectores á presenciar escenas desconsoladoras para las almas que guardan alguna fe en los hombres que deberian ser el modelo de la probidad. Aun cuando, como hemos dicho ya, nuestros personajes son entes hipotéticos, los hechos, con poca diferencia, se han repetido y se repiten todos los dias. Sin embargo, hay tambien honrosas excepciones.

Para amortiguar un tanto la idea que puede haberse formado clasificándonos como pesimistas, queremos dar treguas por un instante al triste espectáculo de los horrores sociales que hemos puesto á la vista en nuestros anteriores capítulos.

Retrocedamos veinticuatro horas á las escenas del ministerio. Estamos en el camino que conduce desde Tacubaya á Méjico.

Fatigado, sudoroso y jadeando, un hombre corre siguiendo á un enorme mastin negro como el azabache. Una cabeza desmesurada, con orejas extremadamente cortas, denotaba que la raza del animal estaba cruzada con la de los llamados *bulldog*; sus ojos despedían vivos reflejos, sus colmillos blancos como la nieve, resaltando entre sus negros labios, y su lengua de un vivo color de rosa daban á su aspecto la ferocidad del jabalí, que unida al estrepitoso resuello de sus anchas narices, hacia apartarse á uno y otro lado á los transeuntes.

El noble animal estaba cubierto de polvo, y no dejaba de correr sino cuando se presentaba alguna de las muchas veredas que parten del camino real.

Entonces soplabá acercando la nariz al suelo como para buscar la pista de la caza.

El hombre en estas ocasiones no dejaba de azuzarlo, diciéndole :

— Busca bien, oso, busca, busca.

No era necesaria esta instigación.

El animal olfateaba durante algunos segundos, y emprendía de nuevo su camino seguido de su acompañante.

Demos al lector una idea de este hombre.

De una talla de cinco piés y siete pulgadas, todos sus miembros revelaban la firmeza y la fuerza. Una cabeza pequeña y redonda como una naranja, exceptuando solamente la parte anterior que era aplastada; su cráneo estaba cubierto con un sombrero alemán de color aplomado, bajo el cual se veía salir su cerdoso cabello cortado á peine; su frente era pequeña, su nariz diminuta, aunque adornada con un caballete demasiado pronunciado; su boca saliente caracterizaba su fisonomía con un cierto aire de orangutan que hacían mas notable todavía dos ojillos peñísimos, escondidos en sus órbitas, cuya parte superior sobresalía de un modo raro, for-

mando una especie de tejado que prolongaban mas aun sus negras cejas. Unos bigotes cerdosos y negros se unian á su barba en forma de candado, dejando ver sin embargo sus labios deformes. La extremada longitud de sus piernas le permitia avanzar con una rapidez extraordinaria. El perro, sin embargo, llevado de su impaciencia se perdia de vista; pero entonces su instinto le hacia detenerse, ó bien volver como para excitarlo á que se apresurase. El hombre jadeaba y visiblemente iba perdiendo las fuerzas: por fin llegaron á la entrada del pueblo de Mixcoac. El hombre tuvo al parecer intencion de detenerse á respirar, porque torciendo un poco á la derecha, se dirigió hácia unos bancos de piedra que están frente por frente de la iglesia de San Juan, formando una especie de glorieta, y sombreados por corpulentos fresnos. Iba á sentarse y llamó al perro repetidas veces, pero este, lejos de obedecer, se adelantó por la calle recta, volviéndose en seguida á pararse frente de su amo, pero sin separarse del camino real. Volvió en seguida á emprender la marcha, y retrocedió segunda vez; se detuvo en el sitio que antes, mirando á su amo y exhalando un lastimero quejido.

Como esto fué obra de dos instantes, el hombre, movido por la inquietud del animal, se decidió á continuar el camino sin descansar.

El perro moviendo la cola y dando un brinco sobre el pecho de su amo, como mostrándole su gratitud, emprendió de nuevo su marcha, internándose por la calle recta sin hacer caso de los ladridos amenazantes de sus émulos, que tampoco amedrentaban al individuo que lo seguia y que dejó dos ó tres jirones de su pantalon entre los afilados colmillos de sus agresores.

Al entrar á la plaza principal del pueblo, el oso redobló su furor y se precipitó sin aguardar ya al interior de la casa en donde fué herido David.

Esto ocurría en el mismo momento en que el general y el coronel entraban en el coche, cuyos caballos, instigados por el látigo del cochero, partieron al galope para Méjico; su fogosidad estuvo á punto de atropellar al compañero del perro, que como este entró á la casa. Viendo cerradas las puertas de las piezas, que, como hemos dicho antes, estaban deshabitadas, se internó hasta la huerta.

Al momento de entrar vió que Rafael luchaba

por impedir que el oso lastimara á su buen amigo David, que acababa de caer á consecuencia de la herida que recibió del policía.

Este hombre que hemos seguido, era Martin, criado de Rafael y modelo de los buenos servidores.

Se apresuró á contener al oso, y en seguida se dispuso á prestar su ayuda á su amo. El perro, como si hubiera comprendido que sus caricias eran extemporáneas, al ver el ademán con que su amo lo había desechado, se contentó con verlo de hito en hito, gruñendo cariñosamente, lamiendo su nariz y moviendo la cola en prueba de su contento.

Rafael dijo á Martin: — Busca unos trapos pronto para vendar la herida y unas hebras de hilo.

El criado salió.

El policía, que aun estaba allí detenido por la situación del herido, dijo á Rafael: — Si Vd. gusta, le ayudaré.

Rafael aceptó, porque en las difíciles circunstancias en que se hallaba, tenia necesidad de ser auxiliado.

Entonces se puso á examinar la herida, procurando antes contener la hemorragia por medio de lavatorios de agua fria, que tomaba del tanque próximo. Una vez logrado esto, Rafael se ocupó en examinar la herida.

Aunque practicante, era estudioso é inteligente.

Su deseo de salvar á David y el temor de que el tiempo trascurriese sin efectuar la primera cura, lo obligaron á emprenderla él mismo.

En este momento volvió Martin trayendo dos largas hebras de pita y un rollo de trapos. No habia podido conseguir las y venia sin camisa, pues la desgarró para obtenerlas. Rafael sacó el estuche que siempre traia consigo, y armándose de todo su valor efectuó la curacion con la destreza del mas hábil cirujano.

Terminada la operacion no sin graves sufrimientos por parte de David, que estaba casi desmayado á consecuencia de la hemorragia, lo acomodó lo mejor que pudo sobre la yerba y dijo á Martin:

— Corre á buscar una camilla.

El teniente de policía, que era un ignorante y que

deseaba, ahogando en su corazón los sentimientos naturales, complacer los deseos de su coronel, mucho más cuando después del suceso comprendió que el general estaba en ello interesado por su enemistad con David, deseando congratularse con ellos con la esperanza de obtener un ascenso, é insistiendo por lo mismo en llevar á cabo las órdenes que había recibido, dijo á Rafael :

— Lo llevaremos en el coche.

Rafael, sin creer que la intención del policía era conducir al herido en calidad de preso, se contentó con responder : — Imposible, el movimiento le haría mal; es preciso llevarlo en hombros.

Mientras tanto, Martín, con su eficacia característica, volvía ya acompañado de cuatro indígenas, que llevaban una camilla improvisada con ramas de árbol y una frazada.

No se extrañe el que ni el comisario municipal, ni el juez de paz tomaran parte en el acontecimiento; porque primeramente ocurría esto dentro de una casa, y después, las personas que figuraban eran militares. Militares, es decir arbitrariedad, despotismo, opresión.....

Todo el mundo ha experimentado á su vez el pesado yugo que impone á nuestra sociedad esta clase, que debería servir únicamente para el sostenimiento del orden público, para el aseguramiento de nuestra nacionalidad. Fuerza es decirlo, con pocas excepciones, los grados militares han sido los títulos del verdugo.

Desmoralizada esta honrosa carrera, de tiempos atrás, pero muy particularmente desde que hubo un hombre que, decorado con el título de presidente de la República, acostumbraba pagar los servicios más bajos con las condecoraciones de los jefes del ejército; desde esta época, decimos, la estupidez, la ineptitud y la poca delicadeza se han extendido vergonzosamente en esta clase. Y para que no se nos arguya de falsedad, citaremos dos casos que muchos conocen.

Existe todavía un hombre que tiene el empleo de...

Para obtenerlo no necesitó más que pedir el sueldo que había devengado como cocinero de S. E.

Hay otro que por haber admitido por esposa á una concubina del presidente, obtuvo una capitanía en el ejército.

Perdónese esta digresion que nos arranca de deseo de corregir estos graves males :

Las defecciones para con los gobiernos.

Las cobardías y las traiciones ante el enemigo extranjero.

Volvamos á nuestra narracion.

Las autoridades de Mixcoac esquivaron un encuentro con los jefes militares. Por eso no tomaron conocimiento del hecho.

Colocado cuidadosamente David en la camilla y medio cubierto con la levita, fué trasladado á Méjico por los indígenas, á quienes acompañaron Martin y el oso.

Explicaremos la presencia de este en aquel lugar.

Habia visto salir á su amo mas temprano que de costumbre, registrar sus armas y pasar la noche en la mayor inquietud.

Movido por el extremado afecto que profesaba á su niño , como él decia , lo habia seguido hasta la casa de David, despues á la del general ; y conociendo el instinto extraordinario del oso, compañero casi inseparable de su amo, lo habia llevado consigo á fin de que lo guiase en caso necesario.

Ya hemol visto el buen resultado de su prevision.

Llegados á Méjico, el teniente de policia, que iba con Rafael en el coche que habia llevado á este y al general, quiso conducir al herido al cuartel para cumplir sus instrucciones, y solo desistió cuando Rafael le empeñó su palabra de que lo entregaria si así lo ordenaba la autoridad.

El oficial dejó á Rafael para consultar con el coronel lo que deberia hacer, y este, de acuerdo con lo que habia hablado con el general, le ordenó entablase una acusacion contra David ante el juez de turno por conatos de homicidio.

Rafael se adelantó en el coche para prevenir de alguna manera el golpe que iba á experimentar aquella familia desgraciada.

Llegó á la casa de David sumamente embarazado por la dificultad de salir airoso en tan delicado asunto.

Al tocar el porton, la suerte quiso que fuese Virginia, como la primera vez, quien le abriera la puerta. El sol, despidiendo sus rayos ardientes, iba á vivificar las flores de aquel jardin formado

por la poética é inocente Virginia. Las campanillas blancas y azules, en cuyo tierno cáliz se hallaban depositadas las líquidas perlas del rocío matinal, daban un nuevo encanto al aspecto del pequeño patio de la casa de Virginia.

Esta estaba ocupada en regar la multitud de macetas que ostentaban sus brillantes colores, las encendidas rosas, los blancos jazmines, los atractivos geranios, las aromáticas madreselvas y las tímidas violetas.

Rafael, á su entrada, fijó sus ojos velados por la tristeza sobre la jóven hermana de su amigo.

La inocencia que revelaba en sus oscuros ojos, la tranquilidad imperturbable que se leía en su tersa frente, la franca sonrisa que contrajo sus nacarados labios al saludarlo, agruparon en el corazón de Rafael toda una tempestad.

La primera mirada de Virginia había sido una chispa que inflamó el corazón de Rafael. — Allí estaba la felicidad. Iba acaso á perderla. — Blanca ilusión. Iba tal vez á perderse para siempre. — Rayo de luz purísima que brilla un instante para hundirse en una eternidad de dolor.

Tales fueron las nubes que ofuscaron el pensamiento de Rafael, en el instante que vió á Virginia.

Su turbacion era visible; la jóven por su parte no sabia á qué atribuir el embarazo que notaba en el semblante de Rafael, pero no se atrevió á preguntar.

Por último, haciendo un esfuerzo sobrehumano, Rafael balbuceó :

— Quiero hablar... en el momento.... con su papá de Vd.... y..... con su mamá..... y..... con Vd.....

El acento conmovido de Rafael, la palidez que cubria su semblante y dos lágrimas que asomaron á sus ojos y que él detuvo cuando estaban próximas á rodar por sus mejillas, clavaron el dardo de la inquietud en el pecho de Virginia. El rosado color de sus mejillas desapareció, sustituyéndole una palidez mate : sus labios tambien se descoloraron, pudiendo apenas pronunciar : « voy á avisarles, » y se retiró haciendo seña á Rafael de que entrase, mientras ella por la puerta del corredor se dirigió á la recámara sin poder explicarse la causa del extremado desasosiego que engendraron



en su pecho las palabras de Rafael unidas á su turbacion exterior.

La delicada organizacion de Virginia adivinó, por decirlo así, la proximidad del golpe que iba á recibir su corazon, y solo el deseo de no aumentar la pena de sus ancianos padres la hizo sofocar los primeros gritos de su alma.

Rafael esperaba en la sala con el temor de un reo que aguarda su sentencia de muerte.

Habia sacrificado su opinion acompañando á David. En este instante creia sacrificarle su corazon.

## CAPITULO VII.

### INFIERNO Y GLORIA.

Pocos momentos despues de la entrada de Rafael en la casa de David, se presentaron en la sala los padres de este.

Eran dos ancianos. D. Juan, padre de David, tenia todo el aspecto de un veterano del ejército. De estatura baja, su talle se mantenía sin embargo enhiesto á manera del viejo roble que se

en su pecho las palabras de Rafael unidas á su turbacion exterior.

La delicada organizacion de Virginia adivinó, por decirlo así, la proximidad del golpe que iba á recibir su corazon, y solo el deseo de no aumentar la pena de sus ancianos padres la hizo sofocar los primeros gritos de su alma.

Rafael esperaba en la sala con el temor de un reo que aguarda su sentencia de muerte.

Habia sacrificado su opinion acompañando á David. En este instante creia sacrificarle su corazon.

## CAPITULO VII.

### INFIERNO Y GLORIA.

Pocos momentos despues de la entrada de Rafael en la casa de David, se presentaron en la sala los padres de este.

Eran dos ancianos. D. Juan, padre de David, tenia todo el aspecto de un veterano del ejército. De estatura baja, su talle se mantenía sin embargo enhiesto á manera del viejo roble que se

acaba sin doblarse; su semblante estaba revestido de un aire franco y enérgico que inspiraba una irresistible simpatía; su tez un poco atezada por la impresión del sol hacia resaltar el níveo color de su frente, y su nariz formando un ángulo de 90 grados hermoseaba su fisonomía de un modo particular: sus labios gruesos no habían perdido la frescura de la juventud.

Envuelto en una larga bata verde oscura no podía vérselo más que el blanco cuello de su camisa. Estaba con unas pantuflas bordadas en caneva, trabajo exquisito de Virginia.

La señora parecía más alta que D. Juan en razón á su extremada flacura, su color era muy blanco, su frente corta, su nariz aguileña parecía más encorvada á consecuencia de la falta de su dentadura, su boca por esta misma razón desaparecía casi y prolongaba aun su puntiaguda barba. Su fisonomía tenía un aire de reserva y de altivez que rechazaba á primera vista. Un vestido caído naturalmente por la falta de enaguas, permitía palpar sus formas enflaquecidas; las mangas cerradas hasta el puño dejaban salir dos manos musculosas, y sus hombros estaban cubiertos por un

ancho pañuelo de seda de colores vivos concertando con los del vestido.

Rafael, conmovido y ruboroso, apenas podía hablar.

Saludó con dificultad, pero se aumentó para él cuando D<sup>a</sup>. Isabel, pues este era el nombre de la señora, con una voz ronca le dijo: — Virginia nos avisó que Vd. es Rafael, amigo de nuestro hijo, y que quería hablarnos.

— Señorita..... Señor..... tartamudeó Rafael, acaso parecerá á Vds. extraña mi visita á esta hora; pero así lo exige el..... suceso.

La turbación de Rafael excitó la curiosidad de D<sup>a</sup>. Isabel y de D. Juan. Este, no pudiendo imaginarse á qué se refería el jóven y queriendo sacarlo de su apuro, con su franqueza genial contestó:

— ¡Vamos, caballerito! cualquiera cosa que sea, díjala Vd. sin miedo. Si Vd. fuera un veterano como yo...

— Es que... balbuceó Rafael.

— ¡Nada! ¡Cartucheras al cañon! como se dice entre soldados.

— Déjalo hablar, dijo D<sup>a</sup>. Isabel impaciente por saber al fin de qué se trataba.

— Pues bien, dijo Rafael, el caso es que David está....

— ¿Qué?... interrumpió D<sup>a</sup>. Isabel.

— Está enfermo.

— ¡Mi hijo! ¡mi hermano! exclamaron á un tiempo D<sup>a</sup>. Isabel y Virginia.

— ¡Cañones! exclamó á su vez D. Juan; pero de qué? Dónde está?

— Ya lo traen, contestó Rafael.

— ¡Jesús! dijo D<sup>a</sup>. Isabel; ¿pues que tiene? y se puso á llorar.

Virginia tambien cedió á los impulsos de la naturaleza, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

— Vamos, dijo D. Juan conteniendo apenas las que asomaban á sus ojos, nada de llanto; será cosa de poca importancia. Un vahido, ¿no es verdad?

Rafael no atinaba lo que debía contestar. Su silencio fué interpretado de mal agüero. La señora se abandonó á su pesar exclamando: — ¡Muerto! ¡muerto tal vez!

Virginia sollozaba.

D. Juan enjugaba las lágrimas que no le era dado detener.

Rafael dijo á D<sup>a</sup>. Isabel: — No, señora, el mal no es de tanta gravedad, es...

Llamaron á la puerta; todos corrieron á ella, y al ver la camilla en que venia tendido David, los gritos sustituyeron á los sollozos, y D. Juan mismo se acercó á la camilla gritando: — ¡Hijo mio!

David estaba muy debilitado por la pérdida de la sangre, pero haciendo un esfuerzo levantó la cabeza. Cayendo á ese impulso la levita con que venia cubierto, pudo verse su semblante pálido y desfigurado.

El cariño paternal recibió un choque al impulso de dos afecciones diversas: la alegría y el dolor.

La esperanza habia renacido en los corazones de los padres y de la hermana David al ver que vivia aun.

El súbito cambio de sus facciones y su desaliento habian revelado á la sensibilidad de la familia que el mal era grave. Imposible es pintar los dolorosos transportes de aquella familia, unida por el mas acendrado cariño.

Para comprender estas impresiones, es necesario sentir las.

Todos lloraban, y hasta la vieja criada vertía las últimas gotas de llanto que guardaban sus marchitos párpados.

Colocaron cuidadosamente á David en su lecho, y solo entonces y despues de un cuarto de hora de lamentos pudieron ocuparse de averiguar la causa de su desgracia.

Rafael era incapaz de mentir.

Refirió los hechos con toda verdad.

Doña Isabel no pudo menos que prorumpir en quejas contra Rafael, que, lejos de disculparse, procuraba con un silencio generoso atenuar la culpabilidad de David.

Don Juan se manifestaba profundamente animado en contra del general, del coronel y sobre todo del policía; pero disculpaba á Rafael, sosteniendo que habia obrado cuerdamente acompañando á su hijo.

— ¡Calla, mujer! decia á D<sup>a</sup>. Isabel al oir las inculpaciones que esta hacia á Rafael, el desafío es un lance que todos los hombres deben aceptar y aun en caso necesario buscar. ¡Qué diablo! el que no ha tenido un duelo en su vida es un imbecil á quien cualquiera tiene derecho de menos-

preciar. Sin ir muy lejos, cuando acompañaba al general Hidalgo...

— Ya ves, dijo D<sup>a</sup>. Isabel, las consecuencias de tus ideas, siempre cantando que los hombres han de tener valor, que deben matarse hasta por un gesto; y dirigiéndose á Rafael: — Pero Vd. es el responsable de la muerte de mi hijo.

Rafael continuó aceptando generosamente el papel de culpable, y solo para calmar el dolor de D<sup>a</sup>. Isabel contestó:

— No debe Vd. temer por su vida; el reposo y la abstinencia espero que efectuarán su completa curacion: sin embargo, como dije á Vds., ya mandé á Martin en busca del D<sup>r</sup>. Flores.

— Sí, sí, dijo D<sup>a</sup>. Isabel, y yo lo espero con impaciencia para que me diga si es cierto que no está de riesgo mi pobre hijo.

La señora, llevada de su dolorosa impresion, hacia á Rafael la nueva injuria de dudar de su palabra, y necesitó el extremo de una resolucion heróica de sacrificarse enteramente por su amigo para acallar la profunda impresion de desagrado que le causaban las injustas acusaciones de la madre de David.

Rafael perdía todo un porvenir de ilusiones echando sobre sí la responsabilidad de un hecho que había reprobado. Su corazón comenzaba á sentir la fuerza de una irresistible simpatía por Virginia, y sin embargo se hacía el objeto del odio de aquellos ancianos de quienes dependía absolutamente su felicidad. ¿Cómo habrían de consentir que volviese á la casa que encerraba el tesoro de sus aspiraciones?

Esperaba al médico para instruirle de la operación que había practicado para curar á David; pero inmediatamente que terminase su información, daría un adiós eterno tal vez á aquella modesta casa que le parecía tan hermosa en su sencillez, á aquellas flores cuyo aroma le parecía mas embriagador, á aquellos canarios cuyos gorjeos le parecían mas melodiosos, porque esa casa, esas flores, esas aves pertenecían á Virginia.

Es verdad que D. Juan no le hacía recriminaciones, que Virginia lloraba en silencio, sin que sus ojos lo agobiasen con una mirada de rencor; pero acaso las acusaciones de D<sup>a</sup>. Isabel levantaban en ese instante en el corazón de aquella vírgen una barrera que se hacía insuperable,

mientras que David se hallaba en estado de declarar la verdad, y entonces... ya no sería tiempo de engendrar un amor tan puro y tan apasionado como el que Rafael profesaba á la simpática Virginia.

El médico llegó, y después de informarse del modo con que David había sido herido, cuya relación le hizo Rafael con toda exactitud, pasó á la alcoba para hacer sus observaciones.

Rafael dijo al médico que había determinado verificar desde luego la primera operación, porque en el sitio donde había pasado el acontecimiento no había facultativos.

El Dr. Flores, que era amigo de Rafael, que conocía su clara inteligencia, su asidua aplicación, no quiso ya que se desatasen los vendajes que había colocado Rafael: este se detuvo cuando iba á hacerlo, porque el doctor le dijo:

— Es inútil, amigo mío; basta que Vd. me explique el carácter de la herida y los síntomas que la acompañan. Vd. es un muchacho de provecho á quien solo le falta el título.

Rafael, ruborizándose, contestó: —Vd. me honra mas de lo que merezco, y temo mucho tenga

Vd. hoy un desengaño, á pesar de que el cariño que profeso á David puede haber hecho un milagro. Y despues de manifestar al D<sup>r</sup>. Flores su gratitud de esta manera, continuó :

— La herida está situada en la parte media del flanco derecho. Es una herida penetrante de vientre con salida al intestino delgado, pero estoy seguro de que este no tiene lesion alguna, así como tampoco una parte del epiplon que salió tambien. Como la hemorragia era considerable, tuve gran trabajo para contenerla; logrado esto al fin, reduje el intestino, pero tuve necesidad de devridar la herida, cuya reunion solicité despues por primera intencion, valiéndome de la sutura enclavijada; en seguida le puse el vendaje que Vd. ve.

La científica explicacion de Rafael, hecha con absoluta naturalidad, impresionó fuertemente al facultativo, que á pesar de tener una buena idea de los conocimientos de Rafael en medicina, nunca creyó que fuese tan inteligente en el terreno práctico; por lo mismo, no pudo dejar de manifestarlo á la familia, diciendo :

— Señor D. Juan, debo confesar que es inútil el haberme llamado. Los cuidados de este jóven

bastarán al enfermo. Sin su auxilio pronto y eficaz, acaso el enfermo corria grave peligro, mientras que ahora no observo cosa alguna que deba alarmar á Vds. ¿No es cierto?

— Ya habia observado su pulso, dijo Rafael; su regularidad me ha hecho creer que en efecto no hay peligro.

La familia experimentaba un cambio completo.

D. Juan, cuyas ideas por el duelo no amortiguaban el dolor de un padre, dió un abrazo estrecho á aquel jóven que así cumplia con los deberes del honor y de la humanidad.

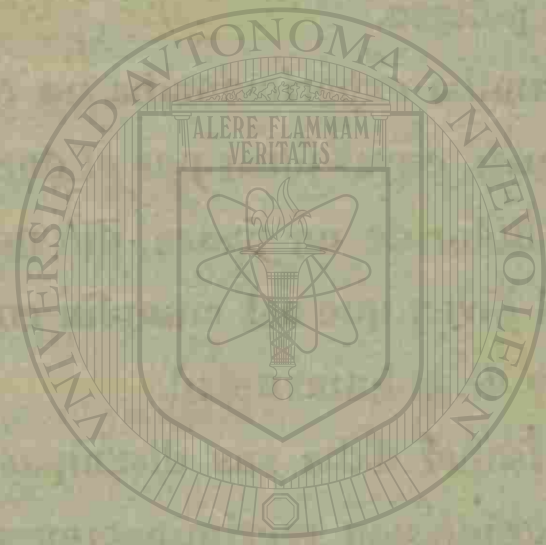
D<sup>a</sup>. Isabel daba sus disculpas á aquel á quien antes agobió con recriminaciones violentas.

Virginia, la preciosa Virginia, considerando en Rafael al salvador de su querido hermano, miraba á su hermoso amigo con la mas celestial dulzura al través de un espeso velo de lágrimas.

Hasta la vieja criada, que antes refunfuñaba contra él, decia mirándolo : — ¡ Al fin cara de ángel !

A la tempestad habia sucedido la bonanza. A las negras nubes de la desesperacion los atractivos rayos de la esperanza.

Al infierno la gloria.



UANL

RAFAEL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO VIII.

Nuestros lectores desearán conocer sin duda los antecedentes de nuestro joven héroe. Vamos á satisfacer su curiosidad.

Veinticuatro años antes de la época en que se verifican los sucesos que hemos referido, existia en Veracruz un rico comerciante. Era viudo, su esposa habia muerto quince años antes al dar á



luz á una preciosa niña que no llegó á probar las dulzuras del cariño maternal, su corazón entregado á sí mismo se nutrió en el aislamiento.

Su padre, ocupado en sus negocios, apenas podía dedicarle unas cuantas horas.

Don Rufo, que así se llamaba, educado según el sistema español, tenía un carácter poco á propósito para dirigir á una niña.

Exacto en sus distribuciones, jamás interrumpió su método para procurar alguna grata novedad á su hija.

Levantarse á las cinco de la mañana, oír misa, desayunarse y entregarse luego al trabajo hasta las nueve, hora en que se hacía el almuerzo, volver al escritorio hasta la hora de comer; en la noche, rezar el rosario con toda la familia y jugar al dominó ó al ajedrez con algunos tertulianos de la casa: tal era el método de vida de D. Rufo. Los domingos un paseo por el muelle ó por el camino de Méjico: estas eran las diversiones de Matilde.

Ella, entregada cuando niña á una maestra indigesta y regañona, había saboreado á pequeñas gotas la amarga soledad. Se oprovechaba de las

lecciones y superaba en aplicación á sus compañeras, que la tenían ojeriza por sus adelantos.

A los doce años se la entregaron á su padre perfectamente diestra en todos los ramos pertenecientes á su sexo, pues la escritura estaba prohibida á las jóvenes en aquella época.

¡Precaución inútil!... El amor es omnipotente y no conoce obstáculo.

De doce años volvió á su casa, de cuya dirección se encargó. Su desempeño era inmejorable. Dedicada á sus ocupaciones, pasaban para ella los días insensiblemente hasta que llegó á los quince años.

A esta edad, su tez era florida como el de las mujeres de Normandía, su talle tenía el brioso despejo de las italianas, sus facciones la graciosa índole de las parisienses; mas ¡ay! esta linda flor estaba condenada á vivir sepultada en un invernáculo bien triste.

Don Rufo había conservado á su servicio un negro que, habiendo nacido su esclavo, había recobrado su libertad por la ley del 15 de setiembre de 1829. El negro, que tendría entonces siete

años, era el compañero inseparable de Matilde.

Él era quien la entretenía en los años de la lactancia, él quien la servía de apoyo para que no cayese cuando comenzó á dar los primeros pasos, él quien la enseñó á balbucear las primeras palabras.

Cuando iban á pasear por el muelle, el negrillo ahuyentaba á los cangrejos que horrorizaban á Matilde, y buscaba las conchitas más preciosas para obsequiar á su amita.

Luego se ponía á torear las olas ó á pescar sardinas con su anzuelo.

No se extrañe esta confianza. En la Habana, por ejemplo, donde aun existe la esclavitud, algunos hijos de los negros viven en absoluta igualdad con los señoritos titulados, aun en aquellas familias que están más pagadas de su noble origen.

La union de Sabino y de Matilde produjo el efecto natural, se hicieron inseparables por una mutua simpatía; solo que Matilde amaba á Sabino como á su esclavo predilecto, y este amaba á Matilde como á un ángel.

Matilde, llegada á la edad en que las niñas se hacen señoritas, sintió levantarse en su corazón esa necesidad íntima y profunda que llamamos amor.

Sabino estaba subyugado ya por una pasión tanto más ardiente, cuanto menos realizable: amaba á Matilde.

En sus ardientes delirios besaba las alfombras, los vestidos y el calzado de su amita, pero ocultando cuidadosamente su pasión á todo el mundo, por temor de verse castigado y sobre todo separado de su ídolo.

El amor de Sabino era tan respetuoso como ardiente.

Sus ojos callaban delante de Matilde, y hubiera vivido así para siempre.

Matilde era orgullosa.

Un día al volver de misa dejó caer su pañuelo.

Sabino se apresuró á levantarlo, y sin advertir que había delante de Matilde un espejo, se atrevió á imprimir sus labios sobre el pañuelo.

Matilde lo vió y levantó la voz para reconvénirle por su osadía. D. Rufo, que llegaba, se im-

puso del asunto, y Sabino fué ignominiosamente despedido en el instante.

El pobre negro salió con el corazón herido profundamente y resuelto á arrojarse al mar para acabar con su miserable existencia. Ya se dirigia á tomar un bote para poner en práctica su designio lejos del lugar donde pudiera ser socorrido, cuando pensó que mas valdria que viviese para cuidar á su adorada.

Un año pasó trabajando de cargador en la aduana sin perder de vista uno solo de los movimientos de su ama.

Esta olvidó pronto á su compañero de infancia.

El escritorio de D. Rufo estaba en los bajos de su misma casa. Una de las puertas comunicaba con el patio. D. Rufo tenia entre sus dependientes un jóven de veinticinco á treinta años. Su exterior era agradable, pero á través de su fisonomía se dejaba entrever cierta doblez que repugnaba. Su lenguaje era afectado y de excesiva afabilidad. Siempre acicalado con el esmero de una dama, se hacia notar entre sus compañeros, que le habian dado el sobrenombre de *la doncella*.

Este individuo supo apoderarse insensiblemente del corazón de Matilde: con sus furtivas miradas comenzó por fascinarla, luego afectando ocultarse de la jóven hacia que esta lo viese absorto contemplándola desde la reja del escritorio.

La incauta Matilde, cuyo aislamiento la causaba, fijó al fin su atención en ella. Entregada á sí misma, sin conocimiento del mundo, ¿qué podia hacer? Pronto, cediendo á las exigencias de su edad y de una hábil seducción, fué víctima de su falso amante.

Este, que no buscaba otra cosa que la cuantiosa herencia de D. Rufo, creyó que solo se decidiria á casar á Matilde con él cuando la viese perdida. Sin miramiento al candor y á la ternura con que Matilde lo amaba, consumó su seducción.

Para ponerse á cubierto del primer ímpetu de D. Rufo, al conocer el estado de Matilde se fué á Méjico á esperar el resultado de su atrevimiento.

Matilde creyó morir de pena al conocer su situación. Sin una persona á quien consultar, inexperta en tales circunstancias, pronto fué descubierta por los primeros síntomas.

Don Rufo al principio no fijó en ellos la atención, tan preocupado estaba en sus negocios; pero cuando llegó á sospechar lo que pasaba, tomó la caja con sus pistolas y se dirigió á la sala á donde habia hecho avisar á Matilde que lo esperase.

— ¡Señora, le dijo, vengo á saber de Vd. si es cierto que está deshonrada!

La infeliz Matilde, cuya misma candidez la habia denunciado, no tuvo fuerzas mas que para echarse á los piés de su padre gritando: — ¡Perdon, padre mio! ¡Perdon!

— ¿Con que es cierto? gritó D. Rufo frenético de cólera, ¿con que es cierto, hija infame? ¡Vas á morir!

Matilde, agobiada por la vergüenza y por el dolor, se resignó á morir y no contestó una palabra.

Don Rufo tomó una pistola que apoyó en la frente de su hija. Matilde no se movió.

Don Rufo levantó la pistola y dijo á Matilde:

— No, antes de morir declárame el nombre de tu seductor. Matilde guardó silencio.

— ¿No respondes? gritó D. Rufo.

— ¿Lo perdonaréis?

— ¡No! lo mataré!

— ¡Entonces moriré sin decirlo! contestó Matilde con una sublime abnegacion. Ignoraba ¡infeliz! que el amor de su cómplice tenia por única mira sus riquezas.

Don Rufo entonces, viendo la resolucion de Matilde, consideró que en vano usaria la violencia y salió de la sala abrumado por el pesar, pero resuelto á no transigir con el infame que habia perdido á su hija.

Matilde se retiró á su cuarto, de donde no salió.

Don Rufo fué á buscarla, y le declaró que si no le revelaba el nombre de su amante no debia contar con su afecto ni con su herencia.

Ella contestó que solo hablaria en el caso de que le asegurase el perdon de su amante.

Irritóse D. Rufo de tal modo, que inmediatamente se sintió indispuerto. Llevado de su enojo no quiso ver mas á Matilde, é hizo testamento cediendo sus cuantiosas riquezas á la Iglesia.

A poco tiempo D. Rufo murió á consecuencia de su cólera sin escuchar las súplicas de su hija, cuyo dolor estuvo á punto de llevarla tambien al sepulcro.

El carácter testarudo de D. Rufo y su indignación fueron causa de que se publicase un asunto que debiera haber sido sepultado en el secreto mas profundo. La sociedad imprimió en la frente de la víctima el sello de su reprobación. — Matilde se vió infamada.

Terrible injusticia, pero que se repite todos los dias.

El abandono, la vergüenza y el desprecio son el castigo de las decepciones del candor.

La sociedad, en vez de dar la mano á las inocentes víctimas de la seducción para preservarlas de un porvenir infame, las arroja con vilipendio á los inmundos sitios de que debiera apartarlas.

Se dirá que á veces transige con la infamia, que suele tener sus condescendencias con los infractores de la moral, pero ¿en qué casos? Cuando las manchas se ofuscan con el oro ó el poder. Por eso no olvida las del pobre ó desvalido.

En el momento en que murió D. Rufo, el albacea declaró á Matilde su desheredación y esta se vió sin tener un apoyo.

Estaba agobiada por la pesadumbre, juzgándose

la única causa de la muerte de D. Rufo, y este dolor la preocupaba de suerte que no fijó la atención en la pérdida de sus riquezas.

Resolvió dejar una casa que le recordaba sus dias de ventura y esperar el cumplimiento de las promesas de su seductor. ¡Cuán lejos estaba de sospechar de su lealtad!

El desprecio que leia en los semblantes de aquellos que cuando estaba en la opulencia la lisonjeaban, el cuidado con que evitaban su contacto todos aquellos que antes de su desgracia solicitaban su amistad, le inspiraron tal horror por todo lo que la rodeaba, que determinó huir de la ciudad; y en efecto, como si temiera alguna persecución, tomó unos cuantos vestidos y se dirigió al camino de Méjico.

Cualquiera creerá que obró con demasiada ligereza; pero ¿qué pudo hacer al verse así abandonada de todos?

Salió de la ciudad llevando consigo únicamente una caja con algunas alhajas, decidida á ocultarse á las miradas de todos en la casa de su ama de leche, que vivia en una casucha á poco distancia de Veracruz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO IX.

RAFAEL.  
(CONTINUACION.)

La vieja criada recibió á Matilde con los brazos abiertos, lloró al saber la muerte de D. Rufo y el estado de su hija adoptiva, y le prometió asistirle con todo esmero guardando el mas profundo secreto.

Matilde se juzgó feliz olvidada de todos. La criada no queria que su niña gastara cosa alguna,

pero apenas podia ya trabajar. Era lavandera, y sus parroquianos le habian retirado el trabajo porque á su edad el desempeño no podia ser satisfactorio. El poco dinero que Matilde sacó sirvió para algunos dias, pero al fin se concluyó; entonces tuvo necesidad de enajenar algunas prendas, cosa fácil para la vieja, que tenia relaciones con un usurero vergonzante.

Un dia que iba á dejar la última, que era una pequeña cruz de oro, se encontró con Sabino.

Este no habia perdido de vista á Matilde, pero no se habia presentado á ella, temeroso de ofender su orgullo.

Poco trabajo le costó averiguar las penurias de su amita.

Propuso á la criada que dijese á Matilde que habia empeñado la cruz y que recibiese un peso de él diariamente para sostenerla, dando para ello cualquier pretexto, ocultando el nombre del benefactor. Así lo hizo la vieja, y como Matilde no tenia ya de qué echar mano, tuvo que resignarse á vivir á expensas de su sirviente: Matilde queria trabajar, pero lo avanzado de su embarazo se lo impedia.

En medio de la mayor pobreza dió á luz un hermoso niño. Este era Rafael. Los primeros vagidos fueron el bálsamo de consuelo para Matilde, que se consideró dichosa esperando que pronto podria trabajar para compensar sus sacrificios á la buena mujer que le habia recogido: pero ¡ay! que á los pocos dias del nacimiento de Rafael la pobre criada se vió atacada de una fiebre que la puso á la muerte.

Matilde hizo un esfuerzo y se levantó para salir á pedir un auxilio para su bienhechora, cuando esta se vió precisada á quedarse en la cama. La pobre vieja al ver esto le dijo:

— Señorita, mi enfermedad es muy grave y voy á morir, pero antes debo volver á Vd. esta cruz y declararle que no se debe considerar del todo abandonada, pues aun le queda en la tierra quien por Vd. se interese.

— Sí, dijo Matilde, José, José, que ignora mi paradero y que por eso no me ha buscado.

— Hay otro todavía, contestó la criada.

— ¿Quién? preguntó Matilde.

— ¡Sabino!

— ¿Sabino? exclamó Matilde asombrada.

— Sí, señorita, él es el que me ha proporcionado los recursos con que hemos vivido estos últimos días.

— Pues entonces, ¿cómo no se ha presentado?

— Temia que Vd. se negase á recibir de él alguna cosa.

Y en seguida le refirió su encuentro con Sabino, su delicadeza para auxiliarla y su resolución de ocultarse á los ojos de Matilde.

Esta no pudo menos de conmoverse profundamente al verse objeto de tan finas atenciones, y aseguró á la vieja criada su profundo agradecimiento y el olvido absoluto de la ofensa que le habia hecho Sabino.

Salía en busca del negro, cuando este, que estaba cuidadoso por la tardanza de la criada, se encaminaba á la casa. Al ver á Matilde, quiso esquivar su encuentro, pero esta la llamó y entraron á la casa.

Sabino, lleno de una respetuosa ternura, se echó á sus piés pidiéndole perdon por su conducta atrevida. Matilde lo levantó sin contestar mas que derramando abundantes lágrimas.

Desde ese instante Sabino volvió á ocupar cerca de su *amita* el lugar que antes, solo que hizo con ella además el oficio de un padre.

La criada sucumbió: Matilde creyó que debia escribir á su amante para recordarle sus promesas. No lo habia hecho, esperando que de un momento á otro vendria él á echarse en sus brazos para volverle, con su honor, la felicidad que habia perdido.

Llena de inquietud esperó ocho dias, y viendo que no venia la contestacion, atribuyó á extravío su falta. Repitió su carta pormenorizándole su estado, su indigencia y los sufrimientos que habia experimentado; pero la segunda carta, como la primera, no tuvo respuesta. Entonces se resolvió á ir á Méjico. Sin recursos no era posible tomar un asiento en la diligencia. Era preciso ir á pié. Cuando habló á Sabino de su proyecto, este procuró disuadirla; le propuso que esperase unos dias, mientras él reunia el dinero necesario para procurarle un asiento en la diligencia; pero Matilde, en su impaciencia, no pudo resolverse á esperar tanto tiempo.

Sabino redobló su trabajo, pero á pesar de esto



apenas logró reunir una cantidad con la que Matilde se pusiese en camino.

Ajustada su conduccion en unos carros, Sabino la acompañó sirviéndole con la misma adhesion que en otra época, ayudándola á subir y bajar del carro y á cargar á Rafael. Durante la noche la llevaba á un lugar separado, donde la hacia acostar, y arropándola con todas las cubiertas de que se habia provisto á la salida de Veracruz, mitigaba por cuantos medios estaban á su alcance la dureza de la suerte de Matilde, que derramaba lágrimas de reconocimiento por tantas finezas. Luego se acostaba él á una distancia respetuosa, dispuesto á saltar sobre el primero que se atreviera á insultarla. Su afecto semejaba al del alano que se echa á los piés de su dueño, dispuesto á acometer al primero que ose acercársele.

Con el fin de hacer economías, durante el camino Sabino ayudaba á los carreteros en los pasos difíciles, pues de este modo reducía su alimento á lo que ellos le participaban de sus comidas.

Llegaron al fin á Méjico, y Sabino alojó á Matilde en un meson mientras encontraba una vivienda cómoda y barata.

Con una actividad increíble investigó dónde paraba D. José, el seductor de Matilde. Esta pensó escribirle una carta pintándole su situacion y recordándole sus promesas; pero luego creyó que seria mejor llamarlo para tener una entrevista con él. En efecto, Sabino le llevó á la oficina en que estaba de escribiente una esquila que contenia estas palabras simplemente :

« Una persona desgraciada suplica á Vd. la vea hoy mismo en el meson de Balvanera, n.º 3. »

Don José, que siempre andaba en pos de nuevas aventuras y cuyo amor propio le presentaba todas las cosas bajo un aspecto halagüeño, creyó que era una nueva conquista lo que lo esperaba, y se preparó á ir inmediatamente que saliera de la oficina, pues estaba decidido en todo caso á cubrir las apariencias. Fiel á este sistema, dominó su impaciencia, y nadie hubiera adivinado su inquietud, á no ser porque sacaba su reloj mas á menudo que de costumbre.

Cuando la manecilla marcó las cuatro, se levantó con su calma habitual, pasó su pañuelo por su sombrero, sacudió sus botas con un plumero, dió la mano á un individuo que estaba en la mis-

ma pieza que él, y salió de la oficina inclinando la cabeza cortesmente á las otras personas que estaban en las piezas siguientes.

No fué al meson sino á su casa : en primer lugar por temor de que observasen que interrumpia su costumbre, y despues para consultar á su espejo. Repetimos que la intepretacion que dió á la escuela de Matilde le hacia esperar una nueva conquista.

Perfectamente acicalado se dirigió al meson de Balvanera. No se extrañe que su pulcritud se adunase con un sitio de exterior tan pobre. Guiado por sus instintos brutales, buscaba los laureles del amor igualmente en las mansiones del lujo que en las cloacas mas asquerosas; pero ante la sociedad sabia cubrirse con una máscara de delicadeza tal, que nadie lo hubiera creído capaz de visitar los inmundos lugares á donde con bastante frecuencia concurría.

Entró pues al meson, y subiendo la ruidosa escalera se encaminó al cuarto en que habitaba Matilde; esta habia procurado, confiada absolutamente en la fidelidad de su amante, estar preparada para recibirlo. Estaba pobremente vestida, pero sin embargo sus bellas facciones no perdian por

esto ninguno de sus encantos; por el contrario, resaltaba mas á causa de la palidez que habia velado su rostro como consecuencia natural de sus padecimientos.

Rafael, el simpático Rafael tambien estaba preparado para presentarse á los ojos de su padre con todos sus atractivos.

Matilde juzgaba, y con razon, que su querido José no resistiria al espectáculo de un inocente niño presentado por la mujer á quien habia jurado *amar eternamente*.

Matilde, con la perspicacia del que ama apasionadamente, reconoció sus pisadas y se estremeció cuando D. José tocó la puerta; su garganta se negó á responder y apenas tuvo fuerzas para abrir la puerta.

Don José se adelantó, pero al reconocer á Matilde se detuvo.

Esta, cuyo candor le habia impedido ver la verdad, que habia atribuido el silencio guardado por su amante á todo menos á veleidat, creyó que su sorpresa provenia de pena al ver en el rostro de ella las señales de los sufrimientos. Juzgaba el corazon de José por el suyo.

Se adelantó hácia el diciéndole :

— ¡Sí! te sorprende mi palidez! ¡He sufrido mucho! pero de hoy en adelante cesarán mis penas, porque te vuelvo á encontrar y nuestro hijo....

— Señora, interrumpió José con dureza, yo nada tengo que ver con Vd.

— ¡Como! ¿tan cambiada estoy que no me conoces?

— En efecto, dijo José, no conozco á Vd. porque hay una grande diferencia entre la hija inocente y la parricida!

— ¡Yo la parricida!

— Sí, señora, y yo no puedo menos de aconsejar á Vd. que se retire á llorar su crimen á donde nadie la conozca.

— ¡Dios mio! exclamó Matilde, con que tú tambien me abandonas!

— Yo no he abandonado á Vd.; Vd. es la que, olvidando sus buenos principios, ha puesto una barrera insuperable entre nosotros.

— Pero este niño....

— Nada tengo que ver con él.

Matilde sintió en ese momento levantarse dentro de su corazón el orgullo de su raza. Su amor, ho-

lado con tal infamia, se cambió súbitamente en una rabia reconcentrada. Tomó en sus brazos á Rafael, y estrechándolo contra su corazón : « Aquí tienes, le dijo, todo cuanto puedes esperar de tu padre; te desconoce, pero tu madre seguirá siendo tu único apoyo como hasta hoy; » y dirigiéndose en seguida á D. José, que comenzaba á fluctuar entre los impulsos de la naturaleza que lo impelían á devolver á aquella pobre mujer la honra y la felicidad que le habia arraucado él y el temor de echarse una carga; Matilde, decimos, con un aspecto de dignidad en que pudiera adivinarse algo de altanería : « Caballero, dijo á D. José, la presencia de Vd. ya no es necesaria. »

Estas palabras volvieron á este su natural egoismo, apagando los vislumbres de ternura que habian comenzado á germinar en su alma.

Tomó su sombrero, hizo una cortesía con una sonrisa sardónica y salió.

Matilde permaneció por un instante muda, pálida, con los ojos enjutos durante dos minutos; al cabo de este espacio, la debilidad, la debilidad femenil hizo su reaccion. Sintió que las piernas se le doblaban, que iba á caer.

Entonces se acercó á su pobre lecho, colocó en él á su amado Rafael y cayó á su lado anegado su rostro en un mar de lágrimas.

Sabino habia salido á traer algunas cosas para la comida; confiado como Matilde en que José cumpliría su deber, dilató su vuelta.

Al llegar se detuvo, y un sudor frio bañó su cuerpo al oír los sollozos de Matilde. El amor que profesaba á esta era tal, que llegaba hasta sacrificarse entregándola á su rival. La impresion que experimentaba al oirla llorar era indefinible. Abrió la puerta. Al verla recostada en la dolorosa situacion en que la dejamos, adivinó lo que habia pasado. Un rayo de alegría brilló en su mirada; pero se apagó inmediatamente para dar lugar á la mas profunda piedad. Permaneció de pié junto á ella sin osar hablarla para no interrumpir su dolorosa expansion. Matilde lloró abandonándose á la desesperacion. Al cabo de un gran rato un genido de Rafael la volvió en su acuerdo.

Lo tomó en sus brazos y olvidó su pena para acudir al llamamiento de su hijo.

Dios en su sabiduría inmensa ha sabido compensar los grandes dolores.

Matilde pensó que aun le quedaba un ser á quien amar. Este pensamiento dulcificó sus amarguras. Llenó de caricias á aquel hijo que tan caro le habia costado. Solo entonces se atrevió Sabino á darla á conocer su presencia.

Fingió que tosía. Matilde fijó su mirada en Sabino. En ese instante se agolparon á su mente los recuerdos de su pasado dichoso: la adhesion de aquel negro, que en la infancia la distraía complaciendo sus caprichos de niña; la generosidad con que habia olvidado el arrebató que habia causado su despedida ignominiosa por D. Rufo, y la decision con que habia sostenido á su ama desvalida desde el instante en que se encontró sin apoyo.

— Sabino, le dijo Matilde, ya todo ha concluido; solo cuento contigo para que no perezca mi Rafael.

— Conmigo no, con Dios sí, contestó Sabino.

— Bien, pero tú eres...

— El medio de que su omnipotencia se vale y nada mas. ¿Con que ese hombre ha renegado de su hijo? ¡Tanto peor para él! Dios es justo!

— ¿Qué haremos, Sabino?

— Esta noche lo diré á Vd. : es preciso reflexionar antes de decidir, pero no hay que desconfiar.

Y salió del cuarto. Pero Matilde, cuya constitucion delicada habia recibido tantos golpes, no pudo ya soportar este último.

Tres días despues, Rafael no tenia madre.

Sabino gastó hasta el último centavo para salvar á Matilde, pero la Providencia habia dispuesto que terminase sus penas y con la resignacion de un ángel exhaló el último suspiro.

Sabino entregó á Rafael á una mujer que impuesta por él de la situacion de Matilde se encargó de hacer con él los oficios de una madre. Cumplidos los últimos deberes con aquella mujer tan amada para Sabino, fijó su atencion en el huérfano. Veia en Rafael el medio que le serviría, segun su juicio, para ejercer un acto de justicia. Resolvió cuidar á toda costa de ese niño.

La suerte favoreció sus miras, durante un año lo sostuvo con su trabajo; al cabo de este tiempo adoptó la ocupacion de mercero, compró una pacota con la que emprendió viajes á las cercanías

de la ciudad, logrando por este medio formar un capital, aunque pequeño.

Con una fe ciega en la Providencia, que, segun él, lo hacia el instrumento de su justicia, sacrificó diez pesos para comprar un billete, y como si en efecto hubiera sido una inspiracion del cielo, el premio mayor de sesenta mil pesos recayó en el número que habia elegido.

Superadas, aunque con algun trabajo, las dificultades que generalmente se presentan á los pobres para obtener el pago, colocó la suma intacta en varias casas de comercio de Veracruz en nombre de Rafael.

Abandonando su anterior ocupacion, despues de colocar á su hijo adoptivo en uno de los mejores colegios, se entregó con increíble ardor á estudiar, porque creyó que esto era necesario para llevar á cabo sus proyectos.

Jamás desde entonces volvió á presentarse á Rafael para evitar una explicacion sobre su origen. <sup>®</sup>

Transformado en poco tiempo en virtud de un milagro de su fuerza de voluntad, se presentó de nuevo en el mundo.

Ya no era el rudo cargador del muelle, ya no el potente carretero cuyas férreas manos alzaban con facilidad las mas pesadas ruedas de los carros detenidos en el fango, ya no el empolvado mercero cuya charla subia de valor la multitud de baratijas que llevaba en su aparador portátil.

De todo esto solo le quedaba su atezado color.

La finura, la delicadeza, el aseo, la civilidad mas intachable habian sustituido sus anteriores propensiones.

Colocóse en la tesorería general, donde podia estar en contacto con personas que mas tarde esperaba le servirian para sus fines.

Sin escasear á su hijo adoptivo los recursos, lo mantenía en una decente mediocridad, dirigiéndolo por medio de una correspondencia tan cariñosa como no interrumpida.

La buena eleccion de directores y la índole dócil de Rafael produjeron en este frutos opimos, como hemos visto.

Como verá el lector mas tarde, dos eran los fines de Sabino al mantener en las sombras

del misterio la proteccion que dispensaba á Rafael.

Conocidos ya los antecedentes de nuestro héroe, volvamos á reanudar la narracion interrumpida.



CAPITULO X.

DONDE SE VE COMO SANSON DERROTÓ A LOS HEBREOS.

Nuestros lectores saben ya que el general Hernandez tuvo que renunciar a su plan de venganza contra David, debido a los manejos de D. José. Sigámoslo a su salida del ministerio.

Deseoso de neutralizar su disgusto por el mal resultado de sus proyectos, se encaminó a casa de D. Antonio, decidido a aclarar el estado en que se

hallaba el corazón de Rosa respecto de su persona.

Al entrar á la sala, encontró como de costumbre á la romántica beldad vestida con su habitual negligencia. Esta vez estaba realmente adormecida por efecto del fastidio. Tenía un libro en la mano.

Era « Los compañeros del silencio » : lo había comenzado á leer con entusiasmo, porque el título le presagiaba una serie de sucesos poéticos, aéreos; pero contra su esperanza había encontrado solamente bandidos, asesinatos, juramentos y conspiraciones. Como puede imaginarse el que haya leído la descripción que de su carácter hemos hecho en uno de nuestros capítulos anteriores, esto no cuadraba bien con sus ideas.

Lo único que le parecía soportable era aquella María de los Amalpi vagando por las cercanías de la cámara de mármol.

Lo imprevisto de la llegada del general la impidió estudiarse; mas á pesar de eso lo recibió con agrado.

— Rosita, le dijo el general, vengo decidido á obtener de Vd. una respuesta categórica; el amor

de David me inquieta aun, á lo menos mientras no tenga el derecho de llamar á Vd. mi esposa.

Rosa, que á pesar de su sueño no había olvidado sus proyectos de elevación, que por una coincidencia singular acababa de recorrer las páginas en que Teval descubre á los ojos de los lectores una parte del velo de sus novelescos misterios, que haciendo abstracción del tipo físico de la Bárbara de Monteleone veía reproducidas en esa mujer sus tendencias, que, preciso es decirlo, hasta llegaba á envidiar aquella naturaleza que para lograr su objeto no perdonaba ni el mismo crimen; Rosa, decimos, se decidió instantáneamente á entretener al general durante algun tiempo á fin de observar mejor el camino que seguía su engrandecimiento.

Por eso se limitó á contestar á su pretendiente :

— No debe Vd. inquietarse por mis relaciones con David, están terminadas para siempre. (R) luego añadió á fin de dirigir la mente del general al punto que deseaba : — ¡ Si mi amor para con David ha sido tan efímero y pasajero como debia serlo.



El rudo entendimiento del general quiso explicarse la última parte de la frase de Rosa, y no pudiendo hacerlo le dijo :

— No comprendo á Vd.

— Bien claro está, contestó Rosa ; ¿ cree Vd., general, que el amor profundo y verdadero pueda existir y desarrollarse sin fundamento ?

— Sin duda que no.

— Pues bien, no es David capaz de inspirar una pasión á una mujer como yo.

— Pero como es joven y elegante, balbuceó el general.

— Y nada mas, interrumpió Rosa ; quédense esas cualidades para las que tratan de casarse con figurines, yo busco en mi marido algo mas que eso.

El general aventuró esta pregunta : — ¿ Y tendré yo eso mas que busca Vd ?

— Tal vez, contestó Rosa.

— ¿ Porqué no contestarme definitivamente ?

— Porque solo el tiempo puede decirlo.

— ¿ Pero cuáles son esas cualidades que Vd. busca ?

— El deseo de ser algo en el mundo y la constancia para conseguirlo.

— ¡ Oh!... exclamó el general entusiasmado al ver que se aclaraba el horizonte. Entonces yo tengo derecho mejor que otro alguno. Precisamente es lo que constituye mi carácter. Tengo dadas pruebas de ello y daré á Vd. mas si me las pide.

— Mire Vd., dijo Rosa, no es porque tenga ambicion ; pero esto de saber que hay un hombre que procura elevarse sobre los demás por su arrojo ó su inteligencia, que quiere salir de su pequeñez y que combate contra la suerte, es muy lisonjero para cualquiera que se pertenece, pero mucho mas para la mujer ante cuyas plantas viene luego á colocar los laureles que ha adquirido en los campos de la ciencia ó de batalla.

— Pues bien, dijo el general, si en eso consiste que yo sea dichoso, que me haga digno de Vd., estamos en una época muy á propósito para conseguirlo ; no será ciertamente el camino de la ciencia el que me sirva para probar á Vd. la pasión que le tengo, pero será el de las batallas. ®

— Me es indiferente, ó mas bien dicho prefiero el camino que Vd. ha adoptado. Me han parecido siempre mas hermosos, mas grandes Alejandro dominando á las naciones al impulso de su intre-

pidez y Napoleon entre el estruendo de la artillería, que Ciceron conquistando las inteligencias con sus famosos discursos y Rousseau con sus escritos.

No sin objeto mezclaba la astuta Rosa el nombre de Napoleon en su plática de amores. Conocía el carácter del general y estaba segura de que este con poco trabajo se impondría la tarea de conquistar en Méjico la gloria que el gran capitán había adquirido en Austerlitz y Waterloo.

En efecto, desde ese instante Hernandez, el hijo del pobre zapatero de Coyoacan, estúpido como un iroqués, recordó la superioridad que obtuvo siempre entre sus compañeros los vagamundos, en sus batallas pedriles. Juzgó que le sería del mismo modo fácil sobreponerse á todos los militares de su época, y contagiado por el furor ambicioso de Rosa se propuso lograr á toda costa la elevacion con que su amada lo adormecía.

— ¡Sí! el mundo es muy pequeño para el que siente como yo el deseo de brillar. Siempre lo he tenido; pero desde hoy estoy seguro de conquistar mas gloria que cualquiera otro hombre, porque el amor de Vd. ha exaltado mi fantasía. Soy gene-

ral de brigada; pero si esto no basta, ahora que el gobierno piensa enviarme á una expedicion en contra de los rebeldes, me batiré, los venceré, los aniquilaré, volviendo en seguida á ofrecer á Vd. el nuevo grado con que el gobierno premiará mi valor. Al decir esto el general con la seguridad de un necio, con la fatuidad del que se bate en las recámaras, se levantó del asiento llevado de su entusiasmo. Su valor era en ese instante tan grande como el de D. Quijote acometiendo en sus delirios á todo un rebaño de ovejas.

Rosa exclamó: — Bien, muy bien.

El general, enloquecido por la aprobacion de Rosa, quiso manifestar que también conocía á los hombres grandes de la historia, y creyendo no equivocarse exclamó á su vez:

— Rosita, el amor de Vd. me hará insensible; sí, me siento tan fuerte como Sanson derrotando á todo el ejército de los Hebreos.

Rosa hizo un gesto de disgusto, al advertir la equivocacion del general.

Este, satisfecho con la respuesta de Rosa, creyó prudente emprender la retirada antes de que ella comenzara sus tareas musicales, pues, como he-

mos dicho, no era muy aficionado á los encantos de Orfeo.

Se despidió dejando á Rosa entregada á sus reflexiones.

— ¡Cómo ha de ser! exclamó esta cuando quedó sola, no puede hallarse todo á la vez. Este hombre es un tonto, voy á sacrificarme casándome con él; pero tendré una compensacion, lo dominaré, y entre la turba de magnates que me cercarán en la época de mi grandeza, no faltará un Rafael tan poético como el de Lamartine que realice mis ilusiones de amor.

En seguida saliendo de la sala se apoyó en la barandilla del corredor, y su mirada quedó fija por algunos momentos en un moceton robusto que, sin zapatos y con las mangas arrolladas de modo que dejaban ver unos brazos blancos y varoniles, aseaba las ruedas del coche con una cubeta llena de agua.

— Siempre, siempre, murmuró; ¿porqué fijo mi atencion en este hombre, porqué lo busco á pesar mio, porqué me estremezco interiormente cuando me dirige una de sus miradas; será amor

el que me inspire?... Imposible: es un hombre bajo, amarlo seria una locura.

En el mismo instante el lacayo alzó la vista y dirigió á Rosa un saludo respetuoso acompañado de una sonrisa particular. Parecia que adivinaba los sentimientos de su ama. A pesar de sus reflexiones, Rosa no tuvo fuerzas para retirarse del corredor sino mucho despues que Mateo (este era el nombre del criado) hubo concluido su tarea.

Entonces avergonzada de sí misma al sospechar la causa de la atraccion que la arrastraba hácia un hombre *tan bajo*, volvió á la sala y queriendo ahogar su pena se puso al piano.

Decididamente no estaba para el caso, sus manos recorrieron el teclado con dificultad; todas las armonías le parecieron incompletas. Entonces se decidió á cantar: entonó una cancion triste; pero su alma, llevada de la melancolía, no podia separar de su imaginacion al hombre *indigno* que así la preocupaba. Dos lágrimas brotaron de sus párpados y cayeron sobre el teclado.

Eran las lágrimas del orgullo abatido.

La jóven aristócrata, la que negaba su amor al modesto David, la que juzgaba indigno de obtener

su mano al general, la que dominaba con sus miradas á una turba de jóvenes elegantes á quienes veía con desden, hubiera dado todos sus triunfos por una caricia de Mateo.

¿Es acaso esto un fenómeno? En ciertas organizaciones, no. En efecto, cuanto mas reconcentradas están las pasiones, cuanto mas combatidas por la imposibilidad relativa, tanto mas poderosas aparecen, tanto mas tienden á la expansion. Por regla general, nos atrevemos á asentar que el corazon humano es un volcan en que la lava terrible de las pasiones agita y conmueve el cerebro con las imágenes vivísimas del deleite.

Para apagar este incendio solo hay un medio, la moral. Para prevenirlo solo hay un recurso, una educacion moderadora de nuestros instintos.

Rosa no contaba con estos auxilios. Su padre, ya lo hemos dicho, solo habia cuidado de formar un corazon aparentemente bueno, cuya sensibilidad extraviada aplicaba á objetos indebidos. Por eso Rosa, que estaba á punto de desmayarse al escuchar las sentidas notas de los grandes artistas cuando se hallaba en la ópera, veía con indiferencia los espectáculos que ofrece frecuentemente

la multitud de seres desvalidos de nuestra sociedad.

En oposicion á esto, sus inclinaciones, no combatidas mas que por el orgullo y las falsas ideas de elevacion, buscaban su desarrollo en cualquier objeto. Si á esto añadimos la astucia con que Mateo habia sabido interesar el corazon de su ama, comprenderemos perfectamente el interés que esta tomaba por el criado.

Este, con una inteligencia superior á su esfera, estudió en poco tiempo el carácter de Rosa, bien que por otra parte la joven revelaba fácilmente lo que era.

Una aparente tristeza, cierta altivez para con sus compañeros y un agrado absoluto para con Rosa habian ido penetrando poco á poco en aquel corazon preparado á resistir los ataques de los seductores de la alta sociedad, pero absolutamente indefenso contra tan inesperado amante.

Si Mateo hubiera sido mujer, habria sido confidente de su ama. En su posicion habia logrado ser el objeto de sus miradas.

La razon, la reflexion, el orgullo se vieron subyugados, como hemos podido notar en las palabras de Rosa.

Dejémosla para pasar á la casa de David.



## CAPITULO XI.

COMO EN ESTE MUNDO UNOS GANAN PERDIENDO Y OTROS  
PIERDEN PERDIENDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

---

Han pasado algunos días desde que dejamos a David enfermo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya está convaleciendo de su herida. La crisis fué terrible. A los dos días se declaró la fiebre y con ella todos los síntomas de lo que se llama en

términos propios peritonitis.

Rafael con la seguridad que da la ciencia recurrió á las sangrías y demás antiflogísticos con tal acierto, que logró combatir el mal sin auxilio ajeno; y debido á sus cuidados, la noche en que volvemos á la casa, David está en la sala en compañía de su familia.

Don Juan y D<sup>a</sup>. Isabel juegan al tresillo con D. José, nuestro conocido.

Rafael juega tambien con David al ajedrez.

Virginia, sentada entre Rafael y David, tiene entre sus manos el tejido que jamás abandona.

Don José no está, decididamente, de suerte esta noche. Cuantas veces se ha arriesgado á jugar ha recibido un codillo. Una sola vez ha logrado escaparse yéndose con oportunidad al plato.

Doña Isabel está furiosa porque cada vez que D. Juan ha jugado ha completado perfectamente sus basas, mientras que la señora, sin haber podido entrar una sola vez, tiene que resignarse á ver cómo desaparecen sus tantos yendo á residir en poder de D. Juan.

Este dice á D. José:

— Esta noche me ha dado Vd. una revancha completa.

Don José contestó:

— ¡Cómo ha de ser! puede que cambie el juego.

— ¡Qué juego ni qué juego! interrumpió D<sup>a</sup>. Isabel mirando á D. José con un aire rencoroso. No consiste en el juego; tres veces ha dejado Vd. pasar la basa que debia haber hecho. Si seguimos así, no juego mas.

— Por Dios, Isabel, ¿cómo haré para?.... ¡Yaya! dijo interrumpiéndose para alzar su última basa. Dudaba de esta basa, pero el Sr. D. José....

— Don José, dijo D<sup>a</sup>. Isabel con violencia, no sabe lo que hace, ¡teniendo el as de bastos!

— Es verdad, dijo D. José con aire distraido, echando al soslayo una mirada sobre el grupo que formaban David, Rafael y Virginia.

En este lado Rafael igualmente estaba de mala suerte. Dos juegos habia perdido, y el tercero llevaba, como suele decirse, los mismos pasos. Cuantas veces habia adelantado una pieza para atacar á David, otras tantas lo habia colocado en

situacion que estaba defendido débilmente, de modo que su contrario habia obligado á su amigo á emprender la retirada. No faltaron ocasiones en que adelantase un caballo, un alfil y aun la reina con tal distraccion que David se habia visto obligado á hacerle notar su inadyertencia. A pesar de estas concesiones, Rafael estaba á punto de ver su rey enfilado por los roques de David.

¿En qué consistia que D. José y Rafael perdian? En que ni el uno ni el otro fijaban su atencion en el juego.

Don José, cuyo amor por Virginia se habia desarrollado violentamente, era presa de la mas loca pasion.

Habia amado á Virginia con toda calma mientras no vió á su lado un rival; pero no fué así luego que Rafael se presentó en la casa de David, Rafael, lleno de juventud y de varonil hermosura, con una inteligencia modesta, con una dignidad dulce, con unas miradas y un lenguaje lleno de poética atraccion.

Luego que vió levantarse en su camino tan poderoso rival, el amor de D. José tomó unas proporciones gigantescas.

Solo, consideró que le convenia usar una táctica fina y disimulada para apoderarse del corazon de Virginia.

Esta, como el inocente pajarillo, habia comenzado á sentir la maléfica atraccion de aquella serpiente, y quién sabe si con el tiempo habria corrido voluntariamente á entregarse en los brazos del caduco enamorado.

Dicen que para librar á las víctimas de esa terrible fascinacion es necesario que pierdan de vista á su verdugo, fijando su atencion en otro objeto cualquiera.

Rafael vino á interrumpir la corriente magnética establecida por D. José, y este comenzó á temer que se le escapaba su víctima.

El prestigio que Rafael habia adquirido durante la enfermedad de David, le daba á aquel una confianza que lo pondria muy pronto en estado de obtener fácilmente lo que el mayor ambicionaba.

Este, que en su aislamiento habia seguido una táctica de calma y sagacidad, al aparecer Rafael olvidó sus planes, y á no haber mediado su segunda naturaleza, es decir, su costumbre de apa-

recer á los ojos de todos como un modelo de sensatez, habria descubierto su pasion.

Sin embargo de esto, esta noche ya hemos visto cómo da á conocer su preocupacion.

Los celos le impiden fijar su atencion en lo que hace, y mal de su grado sus ojos se vuelven continuamente en observacion de su amada y de Rafael.

Hé aquí porqué arrastraba, cuando no debia hacerlo, con grande enojo de D<sup>a</sup>. Isabel.

Rafael estaba tambien distraido, pero su corazon estaba agitado por sentimientos mas dulces.

Un amor puro como las espumas del torrente, ardiente y vivificador como los rayos del sol, animaba aquella alma inteligente y ardorosa.

Perdia sí; porque sus ojos radiando un dulce fuego se dirigian involuntariamente sobre la casta paloma, prisma de sus doradas ilusiones.

¿Qué podia importarle la pérdida de un alfil, si en cambio contemplaba por un momento aquella frente de alabastro que trasparentaba la pureza mas ideal? ¿Qué la pérdida de la reina, si volviendo su cabeza aspiraba por un instante la

tibia respiracion de aquella niña tan amada? ¿Qué una derrota completa, si al recibir un jaque recogia un rayo de aquellos dulces ojos, una sonrisa de aquellos labios de rubí?

Por eso perdia Rafael.

Aquella muda correspondencia era observada por D. José, que, juzgando con su natural malicia, creia que aquellas miradas, aquellas sonrisas eran los anuncios de otra misteriosa correspondencia que le arrebatava sus esperanzas mas halagüeñas.

Una sonrisa mas marcada dió al traste con su paciencia, y dejando sobre la carpeta sus cartas que hubiera querido hacer pedazos, exclamó: — No es posible jugar con tan mala estrella. ¡Mañana estaré mas afortunado!

Doña Isabel, aunque mohina por el desfaleo que habia sufrido su erario femenil, dejó tambien sus cartas por temor de seguir perdiendo.

Don Juan se puso á hacer cuentas de su ganancia, que montaba á un duro escaso.

En el mismo instante David obligaba al rey contrario á dar un paso que lo dejaba encerrado de modo que adelantando uno de sus caballos David daba *jaque mate*.



— Muy bien, dijo Rafael, tres juegos me has ganado, mientras que yo no he podido darte un solo jaque.

Diciendo esto se levantó.

El mayor, temiendo verse precisado á acompañarse con su rival, se apresuró contra su costumbre á despedirse, y despues de haber saludado á todos con su afabilidad de costumbre, envuelto cuidadosamente en los anchos pliegues de su capa española, salió de la casa despechado murmurando:

— Maldita suerte, es necesario cambiar de juego; y se perdió como un fantasma entre las sombras que proyectaban los faroles.

Rafael tambien se despidió, pero tranquilo, murmurando tambien:

— ¿Cómo pudiera averiguar si ella me ama?

Hé aquí cómo sucede que en este mundo de los que juegan unos ganan perdiendo y otros pierden perdiendo.

## CAPITULO XII.

### EL SUEÑO DE LOS RIVALES.

Despues de haber atravesado la plazuela de Santo Domingo y las calles intermedias hasta la de Cordobanes, el oficial mayor tocó á la puerta de un zaguán pequeño que se abrió inmediatamente.

Atravesó un pequeño patio que podia verse

— Muy bien, dijo Rafael, tres juegos me has ganado, mientras que yo no he podido darte un solo jaque.

Diciendo esto se levantó.

El mayor, temiendo verse precisado á acompañarse con su rival, se apresuró contra su costumbre á despedirse, y despues de haber saludado á todos con su afabilidad de costumbre, envuelto cuidadosamente en los anchos pliegues de su capa española, salió de la casa despechado murmurando:

— Maldita suerte, es necesario cambiar de juego; y se perdió como un fantasma entre las sombras que proyectaban los faroles.

Rafael tambien se despidió, pero tranquilo, murmurando tambien:

— ¿Cómo pudiera averiguar si ella me ama?

Hé aquí cómo sucede que en este mundo de los que juegan unos ganan perdiendo y otros pierden perdiendo.

## CAPITULO XII.

### EL SUEÑO DE LOS RIVALES.

Despues de haber atravesado la plazuela de Santo Domingo y las calles intermedias hasta la de Cordobanes, el oficial mayor tocó á la puerta de un zaguán pequeño que se abrió inmediatamente.

Atravesó un pequeño patio que podia verse

adornado por cuatro naranjos, subió una estrecha escalera, y despues de haber cerrado la reja del porton, sacando una llave abrió la vidriera que estaba en frente de la misma reja.

La pieza estaba á oscuras. D. José encendió con un cerillo la estearina que estaba sobre una mesita de noche, y arrojando un profundo suspiro se quitó la capa en que venia envuelto.

Comenzó por doblarla con todo esmero, y en seguida fué desnudándose cuidando de doblar su ropa como lo habia hecho con su capa.

Ciñóse la cabeza con un pañuelo y se acomodó encima un gorro de dormir. Precauciones que tomaba diariamente á fin de evitar en lo posible que su cabello se descolorase.

Luego se acercó á su tocador y depositó en una taza de cristal su magnífica dentadura.

Con tales operaciones quedó tan desfigurado que nadie habria podido reconocer en aquel esqueleto asqueroso al pulcro personaje del ministerio. Dijimos esqueleto porque su forma se dibujaba con toda su flacura bajo la camiseta y el calzon de punto.

Dejó, por último, sus pantuflas al lado de su

catre y se echó encima las sábanas y cobertores decidido á olvidar sus pesares con el sueño.

No apagó la vela esperando á que sus ojos comenzaran á velarse con esa languidez que va hundiendo el espíritu en esa region desconocida que llamamos sueño.

Buscaba este consuelo, pero ¡ay! que á veces huye de nosotros para que nuestro martirio se prolongue.

Esto sucedió al mayor. Cual si estuviera acostado sobre un lecho de piedra, su cuerpo no encontraba cómoda ninguna postura; sentia á veces una sofocacion semejante á la que le causaria una estufa colocada entre los lienzos del colchon. Entonces bajaba á medio cuerpo las cubiertas para refrescarse.

¡Vana esperanza! Era su imaginacion exaltada la que lo acaloraba. Por último, viendo que no conseguia dormir, tomó un libro que estaba en la mesa de noche y procuró leer; pero sus ojos recorrían las páginas sin que su atencion se ocupase del contenido de la obra. Entonces desesperado arrojó el libro y se recostó sobre los almohadones. Sus irritados párpados estaban rojos, sus

pupilas desencajadas parecían próximas á saltar de sus órbitas.

— ¡Oh! exclamó enderezándose, ¿porqué viene á mi mente este recuerdo funesto? ¿qué tengo que ver con ese fantasma? Hace muchos años que murió, y su recuerdo me martiriza horriblemente. Mi imaginación exaltada me representa á Matilde en todas partes; no puedo olvidarla.

Y luego... esta diabólica semejanza de Rafael ¿será ilusión mía?

¡Oh! Ese negro me hubiera dado luces sobre el niño, pero desapareció durante los años que corrieron sin que yo lo buscara. ¿Dónde estará?

¡Solo! ¡siempre solo! Tantas ilusiones perdidas han dejado mi corazón lleno de tedio.

Esas caricias que compro con el oro no me satisfacen, no llenan mi corazón.

Odio á esas mujeres de falsas sonrisas que se doblegan tan fácilmente á mi voluntad porque saben que tengo oro.

Yo quiero un amor puro, inocente, desinteresado. ¡Por eso tal vez, á pesar de los años que

han trascurrido, se levanta hoy en mi corazón la memoria de Matilde siempre atractiva! Sí: yo nada tenía, y ella era rica. Me amó con pasión y yo la abandoné. Por mi perdió á su padre, sus riquezas, su dicha, y sin embargo llena de resignación vino á buscarme, á presentarme su hijo, que era el mío.

— ¡Maldita ambición! dijo saliendo completamente de entre las sábanas; allí estaba ella pobre, pero siempre hermosa con un niño en los brazos. ¡Oh! Matilde, Matilde, ya te veo. Miro tu semblante lleno de dulzura, oigo aun el eco de tu voz. « He sufrido mucho, » dijiste. Sí: rugió sordamente golpeándose la frente, aquí están tus palabras: todavía resuenan en mis oídos.

¡Nuestro hijo! ¡nuestro hijo! Sí, era mi hijo; pero ¿dónde está? ¿qué se hizo de él? Acaso mientras yo tengo un lujoso lecho, mi pobre hijo está tiritando de frío. Habrá muerto de hambre como tú moriste de dolor. Ven, hijo mío, ven; y tendía los brazos como para recibir aquel hijo abandonado.

Pocos instantes después, la pasión que lo dominaba le hacía exclamar: ¡Virginia!

Yo siento que mi razon se pierde; seria tan feliz si esa jóven me amase; pero no: tengo un poderoso rival jóven, elegante, modesto, con ese carácter lleno de atractivo. Sí, es imposible que Virginia no lo ame. Yo á pesar del mal que me hace, me siento atraído hácia él. Casi me es imposible aborrecerlo. Pero es necesario que no se ponga en mi camino porque...

Yo, dijo acercándose al espejo y tirando el gorro de dormir, estoy viejo, muy viejo; estos cosméticos, esta dentadura, no impiden que mi frente esté rugosa, no ocultan sino á medias mi edad caduca. ¡Oh rabia! dijo mesándose los cabellos, que quedaron erizados en diferentes direcciones por el aderezo del mismo afeitte. ¡Oh rabia! quiero ser jóven hermoso para desbancar á ese Rafael tan seductor. ¡Imposible! exclamó dejándose caer sobre el sillón que estaba junto á su catre y apoyando su frente sobre las nevadas sábanas.

Por algunos minutos no se oyó mas que su fatigosa respiración, que semejaba á la de un potro fogoso que acaba de dar una larga carrera. Después comenzó á despedir unos suspiros profundi-

simos, y por último rompió en llanto llenando el viento con el estrépito de sus sollozos.

— ¡Dios mio! tartamudeaba, ¡Dios mio! yo he hecho mucho mal, pero si me concedes que Virginia me ame, seré bueno en adelante; solo ella puede sacarme del abismo en que me estoy hundiendo. Si haces que Rafael desaparezca... ¡Oh! dijo en el momento dándose un golpe en la frente. Sí, sí: tú me has inspirado esta idea. Rafael se irá, se irá, lejos, muy lejos; á Rusia, á la China, qué sé yo, y mientras yo seré dueño de Virginia.

— ¡Qué tonto! añadió soltando una nerviosa carcajada, ¿cómo no lo pensé antes?

Sus contraídas facciones volvieron á recobrar su habitual expresion.

— Ya veo, continuó con mas calma arreglando sus cabellos, que á pesar de todo no tengo tan mal corazón como me dicen que lo creen algunas personas á quienes me ha sido necesario dejar sin destino. Ciertamente no tengo en ese punto de qué acusarme. *La caridad bien entendida entra por casa.* Si algunos han quedado en la calle, en

cambio otros disfrutaban hoy del bienestar que mi favor les ha proporcionado.

Además, continuó con la satisfacción de todos los criminales que procuran ahogar sus remordimientos con el pretexto de su deber, el buen servicio de la nación así lo exigía; he cambiado viejos decrepitos é inútiles que no tenían mas mérito que su larga carrera, por jóvenes de provecho que me dan garantías por la amistad que á ellos me liga. Pero... No quiero pensar mas en esto.

Desde mañana cambio de táctica con mi rival; nada de sequedad. Bien dicen que los celos son una locura, pues no iba yo á perderlo todo por mi violencia. Yo que domino á quien quiero con mis modales corteses. ¡Vamos! ¡ vamos! que esta Virginia por poco me arruina.

Nada de hacer el tigre, la astucia es mi arma mejor. ¡Ah! el viejo zorro vencerá al inexperto lobezno; y diciendo esto volvió á acomodarse en su cama cerrando sus párpados, y á poco rato se durmió, aunque su respiración indicaba un sueño trabajoso.

Rafael también llegó á su hotel agitado y dudando.

Martin lo esperaba para ayudarlo á desnudarse. El oso, aquel perro que vimos seguir la pista en el camino de Mixcoac, saltó muchas veces sobre el pecho de Rafael, quien se contentó en esta vez con pasarle la mano por el lomo. Como generalmente su amo se divertía con el oso, tirándole de la cola, apretándole las narices y haciéndole otras travesuras, el perro se empeñó en excitarlo al juego, hasta que fastidiado también fué á echarse sobre su tapete, y apoyado el hocico en las delanteras se quedó mirando á su amo de hito en hito.

Martin trajo una taza de espumoso chocolate que Rafael se sentó á tomar con poco apetito.

Tomó un pedazo de pan que arrojó al perro, el cual se contentó con olerlo. Un segundo trozo no mereció mas que una caricia de la lengua canina. Su desden era ocasionado por rencor ó por repleción. En otras circunstancias Rafael habría obligado á su perro á una transacción; pero en la noche de que se trata no se fijó en aquel desaire.

Martin desnudó á su amo y se retiró dándole las buenas noches con tanto afecto como respeto. Entonces el oso vino á ocupar su puesto de costumbre al lado de la cama de su jóven amo.

Este como el mayor tampoco pudo dormirse desde luego.

— ¡Oh! pensaba, si yo fuera tan dichoso que llegara á verme amado por Virginia, ¡qué feliz sería! Si yo me atreviera la diría que la amaba, y tal vez ella me amaría; pero no, porque si se niega, seré el mas desgraciado.

A veces creo que me ama, me mira con una dulzura... muchas veces me parece advertir una expresion particular en sus ojos: ¡es tan complaciente conmigo! Siempre elige las melodías que mas me agradan.

En las conversaciones siempre está de mi parte.

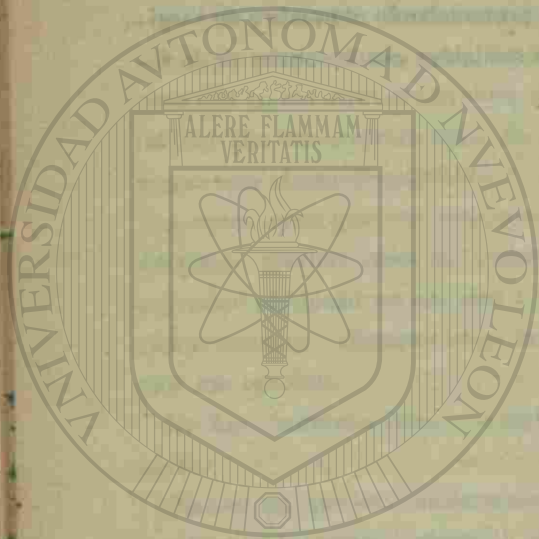
Pero si yo quisiera declararme y ella correspondiera mi cariño, ¡cómo le descubriría este misterio de que está rodeada mi existencia!

Yo solo, siempre solo; sin saber quién es mi padre. Yo objeto de la proteccion de una mano desconocida, ¿me atreveré á solicitar la mano de Virginia?

Sin embargo yo no tengo la culpa de ignorar mi origen, y algun dia averiguaré quiénes fueron mis padres y quién me favorece con tanta genero-

sidad; hasta entonces sepultaré en mi pecho mi pasion.

Y se durmió pronunciando el nombre de Virginia, contraidos sus labios con la sonrisa de la felicidad.



### CAPITULO XIII.

CONFIDENCIAS.

Algunos días después de lo que queda referido en el capítulo anterior, David estaba en la sala de su casa, entregado al parecer á graves meditaciones. Su noble semblante estaba más hermoso á consecuencia de la palidez que le había originado la herida que recibió en Mixcoac.

Virginia estaba á su lado ocupada como habi-



tualmente en tejer; pero en esta vez sus ojos se separaban continuamente de la labor para observar á su hermano.

Muchas veces habia querido hablar, y otras tantas habia callado temiendo ser indiscreta; pero al fin sobreponiéndose al sentimiento natural del orgullo, el de la ternura fraternal, dulcificando su acento, y dirigiendo á David una cariñosa mirada, le dijo:

— ¿Porqué estás tan triste siempre? ¿Qué pena aflige tu corazon desde el dia fatal en que te hirieron?

David, queriendo aparentar indiferencia, le contestó: — No tengo pena alguna que me aflija, y si me ves algunas ocasiones pensativo, es porque la enfermedad me priva todavía de entregarme á mis ocupaciones.

Virginia, aproximándose mas á David y fijando en él una mirada de tierna reconcion:

— Hermano, le dijo, tú me engañas; dudas confiarme los secretos de tu corazon cuando deseo saberlos no por una vana curiosidad, sino porque juzgo que tu confianza será para tí un consuelo. ¿Porqué me niegas, dijo tomándole la mano, esta

prueba de tu cariño, cuando el mio solo aspira á aliviar tus penas ó á sentir las contigo?

David, cuyo dolor reconcentrado lo despedazaba, creyó, que Virginia tenia razon, y cediendo á sus instancias le dijo:

— Virginia, no quiero ocultarte por mas tiempo la pena que me agobia, vas á conocer el secreto que he guardado dentro de mi pecho. Acaso al conocerlo sufrirás como yo; pero admito gustoso tu sacrificio.

— Mira, dijo Virginia, no será sacrificio para mí llorar contigo; aunque juzgo que tal vez podremos encontrar remedio á tu mal.

— ¡Remedio! exclamó David. Imposible, mis sufrimientos no terminarán sino con la muerte.

— ¿Y porqué desesperas?

— Vas á saber porqué. Amo á una mujer cuya posicion es mas elevada que la mia por sus recursos. Hermosa, instruida, atractiva, llena del encanto con que sabe revestirse una mujer orgullosa y coqueta, me atrajo insensiblemente, rindiendo mi corazon con fingidas muestras de simpatía. Yo hubiera permanecido insensible si ella

no hubiera engañado mi alma con halagüeñas esperanzas. En efecto, desde que fui presentado en su casa, sus ojos me dirigian las mas dulces miradas, su boca la mas expresiva de sus sonrisas, y sus palabras estaban siempre impregnadas con el perfume de la mas viva simpatía. ¡Ah! cuánto mejor hubiera sido su indiferencia! Olvidado de mi posición, juzgando imposible tanta falsedad, le entregué todos mis afectos; sin embargo de esto estaba resuelto á callar temeroso de una repulsa, pero ella me arrancó la confesion que nunca debí hacerle; hizo mas, la acogió con agrado, y pocos dias despues me juraba llorando que me amaría hasta el sepulcro.

¡Qué feliz fui por algun tiempo! Ella me arrebatava de entusiasmo haciéndome oír las suavísimas modulaciones de su acento, y cuando llegaba á cantar algun trozo de las apasionadas composiciones de los grandes maestros, sus ojos radiantes de amor se dirigian á mí bañándome con sus rayos mas cariñosos. Si íbamos á paseo, tomaba con preferencia mi brazo, y apoyándose en él con apasionada confianza, me hablaba de su amor con el mismo entusiasmo que yo le hablaba del mio.

En el baile preferia muchas veces una conversacion mia á la voluptuosa agitacion de los wals y contradanzas, ó bien, cediendo á mis instancias, se dejaba estrechar por mi brazo y me embriagaba con su perfumado aliento, pues su semblante casi tocaba al mio, derramaba lágrimas al escuchar mis poesías, y llena de entusiasmo me pintaba un porvenir lleno de amor, de dedicacion y de ternura.

Así adormeció mi corazón, así destiló en mis venas el fuego de una pasión que hoy me consume, y despues... añadió David dejando caer su cabeza sobre el pecho sin poder continuar.

— ¿Y despues? le preguntó Virginia, pronta tambien á derramar sus lágrimas.

— Despues, dijo David, me abandonó por un hombre mas rico que yo, por un hombre cuya posición le ofrece goces que yo no podría proporcionarle. ¿Tengo razon para ser desgraciado? ¿No valia mas haber encerrado para siempre en mi corazón mi cariño sin declararlo jamás á una ingrata?

Virginia, que veía deslizarse por las mejillas de David lágrimas silenciosas, que veía á su hermano

agobiado por un dolor tan profundo que apenas le habia permitido balbucear la última parte de sus confidencias, lloraba tambien. Un sentimiento desconocido la hacia sufrir horriblemente.

Un amor puro é ignorado hasta ese instante por ella misma devoraba ya su tierno corazon, amaba á Rafael y su amor era tanto mas violento cuanto menos reflexivo.

La apasionada relacion de David habia descorrido ante sus ojos el velo espeso de su inocencia. Al escuchar á su hermano la manera con que Rosa habia fascinado á David, recordaba con dolor que ella no poseia el arte de hacerse amar, arte que ella envidiaba en ese instante para conquistar el amor de Rafael.

Entonces se juzgaba inmensamente desgraciada al pensar que acaso el amor que profesaba á Rafael se habria de perder en el abismo insondable de la indiferencia, y sus lágrimas corrian con tanta mayor abundancia cuanto mas incierta era su situacion.

¿Dudará alguno de la verosimilitud de un dolor semejante?

El estoicismo de nuestro siglo, la inmoralidad

que pone su sello en la mayor parte de los sentimientos mas nobles del corazon tacharán de imposible nuestro relato. Pero el corazon que ha permanecido exento hasta cierta época de los vicios que acosan en nuestro siglo á la humanidad, comprenderá muy bien los sentimientos de Virginia.

En efecto, criada en un aislamiento místico sin exageracion, lejos de las peligrosas amistades que corrompen precozmente los corazones, habia conservado la primitiva inocencia, como la montaña sus ricas piedras cuando aun no ha despedazado las negras rocas la mano del hombre, como conserva su perfume en la pradera silvestre la tímida violeta que oculta sus atractivos bajo sus hojas esmeralda. Pero ese velo que tan feliz hace á la infancia se rasgó en el momento que David refirió á Virginia la historia de su pasion, y la jóven, al entrar en la escabrosa senda del amor, solo abrió sus ojos para palpar las agudas espinas que amenazaban punzarle.

David sintió calmarse su dolor al observar el llanto de Virginia.

Este es el mundo. Nuestro dolor desaparece ó

se mitiga en gran parte desde el momento en que vemos que otro sufre igualmente. Esto sucedió con David, las lágrimas de Virginia fueron un bálsamo consolador que calmó su pena, y movido por la gratitud estrechó contra su corazón á su hermana, creyendo que su dolor no estaba mezclado absolutamente con el egoísmo.

— Virginia, le decía, el interés que tomas por mí me ha servido de consuelo; y no me arrepiento de haber hecho confianza de tí, mi pena necesitaba esta expansión, este desahogo y tu llanto vienen á calmar mis agudos dolores.

Virginia al escuchar las palabras de David sintió nacer en su alma el remordimiento; y si hubiera estado menos conmovida habría declarado á su hermano la verdadera causa de su llanto.

No sabemos si afortunada ó desgraciadamente, D<sup>a</sup>. Isabel entró en ese momento, y aunque sorprendida por la emoción de sus hijos, con la perspicacia maternal no trató de investigar la causa, reservándose para cuando Virginia estuviese sola; pues conocía que el carácter reservado de David impediría á su hija revelar lo que había pasado.

Con una cenita cariñoso, tomando con una mano

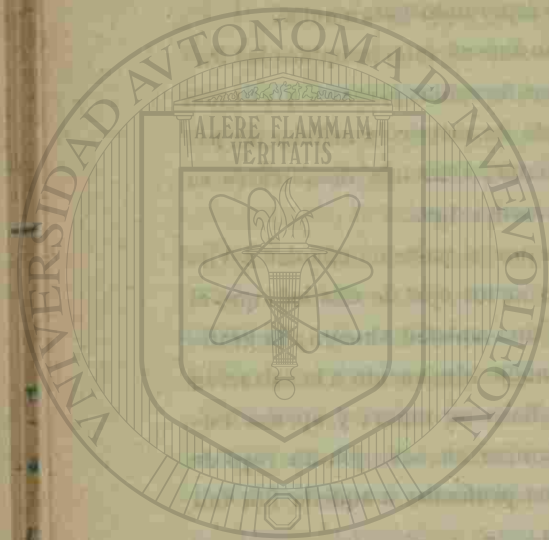
la de Virginia y con la otra la de David, se los llevó diciendo :

— Ya Juan está esperando para comer.

Desde este día no fueron interrumpidas las fraternales confianzas de ambos jóvenes, y Virginia con la abnegación de un mártir escuchaba las palabras de su hermano, sintiendo desgarrarse su pecho con una horrorosa duda.

Rafael, temeroso por su parte de ofender á Virginia, y no leyendo en los ojos de esta mas que el agrado modesto de una amistad sincera, la gratitud de un corazón noble reconocido á la salvación de un hermano, callaba su amor; y apenas hubiera podido distinguirse en sus ojos un rayo de la intensa pasión que profesaba á aquella flor tan hermosa y tan pura.

Así suele suceder que viven separados, por las exigencias de la sociedad, dos corazones formados el uno para el otro.



#### CAPITULO XIV.

##### PRIMERA TEMPESTAD.

Rafael, durante la convalecencia de David, había tratado en vano de hacerle olvidar el amor de Rosa.

El golpe que la decepcion de esta había dado al corazón del joven poeta era demasiado rudo para no haber hecho una profunda herida que no se cerraría por mucho tiempo.

Pero tratando de aliviar los males de su amigo, Rafael, como hemos visto, ya habia comenzado á sentir los primeros síntomas de la grave enfermedad que acosaba á David.

¿Y cómo pudiera dejar de suceder esto á un jóven lleno de juventud y de vida estando al lado de Virginia, cuya hermosura simpática estaba realizada por las bellezas de una alma candorosa é inocente y por las de una educacion esmerada?

Virginia, cuyo tipo físico conocen nuestros lectores, era mucho mas hermosa moralmente, porque su inteligencia no estaba corrompida, porque su corazon unía una sensibilidad exquisita á aquella positiva virtud que tan raras veces se encuentra en las jóvenes cuyo exterior se ve favorecido por la naturaleza.

Rafael habiendo conocido el valor inestimable de Virginia, se habia dejado dominar por la viva simpatía que le habia inspirado desde su primera entrevista, y en sus conversaciones habia aspirado sin sentirlo una pasión tanto mas ardorosa cuanto mas digno era su objeto.

Favorecido por la confianza de D. Juan y de

D<sup>a</sup>. Isabel, pasó largas horas al lado de Virginia y en compañía de David, y aun no se habia dado cuenta del placer que experimentaba estando en aquella casa cuando ya el amor lo devoraba.

La concordancia de sentimientos, la perfecta armonía de las ideas de Rafael y de Virginia eran un nuevo motivo de union para ellos.

Pasaban á veces largos ratos leyendo las sublimes páginas de Chateaubriand, y nunca una inspiracion del célebre autor francés conmovió á Virginia sin que su emocion hallase eco en el pecho de Rafael. Sus lágrimas corrieron simultáneamente cuando leyeron los últimos episodios del tierno poema de Bernardin de Saint-Pierre.

Animados por unos mismos deseos, atraídos por la perfecta semejanza de organizaciones, nutrieron sin saberlo el amor mas apasionado y mas puro.

¡Pero ay! que ni uno ni otro trataba de rasgar el velo del porvenir.

Virginia jamás se atrevió á cubrir á Rafael con una mirada que lo animase á descubrirle los sentimientos de su corazon, nunca sus labios traspasaron la barrera que el pudor virginal marca á una

niña, y si alguna vez era sorprendida cuando sus ojos se dirigian á su jóven amigo, el encendido color de sus mejillas venia á revelar su sonrojo.

Rafael, tan inexperto en este punto como Virginia, temeroso de disgustarla, se contentaba con verla con el mismo placer con que se mira al tierno botón que aun no entreaire sus hojas para despedir sus perfumes, y, como hemos visto, estaba resuelto á callar las dulces impresiones de su alma.

A pesar de esta resolución pronto habria adivinado Virginia su secreto, si no lo hubiera impedido su misma inocencia.

Una jóven menos candorosa hubiera interpretado perfectamente el amor de Rafael á través de sus miradas llenas de dulzura, en sus sonrisas mezcladas con la tristeza propia del amor, en aquellas lágrimas, en fin, que derramaba, cuando sentado al lado del piano escuchaba las sentidas armonías de Mozart y de Haydn.

Pero los ojos de Virginia estaban velados por el candor y los de Rafael por la timidez.

Tenian la felicidad al alcance de su mano y no habian llegado á tocarla.

Así se habia deslizado para ellos el tiempo como la hoja seca que arrastran las transparentes linfas del apacible rio, y á pesar de sus dudas nunca previeron que llegaria el tiempo de las tempestades.

Un acontecimiento imprevisto vino á turbar la dulce tranquilidad de su existencia. D. José, queriendo realizar sus proyectos desde la noche en que llevamos al lector á su recámara, habia dulcificado sus modales para con Rafael de modo que nadie hubiera sospechado la animadversion que ocultaba con aquella refinada hipocresía.

Las mas finas atenciones, las cortesías mas esmeradas eran el antifaz con que D. José disimulaba sus pretensiones.

Seguro de que su plan tendria un buen resultado, solo habia tenido paciencia unos cuantos dias para que no se notase su cambio respecto de Rafael; durante estos dias, en sus conversaciones manifestó siempre al jóven el deseo de que aceptase su proteccion.

Rafael, engañado por la aparente cordialidad del mayor, se sentia reconocido á sus distinciones, á pesar de que su situacion hacia inútiles

aquellas ofertas, pues, como queda referido, estaba próxima á concluir su carrera.

El oficial mayor habia trabajado durante este intervalo en que el gobierno se decidiese á enviar un plenipotenciario cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica; poniéndose de acuerdo con el ministro de Fomento, lo habia empeñado á que hablase al presidente sobre la conveniencia de promover la colonizacion, y el ministro correspondió perfectamente á las esperanzas del mayor creyendo de buena fe en su buena intencion.

Pero D. José no veia en esta empresa mas que la necesidad de obligar á Rafael á hacer un viaje fuera de la República.

Hé aquí cómo, en algunas ocasiones, una passion tan ruin como la envidia obliga á los gobiernos á dictar medidas de grande consecuencia para las naciones, realizándose así el adagio de que *Pequeñas causas producen grandes efectos.*

Si el proyecto de que hablamos se hubiera realizado, otra seria tal vez nuestra suerte.

Determinado ya el gobierno á enviar una legacion con el objeto referido, D. José interpuso su influencia con el presidente á fin de lograr que el

secretario de aquella legacion fuese Rafael, y fácil le fué conseguirlo.

Un domingo en que Rafael habia comido en la casa de su amada, pues la familia habia hecho costumbre que ese dia los acompañase á la mesa, estaban reunidos en la sala oyendo á Virginia ejecutar con mucha destreza uno de los wals de Straus cuando llegó D. José.

Don Juan y D<sup>a</sup>. Isabel, que próximos al sofá jugaban á la malilla, dejaron sus cartas, David cerró el libro en que leia, Virginia suspendió el wals, y Rafael se levantó para saludar al mayor.

El oficial mayor dió la mano á D<sup>a</sup>. Isabel y á Virginia con una delicadeza extraordinaria, á D. Juan con suma cordialidad, á David y Rafael con cariño, aunque con cierto tinte de proteccion; y queriendo disimular el mal efecto que le causaba encontrar á su rival al lado del objeto de sus aspiraciones, exclamó con aire alegre:

— He venido á producir un cataclismo.

— ¿Porqué? preguntó D. Juan.

— ¿Cómo porqué? contestó el mayor, Vd. y mi señora D<sup>a</sup>. Isabel han interrumpido su partida, David algun capítulo interesante, y nuestro buen



Rafaelillo su éxtasis musical, pues lo he privado por un momento de admirar la habilidad de la amable Virginia.

Esta se sonrojó al oír las palabras de D. José, y D<sup>a</sup>. Isabel le contestó :

— Esto nada importa, puesto que todo quedará lo mismo, ó mas bien dicho, quedará mejor si Vd. quiere que comencemos nuestro tresillo.

Don Juan añadió : — El tiempo está malo, y no hemos podido echar un paseo como de costumbre ; con que así adelantaremos la hora de comenzar.

— Sí, dijo el mayor, estoy de acuerdo con Vds., pero antes de hacerlo quiero dar á Rafaelillo una buena noticia.

Rafael, aproximándose á D. José, le dijo :

— No sé de qué se trata, pero no dudo que cualquiera cosa que sea viniendo de Vd. debe ser muy buena.

El oficial mayor, con su caracterfstica parsimonia, colocó su sombrero sobre la mesa y dirigiéndose á Virginia :

— Supongo, le dijo, que tendrá Vd. gusto en escuchar lo que voy á decir á Rafael.

— Ciertamente, contestó la jóven, aproximándose al sofá y tomando asiento junto á D<sup>a</sup>. Isabel.

El mayor se habia colocado de intento con la espalda vuelta hácia la ventana á fin de observar el efecto que produciria en Virginia la noticia que iba á dar al practicante.

Este recibia tambien la luz directamente, de modo que no podia escaparse á las miradas de D. José la impresion que el jóven iba á recibir. D. José entonces sacando del bolsillo un pliego de papel cuidadosamente doblado, lo dió á D. Juan, quien leyó en alta voz :

• El Excmo. señor presidente de la República, justo apreciador de la inteligencia, patriotismo y demás cualidades que adornan á Vd., ha resuelto aprovechar sus servicios, á cuyo fin se ha servido nombrarlo secretario de la legacion mejicana cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica, asignando á Vd. el sueldo anual de 4,000 pesos y 2,000 pesos para gastos de viaje, cuya cantidad ministrará á Vd. la Tesorería general, de acuerdo con la órden que hoy mismo se le comunica.

• S. E. espera que aceptará Vd. gustoso esta

prueba de su confianza, y que se apresurará á emprender su marcha tan pronto como reciba la cantidad arriba mencionada, poniéndose desde luego á las órdenes del Excmo. señor ministro, jefe de aquella legacion.

• Con este motivo protesto á Vd. las seguridades de mi particular aprecio.

• Méjico, etc.

• Señor D. Rafael Leal, secretario de la legacion mejicana cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica. »

Mientras duró la lectura, D<sup>a</sup>. Isabel movia la cabeza en señal de aprobacion, lo mismo que David. Rafael subia de color, pues su modestia le hacia juzgar inmerecida tanta distincion.

Solo Virginia palideció, aunque imperceptiblemente, presintiendo en aquel viaje una eterna separacion; sus ojos contenian con trabajo dos lágrimas prontas á desprenderse de sus párpados, y nunca como entonces se felicitó D. José por la idea que habia tenido de alejar á Rafael.

Don Juan y David se levantaron para dar un abrazo al nuevo secretario. D<sup>a</sup>. Isabel le tendió la mano cariñosamenté exclamando :

— Me gusta el nombramiento.

Virginia calló ahogando en el fondo de su pecho su profundo dolor.

Rafael, despues de haber recibido las cordiales felicitaciones de la familia, se apresuró á manifestar al mayor su reconocimiento, pues estando firmado el oficio por él no dudó que debia tanta honra á la buena voluntad de su rival.

Este aparentando no tener parte alguna en el negocio, pero dando á conocer sin embargo que lo habia hecho todo, rehusó las muestras de gratitud que Rafael le daba, añadiendo despues :

— He venido en un coche á fin de presentar á Vd. inmediatamente á su jefe, y espero que mis buenos amigos de esta casa me perdonarán si los privo un instante de tan estimable compañia.

Rafael, lisonjeado, como era natural, por lo que pasaba, aturdido por lo inesperado de aquella noticia, accedió á los deseos de D. José, y despues de haberse despedido de todos siguió á este, obligado por las impresiones del momento.

Cuando el coche partió, D. Juan y D<sup>a</sup>. Isabel continuaron su malilla, comentando el hecho satisfactoriamente para el favorecido.

David arrojó un suspiro pensando que un viaje semejante seria acaso el único remedio para su mal. Virginia salió de la sala y se retiró á su alcoba para desahogar su pecho derramando un torrente de lágrimas.

Aquel corazon tan dichoso con su inocencia, aquel cielo sin nubes, aquel mar de ilusiones tan tranquilo comenzaron á agitarse á impulso de la mas terrible tempestad.

## CAPITULO XV.

## MUERTE GLORIOSA.

Mientras tanto los acontecimientos públicos se precipitaban, y el gobierno se veia combatido por una horrasca que parecia imposible disipar.

Dado el grito de insurreccion en Zaçapoaxtla, lo habian secundado en diversos puntos algunos militares enemigos acérrimos del sistema entonces establecido.

David arrojó un suspiro pensando que un viaje semejante seria acaso el único remedio para su mal. Virginia salió de la sala y se retiró á su alcoba para desahogar su pecho derramando un torrente de lágrimas.

Aquel corazon tan dichoso con su inocencia, aquel cielo sin nubes, aquel mar de ilusiones tan tranquilo comenzaron á agitarse á impulso de la mas terrible tempestad.

## CAPITULO XV.

### MUERTE GLORIOSA.

Mientras tanto los acontecimientos públicos se precipitaban, y el gobierno se veia combatido por una horrasca que parecia imposible disipar.

Dado el grito de insurreccion en Zaçapoaxtla, lo habian secundado en diversos puntos algunos militares enemigos acérrimos del sistema entonces establecido.

El gobierno contaba con recursos muy escasos, á consecuencia de la animadversion de sus enemigos y del egoismo de sus amigos.

Uno de los generales de bien sentada reputacion aceptó la confianza que el jefe supremo hizo de él, y aprovechándose de ella defeccionó al emprender la marcha contra la ciudad de Puebla, llevando á los pronunciados los recursos y municiones que el gobierno habia reunido á costa de mil sacrificios para aniquilar la revolucion.

Si la persona que ocupaba la silla presidencial hubiera tenido menos valor civil, este habria sido el golpe de gracia para un gobierno cercado por todas partes de obstáculos insuperables, pues ya hemos visto gobiernos que con mas elementos han abandonado el puesto á los disidentes.

Pero el presidente de aquella época tenia un valor á toda prueba, y lejos de desanimarse llamó en su auxilio á los jefes de la guardia nacional que creia le eran verdaderamente adictos, y entre los pocos militares que á su lado quedaron, el general Hernández obtuvo el mando de una brigada del ejército improvisado, á cuyo frente habia dispuesto ponerse el jefe supremo para restablecer la

moral perdida, evitar las defecciones y participar de los peligros.

Por esto volvemos á encontrar á Hernandez en la madrugada del dia 8 de marzo en el cerro de Ocotlan.

La precipitacion con que se vió obligado á ponerse en camino por una parte, y por otra la romántica frialdad de Rosa, hicieron su despedida poco atractiva.

La última conversacion de ambos amantes se redujo por parte de Rosa á excitar á su adorador á que pelease valientemente para cubrirse de gloria y preparar su elevacion en el porvenir.

La obtusa inteligencia del general no comprendió el verdadero objeto de Rosa, y con su característica fatuidad atribuyó á amor las insinuaciones de Rosa y él no pudo discurrir un adios muy interesante.

Partió de Méjico dejando á Rosa, no enamorada ciertamente, pero sí alimentando tan halagüeñas esperanzas, tan hermosas ilusiones que apenas pudieron distraerla de sus ensueños, los primeros dias, la conversacion, la música y el teatro.

Todos admiraban aquella especie de éxtasis que

atribuían al amor, pues ella no ocultaba su preocupación.

Como decíamos, el presidente se había puesto en marcha á la cabeza del ejército y había llegado á las cercanías de Puebla dos días antes del 8.

Deseoso de asegurar el triunfo, determinó no precipitar el ataque; pero los rebeldes quisieron dar al ejército que venía á situarlos un golpe de mano.

Por esta causa, en la madrugada del día 8 avanzaron sobre el cerro de Ocotlan defendido por una parte del ejército del gobierno.

Sorprendido el jefe del punto por lo imprevisto del ataque, organizó su defensa con brevedad ocupando él el centro, encargando el ala derecha á un jefe pundonoroso y la izquierda á Hernandez.

Este en otra época se habría batido como un león porque nada tenía que perder, pero en la presente en que arriesgaba ya una posición y un bienestar, no se encontraba tan decidido.

Si á esto se añade el arrojo y valentía con que el jefe que mandaba el ala derecha del ejército agresor atacó á la brigada de Hernandez, se comprenderá la facilidad con que este se preocupó creyendo infaliblemente en una derrota.

Cuando el jefe teme, los soldados no son valientes, y cuando aquel huye, la tropa se dispersa sin que haya poder humano que baste á contenerla.

Esto sucedió precisamente el día 8, y á no haber sido por una feliz casualidad, ese día habría sido fatal para el gobierno.

Abandonemos el terreno de la política para ocuparnos de Hernandez.

Huyó cobardemente del campo de batalla, y la confusión de la tropa que estaba á sus órdenes le hizo creer que el desorden era general; en consecuencia, en alas del miedo llegó hasta Rio-frio, y tomando allí la diligencia que corría de San Martin á Méjico, se decidió á emprender el viaje hasta la capital, pues, como hemos dicho, en su concepto todo estaba perdido.

Cuatro personas solamente ocupaban la diligencia. Eran estas dos ancianas que huían del pueblo de San Martin temiendo ser víctimas en el ataque que se había emprendido sobre Puebla. Eran las otras dos viajeros, un ex-coronel de guardia nacional de la época de los Americanos, y el otro un empleado de uno de los ministerios.

El ex-coronel era de una familia distinguida y volvía de Europa, á donde habia ido, cuando la capital fué ocupada por el ejército invasor. Joven, de baja estatura y de constitucion endeble, era al parecer tan tímido como las dos ancianas; pues, en efecto, hasta la dulzura de su voz le daba todo el aire de un joven adorado.

El empleado era tambien de baja estatura y de constitucion semejante á la del ex-coronel.

Como era natural, ya se habia hablado de la plaga comun para todos los viajeros, los ladrones, y las ancianas estaban muy satisfechas de sus compañeros de viaje, que no habian tratado nada de resistencia; pero cuando el general Hernandez, dejando su caballo al administrador de la hacienda de Rio-frio, tomó un lugar en el coche, las dos ancianas al ver su talla colosal y su continente amenazador comenzaron á temer que en caso de un mal encuentro habria combate.

Llenas de un pánico terrible, subieron al coche despues de haber almorzado en la tan cara cuanto mal servida fonda, cuidando previamente de encomendar muy de veras su alma en manos del Criador, y empuñando valerosamente un enorme

rosario la una, y la otra una camándula descomunal, emprendieron el viaje.

El joven ex-coronel era discreto, y por consiguiente no quiso aventurar una pregunta con el general sobre el motivo que lo llevaba á Méjico tan precipitadamente; pero el viejo empleado, sin andarse en consideraciones, entabló la conversacion de esta manera:

— Vd. dispense, le preguntó, ¿viene Vd. acaso de Puebla?

— No, señor, contestó el general, vengo de Ocotlan.

— ¿Y qué deja Vd. por allá?

— Nada bueno.

La concision de Hernandez excitó la curiosidad del viejo, quien para satisfacerla volvió á preguntar:

— Como, ¿pues qué ha sucedido?

— Que á estas horas el ejército del gobierno está en completa dispersion; el enemigo con un arrojó inconcebible ha atacado nuestras posiciones y ha tomado el cerro de Ocotlan.

El incansable empleado volvió á preguntar:

— Pues qué, ¿Vd. pertenece al ejército?

Hernandez, descubrió sin saberlo por su mismo lenguaje, balbuceó con dificultad y sonrojándose :

— Sí... pero... llevo una comisión... Voy á buscar un refuerzo.

Y para desimpresionar á sus oyentes á fin de que no adivinasen la verdad, añadió con valentía :

— Pero nada importa ese triunfo pasajero, antes de pocos días serán derrotados por nuestras tropas los rebeldes, yo lo aseguro.

A través de este lenguaje, el ex-coronel adivinó un cobarde y el empleado también; pero las señoras se juzgaron perdidas, pues creyeron de buena fe en el valor de su compañero de viaje.

Entretanto la diligencia había recorrido alguna distancia por el escabroso monte, la atmósfera se había ido cubriendo de negras nubes y una lluvia menuda comenzaba á caer.

La perspectiva que presentaba la naturaleza era triste, aquellas enormes piedras cubiertas aquí y allá por una pobre vegetación, los tristes ocotes y oyametls, cuyos áridos ramajes agitaban las ráfagas de viento; preocupaban los ánimos de los via-

jeros de tal modo, que la conversacion se interrumpió como de comun acuerdo.

Las viejas son muy habladoras por regla general, menos cuando tienen miedo; entonces son devotas *de corazón*.

El monótono paisaje no era ciertamente á propósito para inspirar ideas alegres, mucho menos con un cielo tempestuoso.

El ex-coronel parecía absorto en una mística contemplacion de la naturaleza, el empleado había cerrado los ojos y parecía dormir, las viejas se hablaban en voz baja ó murmuraban oraciones, y el general formaba proyectos para preparar el porvenir.

Así llegaron al lugar llamado « Llano grande, » donde una multitud de pajarillos corrian sobre el verde musgo salpicado aquí y allí de florecitas amarillas y azules, formando una alfombra espléndida.

Al acercarse la diligencia, los pájaros tendían sus azules alas é iban á situarse á una distancia segura. Algunas vacas saboreaban el musgo mientras su pastorcillo miraba con curiosidad al carruaje, dejando el ganado al cuidado de los per-



ros que corrian de un lado á otro ladrando.

Despues llegaron á la vuelta de San Diego, que atravesaron guardando el mismo silencio.

A la salida de este lugar, que termina en una pequeña pendiente, el viejo empleado exclamó :

— Esta es la barranca de Guanes.

— ¡Ay! Dios mio, dijo una de las ancianas, dicen que aquí siempre roban.

— No tengan Vds. cuidado, dijo el ex-coronel, los caminos están seguros ahora.

— Y además, añadió el general, vamos con Vds. tres hombres.

— Por eso precisamente tenemos mas miedo, contestó la otra señora, y su compañera con aire suplicante exclamó :

— Por Dios, que no hagan resistencia.

Mientras esto decian, la diligencia, acabando de bajar la pendiente, habia atravesado la pequeña hondonada. Allí el camino se estrecha, por un lado se levantan unos matorrales de zacatones y jarillas bastante altas, por el otro el bosque de encinos y de ocotes se espesa á veces de modo que con poca dificultad puede formar una especie de atrincheramiento muy peligroso para los pasa-

jeros, cuya situacion está completamente dominada por los peñascos que se levantan por ambos lados.

En lo mas escabroso del monte y á la derecha de nuestros viajeros, se halla una vereda estrecha que conduce al rancho del *Ventorrillo*.

Al pronunciar la señora las últimas palabras que hemos referido, llegaba el coche á la vereda, y como si hubiera sido una invocacion, aparecieron súbitamente ocho hombres, de los cuales cuatro se quedaron en la altura de la izquierda, mientras los otros cuatro se adelantaron al camino real, y arrojando una terrible imprecacion, marcaron el alto al cochero, quien inmediatamente detuvo las mulas.

Este es el uso. Muy raro ha sido el conductor que no se someta á tal orden, y esto es muy natural, los que tal han hecho han pagado con la vida la desobediencia á las ordenes de estos reyes de los caminos reales; pero esta aquiescencia es disculpable en los conductores, pues no cuentan con el apoyo de una fuerza que los garantice contra los bandoleros.

Dos de los que se habian adelantado estaban á

caballo y los otros dos á pié; de estos el uno tomó las riendas á las primeras mulas y el otro se quedó atrás, apoyando sobre su hombro una tercerola. Los de á caballo iban á acercarse á la diligencia, pero se detuvieron al ver que saltaban de ella el ex-coronel, el empleado y el general.

El primero, sacando un par de pistolas, disparó sobre el de á pié que tenía el arma, y que sorprendido no pudo usar de ella y cayó atravesado de una bala.

Entonces, uno de los de á caballo quiso aprovechar este instante para echarse sobre el ex-coronel; pero recibió á su vez el tiro de la segunda pistola de éste, y bamboleando se volvió á internar por la vereda.

Los de la altura, al ver esto, no se atrevieron á avanzar; pero hicieron fuego con las tercerolas sucesivamente sobre nuestro campeón, pero con tal acierto que no lo tocaron, y en consecuencia comenzaron á retirarse aunque poco á poco, mientras que el otro jinete, que ya había disparado una pistola contra el empleado, disparaba segunda vez contra el ex-coronel, que con un arrojó inaudito, habiendo escapado de esta última agresión,

se apoderó de las riendas del caballo de su antagonista á quien quería derribar, no habiéndolo conseguido porque el caballo asustado retrocedía.

El bandolero sacó una larga espada y tiró dos ó tres tajos al ex-coronel, que, sin abandonar las riendas, esquivó los golpes con una agilidad increíble. Al fin hubiera sucumbido á las ventajas de su contrario, á no haber sido porque el empleado, á quien había perdido de vista el jinete, guareciéndose con la diligencia de los tiros de los bandoleros emboscados, se aproximó lo bastante por la espalda del bandido, y cual nuevo David le aplicó una pedrada en la cabeza que lo hizo caer al suelo.

Inmediatamente los de la altura huyeron, y el ex-coronel y el empleado quedaron, en consecuencia, dueños del campo.

Entonces se ocuparon de examinar lo que pasaba en su derredor, y vieron al general tendido largo á largo bajo la diligencia y atravesado el cráneo con una bala.

Con aynda de los cocheros, lo colocaron sobre el techo del carroaje, y se ocuparon de volver á

la vida á las dos ancianas que se habían desmayado al escuchar la primera explosión.

Conseguido esto, volvieron á entrar, recibiendo de las señoras un chubasco de reconvenciones por tan heroica defensa.

Al sentarse el ex-coronel sintió un objeto debajo de los cojines; los levantó y vió dos magníficas pistolas de *Kuchenscüter*, cuyo cañon, esmaltado primorosamente, tenia grabado este nombre:

*Manuel Hernandez.*

## CAPITULO XVI.

AMOR Y HONRAS FUNERRES.

Cuatro dias despues de lo que acabamos de referir, á las ocho de la mañana, estaba Rosa en su casa hojeando el « Correo de Ultramar. »

Se hallaba sentada en una silla pequeña, junto á la puerta vidriera que daba al corredor, y cualquiera que se hubiera detenido á observarla habria podido conocer que su ocupacion aparente

no era más que el pretexto de que se servía para disimular el verdadero objeto con que allí se encontraba.

En efecto, Rosa miraba frecuentemente hácia el corredor. Allí estaba Mateo.

Con la sagacidad propia de todo seductor, no había perdonado medio para acercarse á su jóven ama, y multiplicándose, por decirlo así, en obsequio de sus amos, tan pronto aseaba el carruaje como servía la mesa ó regaba las macetas.

Don Antonio, aprovechando la laboriosidad de su criado, había hecho de él su factotum. Era al mismo tiempo lacayo y camarista, y por este medio logró hacerse indispensable al usurero, que pudo suprimir el sueldo de un criado. Ya se puede conocer cuánta confianza se dispensaba á servidor tan económico y empeñoso.

Mateo, firme en su propósito de dominar á Rosa, como ya hemos dicho, procuraba halagarla; por eso muchas veces suspendía sus tareas para detenerse á escuchar á Rosa, cuando esta, sentada al piano, dejaba resbalar sobre el teclado sus ágiles dedos; y no faltó ocasion en que viéndola conmovida en uno de sus raptos de entusiasmo, él tam-

bien dejase correr dos lágrimas silenciosas por su semblante.

También en sus ratos de ocio tomaba á Lamartine y parecía extasiarse en la lectura. El tipo de Gilberto de Dumas lo animaba en su proyecto de seducción, y llegó á soñarse tan interesante como Martin el Expósito.

Rosa, por su parte, dejándose dominar por el sentimiento que él le inspiraba, había nutrido en su pecho un amor que, pequeño en su principio, tenía ya la magnitud de una pasión profunda.

El astuto Mateo conocía el estado de Rosa, y viéndola fascinada había comenzado á aproximarsele con la lentitud de la serpiente que tiene asegurada su víctima.

Don Antonio se ausentaba á veces de Méjico semanas enteras, por causa de sus especulaciones, y durante estas ausencias había Mateo hecho conocer á Rosa sus sentimientos con tanta finura, que la jóven incauta estaba ya ligada al lacayo, y aun no podía darse cuenta de la manera como esto había sido.

Mateo, en uno de esos momentos que tienen todas las mujeres de pasiones no reprimidas, le

había pintado un amor tan ardiente y tan exaltado, que olvidando su orgullo había aceptado los homenajes de un sirviente con la bondad que nunca concedió al amor espiritual de David.

¿Puede explicarse esto? Sí. Un amor ideal hasta á una alma cuyo horizonte se limita á la posesion absoluta de los pensamientos de la persona amada; y el goce profundo de un corazon inocente se reduce á la entera fe en el dominio que adquiere sobre otro corazon, goce que realza la seguridad de que se posee un objeto digno.

Pero cuando á todos se ve á través del menosprecio, el torrente impetuoso que se llama amor, contenido en límites demasiado estrechos y exasperado por falta de expansion, rompe al fin todos los diques, y se precipita fuera del alma, derribando con violencia extraordinaria los obstáculos que le oponen la educacion, el orgullo y el pudor. Todo lo materializa, y las imágenes de sus vivos deleites toman tales proporciones que sobrepujan á toda otra consideracion. Las grandes pasiones no deben ser contrariadas, sino educadas. Bien dirigidas annoblecen, contrariadas se exacerban hasta la desgracia.

Mateo, sin dejar la regadera con que reanimaba las exquisitas plantas que adornaban el corredor, volvía de vez en cuando la cabeza hácia donde estaba Rosa, bañándola con una mirada llena de magnética dulzura. La jóven habria deseado retirarse, porque á pesar de su cariño se sonrojaba al pensar la clase á que pertenecía su amante; pero el aislamiento á que se habia condenado con su romanticismo, le habia hecho nutrir de tal manera aquella pasion clandestina, que su orgullo y su reflexion no eran bastante poderosos para conseguirlo.

Cubiertas sus mejillas por el sonrojo, correspondía á aquellas miradas con otras igualmente amorosas, y se extasiaba á su pesar contemplando á aquel hombre que habia logrado penetrar al fondo de su corazon.

No hay remedio: cuando el amor no se combate en su principio, cuando se le deja tomar cuerpo, vanas son todas las reflexiones.

Media hora habian pasado los amantes en esta muda cuanto peligrosa correspondencia, cuando llegó el repartidor del periódico que recibió Mateo.

Rosa entreabrió la vidriera para recibir el impreso que Mateo se apresuró á darle.

De intento ó por acaso sus manos se tocaron, y Rosa se estremeció á su contacto conmovida como por un golpe eléctrico; porque el amor que á ambos animaba era el amor material que hace circular en las venas un fuego activo y devorador que se percibe á través de la epidermis: ese fuego que enciende las mejillas, que enrojece los párpados, que envuelve el cuerpo todo en una atmósfera de tibia voluptuosidad; calor que aviva la contemplación del semblante, de las manos y hasta de la ropa que viste la persona objeto de los deseos materiales. Doble vista que adivina atractivos ocultos.

Lo repetimos: el ocio, la soledad, la falta de expansión habían hecho de aquella jóven tan espiritual á los ojos de todos, una Mesalina, toda fuego, toda voluptuosidad.

Chateaubriand lo ha dicho:

« Si temes las borrascas de las pasiones, huye de la soledad. Las grandes pasiones son siempre solitarias... »

Y san Agustín ha exclamado:

« *Væ soli!* ¡ay del solo! »

Acabando de recibir el periódico, una puerta se abrió. Era D. Antonio.

— Buenos días, Rosita, dijo acercándose á su hija, y dándole un beso en la frente.

Ya era tiempo: aquel beso apagó como por encanto la funesta hoguera que incendiaba el corazón de Rosa.

El amor de un padre es un sentimiento tan puro que separa absolutamente cualesquiera otros que puedan estar contaminados con el vicio; y aunque la historia nos presenta monstruos que como Nerón profanan el afecto mas sagrado, estos ejemplos solo sirven para hacer mas repugnantes á los que han manchado su época con tan horrenda barbarie.

Mateo abandonó el corredor y Rosa olvidó á Mateo.

Interrumpida la corriente magnética del impuro amor establecida entre el ama y el criado, aquella volvió á su ser; quedando solo en sus mejillas los encendidos vestigios del funesto fuego que devoraba su corazón.

— ¿Como está Vd., papacito? dijo contestando el saludo de D. Antonio.

— Muy bien, he dormido como un lirón; y alargando la mano para tomar el periódico, ¿qué dice de nuevo este *cuerpo de verdades*, dijo á Rosa, que se apresuró á darle el impreso.

— No lo he leído aun, porque acaban de traerlo, contestó á D. Antonio, que, arrellanándose en un sillón, comenzó á leerlo exclamando:

— ¡Vamos á ver!

Después de haber leído las páginas primera y segunda del periódico, cuya lectura duró media hora, durante la cual Rosa se ocupó también en leer el «*Correo de Ultramar*», pues ya Mateo no la distraía con su presencia, D. Antonio abriendo los ojos desmesuradamente y levantando la voz, exclamó:

— ¡Hernandez ha muerto!

Rosa poniéndose en pié y acercándose al sofá, preguntó á D. Antonio con aire de sorpresa y de duda:

— ¿Quién? ¿el general?

— Sí, el general.

— ¿En la batalla de Ocotlan, papá?

— No por cierto, dijo D. Antonio con aire de desprecio.

— ¿Pues dónde?

— Oye lo que dice el artículo.

«*Ladrones*. — La diligencia que venía de San Martín á esta capital el día 8, fué asaltada por una partida de bandoleros. Según se nos ha informado, dos de los pasajeros, entre los que se encontraba el Sr. Galindo, resistieron heroicamente el ataque. El general Hernandez, que venía, no sabemos con qué motivo, en la misma diligencia, fué hallado muerto al fin de la refriega bajo el carruaje.

» Se cree que fué víctima sin tratar de defenderse, pues sus pistolas fueron halladas dentro del coche.

» Esperamos rectificar los hechos, pues de otra manera la opinion pública no seria muy favorable á la memoria del general.»

Mientras D. Antonio leía, Rosa, sin sentir el dolor que hubiera sido natural amando á Hernandez, quedó sumergida en una especie de atonía por la multitud de diversos pensamientos que se agolparon en su cerebro.

Habían desaparecido como el humo sus proyectos de elevación, sus ambiciosas miras se habían estrellado ante el sepulcro de Hernandez; y esta

decepcion hizo correr por su semblante dos lágrimas que atribuyó D. Antonio á solo la exquisita sensibilidad de su hija, pues ignoraba sus relaciones con el general.

Tratando de evitarle un padecimiento, le dijo:

— Ya me habian dicho que Hernandez habia huido cobardemente del campo de batalla y que su desercion estuvo á punto de comprometer al gobierno en una derrota, y no lo habia creido; pero este artículo me confirma la verdad del aserto; y puesto que es así, me alegro. Si no hubiera corrido, no habria muerto, ó á lo menos habria sucumbido gloriosamente.

Las lágrimas se secaron en el semblante de Rosa: su orgullo se resintió de haberse relacionado con un cobarde, y consolándose, con la facilidad de toda coqueta, por la pérdida del general, contestó á D. Antonio:

— Tiene Vd. razon, papá; pero no puede uno dejar de sentir las desgracias de sus semejantes, y mas de los que ha tratado.

— Con su cuerpazo y su aire de maton, no era mas que un fatuo.

— En fin, ya murió, dijo Rosa queriendo terminar la conversacion.

— En efecto, ya no nos toca juzgarlo, ¡Dios lo haya perdonado!

Y siguieron su lectura como si nada hubiera ocurrido.





## CAPITULO XVII.

### CORRESPONDENCIA.

La misma mañana y á la misma hora en que tenia lugar la escena que acabamos de referir, Rafael estaba en su cuarto del hotel ocupado en estudiar.

La hermosa claridad de esta mañana tan serena penetraba con alguna dificultad á través de los espesos cortinajes de punto y seda que se cruzaban

en el balcon. Rafael se hallaba recostado en un sillón de terciopelo de Utrecht, cuyo fondo morado oscuro hacia resaltar mas la hermosa figura de Rafael. Sus negros cabellos estaban sujetos con una sencilla gorra griega de terciopelo de color azul profundo. Su cuerpo estaba envuelto en una elegante bata de seda acolchada del mismo color con vueltas y vivos carmeses. Sus piés estaban calzados con cierta coquetería, con unos chanclos de brillante charol y tafilete verde.

Su mano izquierda, tan delicada como la de una mujer, sostenia con cierta negligencia académica su hermosa cabeza. En la derecha tenia un libro que leía con atención.

Era un tratado de botánica por De Jussieu.

Repentinamente cerró el libro, y volviendo sus ojos hácia una consola donde estaban algunas flores, exclamó:

— El estudio es tan útil como entretenido: investigar las leyes de la naturaleza, sorprender sus secretos, es una cosa muy bella para el hombre. Elevarse sobre la materia y penetrar, con la antorcha de la ciencia, á las oscuras regiones desco-

nocidas al vulgo, para explayar el espíritu, aliviar la humanidad haciendo útiles hasta los mismos males, es una mision noble y santa.

Esto me ha hecho elegir la carrera de la medicina.

A veces he sentido que mi ánimo desfallece ante la triste perspectiva de la humanidad llena de corrupcion en el principio de su aniquilamiento. A veces tambien han asaltado mi mente las mas horribles dudas al desgarrar con mi escalpeló los miembros amoratados y ateridos de los cadáveres.

¿A dónde fué ese calor que animaba los miembros inertes? ¿Qué se hicieron las risas que formaron el encanto del padre, de la madre ó del amante?

¿Es cierto, me he preguntado muchas veces al ver la apagada pupila de los muertos, que todo es materia, ó bien que existe en realidad algo que anima ese conjunto de nervios, de fibras y de huesos? ¿Que este algo es lo que llamamos espíritu, y que este espíritu nunca muere?

Sí, esto debe ser; esto es.

Yo huérfano y solo desde mi mas tierna infan-

cia, nunca he oído la dulce voz de una madre que me hable del cielo. Pero mi corazón, con cada uno de sus latidos, me dice que existe otra vida de ventura.

Yo no te he visto nunca, madre mía, dijo alzando los ojos al cielo; pero siento que tu espíritu me acompaña, aunque estoy cierto de que tu cuerpo se halla en el sepulcro.

— Sí; jamás abandonaré esta dulce creencia; en esta fundo todas mis esperanzas.

— ¡Dios mío! perdóname si alguna vez he dudado de tí. Soy un culpable, pues que me revela tu existencia todo lo que existe en el universo.

Esas flores son el lenguaje con que me hablas de tu poder y de tu hermosura. Son las praderas las páginas brillantes de tu grandeza.

— Sí; mi alma necesita estudiar tu omnipotencia en las obras que revelan tu bondad, porque ellas me animan y consuelan; mientras que las que me hablan de tu justicia me llenan de desaliento.

La vista de los yertos cadáveres me inclinaba á las dudas; el estudio de las flores sostiene mi creencia. En aquellos te veo juez exterminador, y el temor me inclina á negar; en las flores te

miro bondadoso, clemente, y por ellas te creo.

Yo que sufro por el abandono en que me hallo, espero algún día la compensación. Tú me la darás. Disiparás las nubes que cercan mi existencia, y entonces podré hallar la felicidad en el mundo, buscando un ángel que me purifique con su amor.

Virginia, dijo levantándose, Virginia será ese ángel: tú la has puesto en mi camino para que me hable de tí, como lo ha hecho muchas veces reanimando con el fuego de su fe la mía.

— ¡Oh! mi amor es tan puro como lo es su pensamiento. Estas flores me la representan con todos sus encantos. Esta tierna campanilla me representa la ternura de su alma. Estas violetas, su modestia; este blanco botón de rosa, su candor; y los atractivos perfumes del heliotropo, las hermosuras de su alma.

En este momento la puerta del cuarto se abrió, y Martín entró con una carta en la mano que entregó á Rafael sin hablar una palabra.

Rafael le preguntó:

— ¿Quién la trajo?

— El mismo mozo que trae siempre las demás.

— Es de mi protector, murmuró Rafael, rompiendo el sello como con cierto respeto. Y cuando Martín salió, comenzó á leer la carta, que decia así :

• Mi querido Rafael.

• Por tu apreciable de antes de ayer me impuse de que el gobierno te habia nombrado secretario de la legacion de Méjico, cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica. No puedo menos de manifestarte mi satisfaccion al ver las consideraciones que me guardas.

• Si yo consultara únicamente mi inclinacion y la tuya, no dudaria aconsejarte que aceptases desde luego. Pero tengo razones para creer que en tus actuales circunstancias no te conviene este nombramiento.

• Estás á punto de terminar una honrosa carrera, y como la salida de la legacion te impediria acaso presentarte á exámen, sería motivo de que perudieses los años que has empleado en adquirir los conocimientos para llegar á obtener un título honroso y lucrativo.

• Ya ves que este es un grave inconveniente que debemos tomar en cuenta para nuestra resolucion.

• Hay además otro. Las actuales circunstancias del gobierno y la inestabilidad de los que le han precedido, me hacen temer fundadamente no sea de larga duracion. Y este es un nuevo motivo que me hace juzgar que tiene para tí el nombramiento mas desventajas que conveniencias. Además resultaria que te afiliabas en un partido que aun no está sancionado por la generalidad de la opinion pública.

• Yo espero que, como siempre, escucharás mis consejos, renunciando á las esperanzas que hayas podido concebir por este nombramiento; mucho mas cuando no haces mas que aplazar tu realizacion, porque mas tarde, te aseguro obtendrás este ú otro puesto que compense el sacrificio que hoy haces.

• En esta ocasion, como en las anteriores, te dejo en absoluta libertad para obrar, suplicando únicamente me comuniques á la mayor brevedad lo que hayas resuelto.

• Tu sincero amigo.

• SABINO. •

Al concluir la lectura, Rafael expidió un suspiro voluntario: era la expresion de una espe-

ranza perdida; y ciertamente, ¿qué cosa mas natural?

Lo imprevisto del nombramiento y su categoría habian despertado en su noble alma la multitud de ilusiones que oculta siempre una mente de 25 años: esa ambicion de correr el mundo revestido con un título honroso que abre las puertas de todos los círculos sociales, que rodea al hombre con una atmósfera de lisonjero bienestar.

Acostumbrado á ver en cada uno de los deseos de su protector una orden, se decidió inmediatamente á renunciar el empleo que se le daba.

En consecuencia, se preparó á escribir su respuesta al ministro y á Sabino.

Al hacerlo, con aquella fuerza de reflexion propia de la verdadera inteligencia, buscó la manera de compensar la pérdida que sufría y logró su objeto. Sentóse á la mesa exclamando:

— ¿Cómo ha de ser! Las razones de mi protector son muy sólidas para despreciarse; pero aun cuando no lo fueran, ¿no debo á mi desconocido genio todo cuanto soy? ¿qué sería de mí sin su benéfico auxilio? Con una generosidad incomprendible satisface todas mis necesidades y

deseos, y el decidido empeño que manifiesta en mi favor me hace á veces sospechar... pero no. La ternura de un padre no resistiría al deseo de ver á su hijo: tantos años hace que me protege, ni una sola vez lo he visto: ¿qué misterio! algun dia acaso llegaré á comprenderlo. Por ahora debo seguir absolutamente sus inspiraciones, pues que siempre me ha probado un afecto tan profundo.

Además, ¿no hay en este sacrificio alguna circunstancia que me halague? ¡Si! saliendo de Méjico iba á separarme de Virginia, á perder acaso todas mis ilusiones; tal vez en mi ausencia un hombre mas dichoso que yo y con mas derechos lograria penetrar hasta el fondo de ese corazon tan inocente y tan puro... Sin Virginia, ¿qué felicidad habria para mí? si deseo penetrar el arcano de mi nacimiento, es únicamente para saber si puedo aspirar á la mano de Virginia... Pero como quiera que sea, ¿por qué razon mi nacimiento será obstáculo para mi felicidad? ¿acaso tengo la culpa de que mi origen haya sido mas ó menos elevado, peor ó mejor? Aun cuando tuviera un origen criminal, ¿podria atribuirseme culpa por ello en rigurosa justicia? No, y sin embargo la socie-

dad marca con un sello de ignominia al desgraciado que no ha tenido parte alguna en que su origen sea ó no criminal.

La familia de Virginia acaso repugnará mi enlace por esta causa; y sin embargo, yo no tengo la culpa.

Cuando luchó con mis dudas, llego hasta desear alejarme para siempre de un lugar tan peligroso para mi corazón. Pero ¡ay! prosiguió arrojando un prolongado suspiro, que mis impresiones son demasiado profundas para que puedan borrarse.

No hay remedio: la he amado y la amaré hasta el sepulcro. Por otra parte, ¿qué significan los obstáculos para un amor como el mío? Jamás una palabra le ha revelado este sentimiento tiernísimo que es la savia de mi existencia. Pero nada importa: su indiferencia, su desden, su odio mismo, la oposición de su familia, no podrán arrancarme este mundo de ilusiones. No podrán privarme de la satisfacción de amarla; y si bien su correspondencia me daría una felicidad que apenas puedo concebir, la fuerza de mi cariño se conforma con adorarla en silencio.

La única idea que me desespera es la de verla perteneciendo á otro. Pero esto no puede ser. Dios es justo, y sabe perfectamente que ella es la que ha sostenido mi creencia, y que este amor que me conduce por el camino del bien, sería mi perdición si llegase á faltarme, si llegase á verla en poder de un rival.

Acaso Dios es quien ha inspirado á mi protector la idea de que yo renuncie á este viaje que tal vez me separaría para siempre de Virginia.

Y sin dudar mas tiempo, escribió la renuncia formal de la secretaría de la legacion y la esquelita siguiente para Sabino:

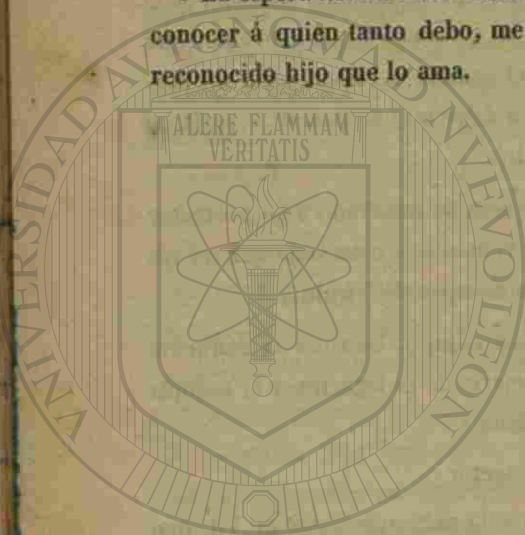
« Mi amado protector.

» En respuesta á la muy apreciable de Vd. que acabo de recibir, tengo el gusto de manifestarle que, de acuerdo con sus indicaciones, hoy tendrá el ministerio la renuncia del empleo que me habia concedido. Pues aun cuando antes de recibir la de Vd., mi poca reflexion y las sugerencias del amor propio me inclinaban fuertemente á aceptar, las razones que Vd. expone habrian bastado por sí solas para desistir, prescindiendo

de la obediencia que le debo como su protegido.

» En espera del día afortunado en que pueda yo conocer á quien tanto debo, me repito de Vd. su reconocido hijo que lo ama.

« RAFAEL. »



## CAPITULO XVIII.

UN BESO Y UN ROPETON.

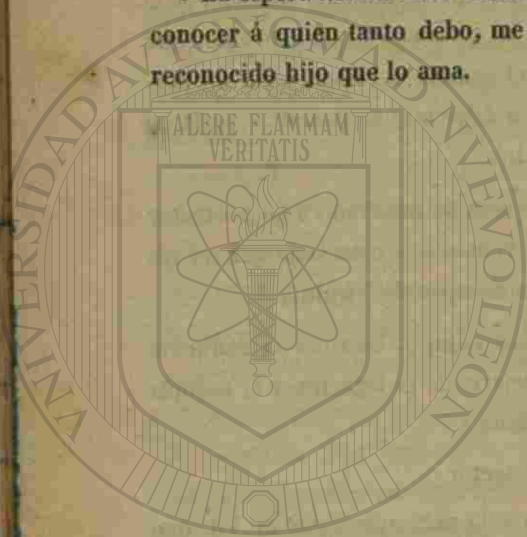
Imposible seria pintar la rabia del oficial mayor al recibir la renuncia de Rafael. El viejo no podia comprender el cambio repentino del jóven practicante.

Los malvados como él, incapaces de todo sentimiento generoso, atribuyen á las malas pasiones los hechos cuya causa no alcanzan á comprender.

de la obediencia que le debo como su protegido.

» En espera del día afortunado en que pueda yo conocer á quien tanto debo, me repito de Vd. su reconocido hijo que lo ama.

« RAFAEL. »



## CAPITULO XVIII.

UN BESO Y UN ROPETON.

Imposible seria pintar la rabia del oficial mayor al recibir la renuncia de Rafael. El viejo no podia comprender el cambio repentino del jóven practicante.

Los malvados como él, incapaces de todo sentimiento generoso, atribuyen á las malas pasiones los hechos cuya causa no alcanzan á comprender.



Por otra parte, sin antecedentes respecto á los motivos que obligaron á Rafael á renunciar un puesto tan distinguido, juzgó que era el amor de Virginia el obstáculo que se oponía á aquel viaje, y no el amor puro, ideal, que á Rafael había inspirado la joven, sino el amor torpe é indigno que arrastraba al caduco enamorado hasta las cloacas mas inmundas. Su imaginación, exaltada por el deseo, le pintaba el amor de Rafael y de Virginia en sus goces íntimos con tanto fuego, que sus celos lo arrebataron hasta la locura, y comenzó á revolver en su mente los proyectos mas criminales á fin de impedir que Rafael obtuviese la mano de Virginia.

El que lo hubiera visto á su vuelta del ministerio la noche del día en que recibió la renuncia, apenas habria podido conocerlo. Ya nuestros lectores lo han visto desfigurado la noche en que salía de jugar al tresillo con los padres de Virginia; pero entonces su transfiguración era proveniente en gran parte por la falta de la dentadura. En esta ocasión eran únicamente las malas pasiones las que hacían de aquel hombre tan pulcro á los ojos de la sociedad la imagen del ente mas

envilecido. Su frente estaba ceñuda; sus ojos hundidos, aunque extremadamente abiertos, tenían la sjeza del idiotismo salvaje; sus dientes estaban convulsivamente cerrados, y su diminuta boca recogida casi hasta desaparecer. Sus dos manos comprimían sus sienas como tratando de impedir que su cráneo estallase, y sus dedos, ennegrecidos por el cosmético, se crispaban entre los lacios mechones de sus cabellos.

Lo que D. José quería á toda costa era separar á Rafael de Virginia, y á no haber sido por su inveterada costumbre de ocultar hipócritamente sus maldades, se habria quitado la máscara para atacarlo.

Como hemos dicho, su cerebro, máquina infernal donde se germinaban los pensamientos mas abominables, habia formulado ya mil proyectos para alcanzar su fin; pero los fué desechando por peligrosos para su buena reputación.

Repentinamente se levantó: sus párpados se recogieron un tanto, su boca se contrajo á impulsos de una sonrisa de triunfo. Sin duda habia encontrado ya un remedio para su situación: cambió inmediatamente su camisa, porque la que

tenia puesta estaba sucia y ajada por sus manos.

Volvió á arreglar sobre su frente su cabello, se envolvió en su capa y se disponia á salir, cuando la puerta se abrió repentinamente, y penetró en el cuarto una mujer.

— ¿A dónde vas, José? le dijo oponiéndose á su paso.

— Déjame, gruñó el mayor, apartándola bruscamente con la mano derecha.

— Pero, dime, ¿á dónde vas? insistió la mujer con un aire de súplica.

— ¿Desde cuándo, replicó D. José frunciendo las cejas con un aire amenazador, he dado á Vd. el derecho de interrogarme?

— Dime á dónde vas, volvió á decir la mujer con un aire mas humilde todavía.

— No es negocio de Vd., dijo el mayor rechazándola por segunda ocasion.

— Quiero saberlo, replicó ella con firmeza.

— ¿Y con qué derecho? dijo el viejo, cuya cólera estaba á punto de estallar.

— Con el derecho que me da el amor que te tengo, con el derecho que me da tu mismo amor.

— ¡Amarte yo! exclamó D. José, haciendo un gesto de disgusto. ¿A tí, que eres una vieja asquerosa?

— ¡Sí! dijo con plañidera voz la mujer, ahora estoy vieja; pero cuando me separaste de mis padres era yo jóven. ¡Sí! ahora estoy asquerosa; pero cuando tú me robaste, estaba yo hermosa. ¡Sí! ahora te doy asco; pero entonces estas mejillas descarnadas eran para tí dos preciosísimas rosas: así me lo decias. Estos labios enjutos formaban tu delicia. Estos brazos enlaquecidos, añadió levantando la manga de su vestido y mostrando unos huesos apenas asegurados por la piel, se han desecado por los amorosos excesos á que tú me obligabas. Asquerosa sí hoy; pero entonces tus labios llegaron hasta tocar á mis piés.

— ¡Calla! calla! exclamó D. José con aire furioso.

— Yo hubiera sido una mujer honrada, prosiguió la vieja con acento rencoroso, y tú has hecho de mí una concubina.

— ¡Calla! vieja maldita!

— El que ha de callar eres tú, ¡malvado!

D. José, exaltado por las palabras de aquella

mujer, levantó la mano y la dejó caer sobre la mejilla de aquella infeliz seducida.

¡ Parece increíble ! Nos tacharán acaso de exagerados ; pero desgraciadamente el hecho que asentamos se repite, con bastante frecuencia, entre los seres degradados por el vicio.

Las miradas mas tiernas, las palabras mas lisonjeras, las promesas mas falaces son las redes que se tienden á la hermosura, á la inocencia y al pudor de las jóvenes incautas. Los mas abominables excesos son el resultado de la seducción, y estos mismos excesos, destruyendo el cuerpo de las víctimas estragan mas horrorosamente sus corazones. El desprecio, el vilipendio y frecuentemente el maltrato sustituyen á las pasadas caricias.

Esta es la historia del amor criminal.

Se castiga al ladron, al asesino.

¿ Y porqué ?

Porque el primero hurta un pañuelo ó una miserable cantidad que acaso no ha podido obtener por falta de trabajo, para comprar un pan para su numerosa familia. Se castiga al asesino porque quita la vida á un hombre.

Y al que arrebató el honor de una mujer, al

que mata la virtud de un corazón, se le perdona fácilmente.

El que arrebató la quietud de una familia, poniendo asechanzas á la inocente y débil mujer, cuyo único patrimonio es el honor ; el que mata la dignidad, la delicadeza y la fuerza goza impunemente con sus crímenes y tiene el derecho de enumerarlos como otras tantas hazañas.

Reanudemos nuestro relato.

La mujer cuyas palabras hemos podido indicar se hallaba unida con el mayor de mucho tiempo atrás, y lejos de manifestarse irritada contra su amante por su infame conducta, deshaciéndose en llanto, volvió á interponerse á su paso, exclamando :

— Tienes razon, pégame, pero dime ¿ á dónde vas ?

Cediendo el viejo á cierto impulso del corazón, le dijo con menos dureza :

— Voy á una visita, déjame, Juana.

— Mira, le dijo esta limpiando sus labios con el delantal en que quedó una mancha de sangre, si te pregunto es porque hace muchas noches que te veo inquieto, ¿ piensas que duermo ? Pues no ;

porque aunque tú me odies, yo te amo todavía como en aquel tiempo. He presenciado tus inquietudes y te pregunto, porque no quiero que te vaya á suceder una desgracia. Porque yo te amo, te lo repito. Por una caricia tuya soy capaz aun de servir á mi rival. Ya que no puedo conservar todo tu cariño, me contento con una parte de él : *¡ con las sobras ! ¡ sí, con las sobras !*

— Bueno, bueno, dijo D. José. Juana entonces insistió :

— Yo tengo una rival ; lo sé porque te he oído ; pero promete que no me despreciarás, y yo te ayudaré si es necesario.

Considerando el mayor que no podría desprenderse de Juana si no ponía en planta algun medio extraordinario, extendió su brazo derecho, lo pasó por el cuello de esta, y dándole un ósculo sobre su frente se apresuró á bajar la escalera.

La noche estaba bastante oscura, negras nubes cubrían el cielo, y de tiempo en tiempo atravesaba el espacio la brillante luz de los relámpagos. El aire húmedo anunciaba un chubasco ; pero D. José, á pesar de su delicadeza habitual, se decidió á salir, como lo hemos visto.

Tal era su impaciencia.

Envuelto su raquítico cuerpo en la ancha capa, parecia un fantasma al atravesar las calles solitarias, pues aunque no eran las 8 todavía, el miedo al agua hacia que pocas personas se atreviesen á salir.

A pocos pasos una sombra se deslizaba en seguimiento del mayor con tanto silencio, que D. José no pudo notar lo.

Llegó, por fin, á la casa de Virginia, á cuya puerta llamó con su acostumbrada parsimonia.

La vieja Gertrudis, despues de haberse asegurado de que era D. José el que llegaba, abrió el zaguan, y el mayor, dándole las buenas noches con una melosa afabilidad, se hizo preceder de la criada para que lo anunciase á la familia, verificado lo cual, entró á la sala.

Don Juan leía el *Año cristiano* : D<sup>a</sup>. Isabel dobladillaba un pañuelo, para lo cual habia ocurrido al auxilio de las gafas : David, recostado en un sillón, escuchaba á intervalos la lectura, pues unas veces el recuerdo de Rosa y otras el sueño robaba su atencion á aquella ocupacion mística. Virginia se entretenía, como de costumbre, en su

tejió y parecia escuchar atentamente. Sin embargo, algunos suspiros revelaban que su pensamiento se ocupaba de algun objeto mas tierno y melancólico. Era indudablemente el amor de Rafael.

El mayor descubriéndose se acercó á D<sup>a</sup>. Isabel diciéndole :

— Muy buenas noches, mi señora D<sup>a</sup>. Isabel.

— Buenas noches, señor D. José, contestó esta con voz gangosa ( efecto de las gafas ) dándole la mano, despues de haber dejado el pañuelo.

— Muy buenas noches, señor D. Juan, repitió D. José saludando al viejo veterano, que en este momento acababa de cerrar el libro despues de haber puesto entre sus páginas la caja de sus anteojos á guisa de registro.

— Ya no esperábamos á Vd., dijo D. Juan, apretando cordialmente la mano que le tendió el mayor, quien con una sonrisa muy amable decia á Virginia :

— Beso á Vd. la mano, señorita, mientras que tendia la suya á David, que correspondió respetuosamente el tácito saludo de su jefe.

Volviéndose á los ancianos, exclamó :

— No soy inconveniente para que Vds. continúen su lectura.

— Hemos concluido casi, dijo D. Juan ; pero aun cuando así no fuera, la aplazaríamos para despues, por disfrutar ahora el placer de charlar un poco.

— La conversacion es pasto del alma, dijo D. José sentenciosamente.

— Cabalito, afirmó D<sup>a</sup>. Isabel; y además el *Año cristiano*, que es lo que estamos leyendo, siempre lo tenemos á nuestra disposicion; mientras que Vd...

— Yo lo estoy tambien... interrumpió D. José con amabilidad.

— Ya, contestó la señora; pero no como mi libro.

— Y la prueba es que no hemos podido comenzar nuestro tresillo, añadió D. Juan.

— Pero bien podia sustituirme el diplomático, dijo el mayor designando con una mirada á David, que balbuceó :

— Yo no sé.

Don Juan exclamó : — ¡ Qué diablo! preferir e estarse ahí cavilando ó durmiendo.

Es el histérico, ¡pobrecito! dijo D<sup>a</sup>. Isabel. Las consecuencias de la herida. Ya sabe V. S., D. José, en el estómago. ¡Dios se lo perdone!

Y tirando de la mano á David lo atrajo hácia ella; de modo que al terminar su frase pudo aplicar sobre la pálida frente del jóven un beso maternal.

Aquel beso fué una espina para David, que pensó con amargura que aquellas muestras de afección desinteresada y pura no bastaban á calmar las penas de su alma.

Don Juan levantándose tomó de una columna una caja con las fichas y los naipes; pero al colocarlos sobre la mesa en que leía, D. José exclamó:

— Esta noche no puedo acompañar á Vds., amenaza un diluvio y no quiero que me coja en la calle. Solo he venido con el objeto de saber si podrán acompañarme el día de mi santo. Tengo una casita en Tacuba, y me he propuesto celebrar allí mi cumpleaños uno de estos días. Vds. y un íntimo amigo mio serán los únicos convidados. Reunión de familia.

— Por mi parte, dijo D<sup>a</sup>. Isabel, estoy á lo que disponga mi viejo.

— Pues si no ha de haber cumplimientos, si la cosa ha de andar como entre soldados viejos, ¡cáspita! á quien le dan pan, ¡qué llora? paso redoblado y . . . . . aceptado.

— ¿Y cuándo es la fiesta? preguntó Virginia.

— Probablemente será pasado mañana, porque el 19 acaso estaré ocupado.

En seguida, levantándose del asiento, se despidió con la misma cortesía que á la entrada y se salió de la casa murmurando:

— ¡Acaso caiga en la red!



## CAPITULO XIX.

Gruesas gotas comenzaban á caer de las nubes cuando el mayor salió de la casa de Virginia.

Esto obligó á aquel á abrir su paraguas y apresurar su marcha.

Quien hubiera observado lo que pasaba en la calle, mientras que D. José estaba en la casa de Virginia, habria visto un hombre vestido de negro, que era el que seguia los pasos del oficial mayor,

detenerse en el zaguan cuando este se cerró despues de haber entrado D. José.

El desconocido aplicó un ojo al agujero de la llave. Despues se aproximó á la ventana que dejamos descrita en el 1<sup>er</sup>. capítulo.

Las personas que no tienen motivos para temer ó para ocultar sus acciones, desprecian generalmente las precauciones mas comunes : esto favoreció la curiosidad del desconocido, que á través de las finísimas cortinas que cubrian la vidriera pudo observar perfectamente lo que pasaba en aquella sala y escuchar casi toda la conversacion del mayor con la familia.

Cuando observó que este se despedia, se arrinconó en una puerta de enfrente, y cuando aquel salió volvió á seguirlo, como lo habia hecho á la venida.

Cuando el mayor llegaba á su casa, una cabeza aparecia en el balcon como en acecho. Era Juana, que reconociendo los pasos se retiró bruscamente para no ser vista. El mayor tocó la puerta que abrió inmediatamente la mujer del portero : dando las buenas noches, subió apresuradamente la escalera. El zaguan volvió á abrirse poco despues para

el espía desconocido. Despues de haber entrado á su cuarto el oficial mayor comenzó las disposiciones que ya conoce el lector para meterse en la cama cuando tocaron á la puerta con suavidad.

— ¿Quién? preguntó bruscamente.

— Yo, contestó Juana con voz meliflua.

— ¿Qué quieres? interrogó el mayor.

— Abreme, tengo que hablarte.

— Mañana hablaremos, déjame en paz.

— Lo que tengo que decirte, insistió Juana, debes saberlo ahora mismo : te importa mucho.

Don José, acostumbrado á que sus órdenes fuesen obedecidas inmediatamente, creyó que en efecto Juana tenia algo de importancia que comunicarle. Se envolvió en su bata, que ciñó cuidadosamente, volvió á ponerse los chanclos y fué á abrir la vidriera.

Aprovechamos el momento para dar á conocer á Juana, que entró con cierto aire de humildad y se quedó en pié, mientras que D. José tomó asiento en el sillón con el aspecto de un juez que tiene que pronunciar una sentencia de muerte.

Era una mujer que representaba 45 años poco mas ó menos : su cabello estaba casi enteramente



blanco; su frente era corta; sus cejas, bastante negras todavía, eran angostas y formaban dos curvas suaves que venían á separarse á corta distancia sobre una nariz fina, aunque algo levantada en su extremo; sus ojos eran grandes y negros, descubriéndose en ellos cierta expresión de orgullo que cuadraba muy mal con el papel que representaba en ese instante. Su boca tenía en sus extremidades dos rugas que parecían el anuncio de sonreír con aire sarcástico. Sus mejillas enflaquecidas se hundían haciendo resaltar más sus pómulos, circunstancia que unida á la profundidad de sus ojeras y á su color apergaminado daba desde luego idea de un sufrimiento profundo ocasionado por las contrariedades continuas ó por el abuso de los placeres.

Sin embargo de lo avanzado de la hora, estaba cuidadosamente peinada, y su vestido habría parecido elegante á pesar de su sencillez á no ser porque su talle se inclinaba á la manera de todo el que suplica.

Estaba vestida de negro, y sus manos unidas comprimían un pañuelo de seda.

Acercándolo á sus ojos y dando á su mirada una ternura indefinible :

— Josesito, ya no me amas, ¿es verdad?

— ¿Es eso lo que tenías que decirme? interrumpió con enojo D. José.

— No; pero es necesario para lo que tengo que decirte despues.

— No sé lo que será; pero me temo alguna imprudencia tuya; en fin, trata de no apurar mi paciencia.

— Seré lo mas breve posible, sin embargo de que de esta conversacion resultará la conducta que debo observar en adelante. Hace 20 años que te conocí; mi padre era un honrado tirador que se afanaba por cubrir mis necesidades. Yo era entonces una niña: mi corazón inocente no se preocupaba mas que por las diversiones infantiles, y á pesar de que contaba 12 años ya, mis pensamientos eran puros.

— Hubieran debido canonizarte, interrumpió el mayor con sarcasmo.

Juana siguió sin detenerse á contestar :

— Desgraciadamente tenía una ambición: las golosinas y los juguetes. Mi padre me enviaba á la amiga todos los dias acompañada de una criada: quería acabarme de formar. Pasaba todos los

dias por la esquina de la Merced, habia en la esquina una lechería, tú estabas allí siempre, eras un jóven elegante.

— ¿Sabes que ya me va fastidiando tu historia? volvió á interrumpir el mayor con impaciencia.

— Cuando acabes de oírme, no te arrepentirás de haberlo hecho.

El mayor hizo un gesto de disgusto.

— Comenzaste por detenernos un dia en que yo y la muchacha que me acompañaba mirábamos con ávidos ojos los platillos que estaban á la vista. Tú nos obligaste á tomar de ellos; varios dias despues hiciste lo mismo. La criada me obligó á callar por no perder las propinas que tú le dabas; y una tarde, diciendo que me ibas á enseñar unos juguetes, me metiste á una pieza y me dejaste encerrada cuando pretendí salirme.

— Márchate á acostar, dijo levantándose con furia D. José.

— Déjame concluir, suplicó Juana.

— Te digo que te marches.

— Y yo te ruego que me escuches.

— Pues yo no quiero.

— A pesar de eso me escucharás.

— ¿Quién me obligará á ello? dijo el mayor, cuya cólera se acrecentaba por instantes.

— ¡Yo! dijo Juana levantándose y fijando en D. José una mirada dominadora que sentaba perfectamente con su aspecto.

— ¡Ja! ja! hizo el mayor en el colmo de la sorpresa, viendo á aquella mujer tan humilde comunmente imponerle su voluntad con tanta firmeza. Preciso es reirse de tus chanzas.

— Mira, José, acaba de oírme y sabrás porqué tomo las cosas desde esa época.

El mayor, sin contestar, se acomodó bien en el sillón, echando la cabeza hácia atrás con aire de indiferencia, mientras que Juana continuó:

— Tres dias me tuviste en aquel encierro: este tiempo necesitaste para consumir mi seducción. Mi resistencia era instintiva: oponia mis lágrimas á tus instancias; pero al fin mi debilidad cedió á la fuerza de tus promesas. ¡Ingrato! dijo Juana comenzando á llorar.

El mayor habia escuchado esta última parte de la historia de Juana con tanta calma, que se hubiera creído que no era él el acusado; pero al escuchar la exclamacion de aquella mujer y al advertir

sus lágrimas, trató de poner fin á aquella escena.

Se levantó del sillón y asiéndola fuertemente por un brazo, trató de llevarla hasta la puerta diciéndola con enojo :

— A dormir, señora, á dormir.

— Déjame acabar.

— Ya me has fatigado con tus cuentos.

— Escúchame, José.

— Estoy cansado de hacerlo y no te oiré mas.

— Me oirás aunque no quieras, dijo Juana logrando con un esfuerzo desasir su brazo de la mano del mayor.

— Vuelves á amenazarme, vieja maldita.

— Sí, te amenazo ; porque ya me canso de ser tu esclava. De hoy en adelante seré tu aliada ó tu enemiga ; dí lo que quieres, interrogó con imperio acercando su cara á la del mayor.

— Que te vayas á acostar porque has bebido demasiado.

— Sí, he bebido porque así olvido lo que sufro ; porque así vuelven mis recuerdos placenteros ; olvido á mi padre, á mi madre ; porque hasta llego á creerme dichosa en este encierro á que me has

condenado, y luego el sueño.... Ese estado de tranquilidad de paz....

— ¡ Véte, véte!

— No quiero.

— Y sin embargo, te irás, dijo el mayor avanzando hácia ella para asirla de la cintura y sacarla del cuarto.

Entonces comenzó una especie de lucha en la que el mayor desplegaba una agilidad inaudita ; pero Juana no le cedia en destreza.

El mayor logró al fin su objeto, y la hubiera sacado de la alcoba á no haber sido porque ella, agarrándose desesperadamente de los fierros del catre, comenzó á gritar :

— Sácame, sí ; sácame : pero mañana sabrá todo el mundo quién eres. Yo publicaré todo, y tú te arrepentirás de no haberme oído esta noche. Queria hacer un último esfuerzo para probarte mi cariño, pero tú no lo quieres. Ya sé que te reirás de mis amenazas, porque todos te creen bueno ; pero no lograrás seducir á Virginia.

Al escuchar este nombre, D. José soltó á Juana obligado por la sorpresa, diciendo sin poder contener su primer impulso :

— ¡Cómo sabes!

— ¡Ah! dijo Juana con aire satisfecho, bien sabia yo que me harias caso.

— ¿Pero quién te ha dicho?...

— ¡Crees que porque estoy aquí siempre encerrada, ignoro lo que pasa por fuera? y luego prosiguió : — Ahora que nos entendemos voy á hacerte mis proposiciones.

El mayor escuchaba en silencio.

— Pasado mañana vas á celebrar tu cumpleaños en Tacuba : has convidado á Virginia y á su familia.

El mayor atónito abria sus ojos, sin poder explicarse el modo con que Juana conocia un hecho que él no habia comunicado á persona alguna y que acababa de verificarse.

— Tú amas á Virginia, prosiguió Juana, y la invitacion que has hecho no tiene mas objeto que asegurarte su posesion.

El mayor estupefacto, caminando de sorpresa en sorpresa y fascinado por aquella especie de adivinacion ejercida por Juana, estaba completamente bajo su dominio. Su mente, ocupada en investigar cómo habria podido aquella mujer sor-

prender aquel secreto, no estaba en disposicion para ayudarle á formular una respuesta.

Juana, mas y mas satisfecha del efecto producido por sus palabras, prosiguió haciendo sentar al mayor en el sillón y sentándose ella misma á su lado.

Te he amado como nadie puede amar : tus caricias y tus promesas me hicieron juzgar que tu amor era tan apasionado como el mio ; y por eso me dediqué á amarte con todo mi corazon. Despues, cuando te cansaste de mí, me retuviste porque me necesitabas para que te asistiera ; pero el pan que me has dado, ha sido bien amargo. No obstante esto, te amo aun. He luchado para reanimar en tu corazon el amor que me tenias. Lágrimas, quejas, reconvenciones, nada ha sido bastante para conseguirlo.

Aislada como estoy, mi horizonte se limitaba á reconquistar tu cariño : esperaba que al fin te moviesen mis sufrimientos y mi resignacion ; pero ya que se han frustrado mis esperanzas, quiero darte la última prueba de mi afecto sacrificándolo en tu obsequio. Tú sufres por el amor de Virginia, y yo, que te amo mas que á mí misma, deseo ali-

viar tus padecimientos. Por eso venia á proponerte mi alianza, ¿quieres aceptarla?

El mayor no podia volver en sí de su sorpresa. Juzgando por su propio corazon, temió una asechanza; por lo cual contestó á Juana:

— ¿Qué condiciones pones á esa alianza?

— Solo la de que me dejes mi libertad.

El mayor se hallaba en tal situacion que á pesar de la desconfianza que le inspiraba la conducta de Juana, se resolvió á aceptar, juzgando que de pronto no podia hacer otra cosa.

Además la misma precipitacion con que habia obrado, invitando á la familia de David á un paseo en su casa de Tacuba, la ponía en el compromiso de ponerse de acuerdo con Juana á fin de que le ayudase á hacer los preparativos de la fiesta.

El temor de que ella le traicionase estaba combatido por la seguridad que le daba la discrecion de Juana hasta ese momento. Sabiendo su amor por Virginia, ¿no habria procurado descubrir á la familia la conducta de D. José, si hubiera querido oponer un obstáculo á sus proyectos?

La paciencia con que habia sufrido tantos años

la tiránica conducta de su amante, ¿no era tambien una garantía para este?

Tales fueron las reflexiones que hizo D. José y que le obligaron á aceptar las propuestas de Juana. Pero queriendo asegurarse aun mas por medio de hipócritas demostraciones de afecto, le dijo con semblante compungido:

— Ya que eres tan generosa, Juanita, quiero confesarte la verdad. Sí; amo á Virginia y pretendo casarme con ella; pero antes debo asegurarte que si no me uno contigo es por tu mismo interés.

— No quiero saber porqué lo haces.

— Pero yo debo decírtelo, contestó el mayor; habiendo traspasado, por desgracia, los límites que me imponian tu cariño y la sociedad, no es posible que vuelva á haber perfecta armonía entre nosotros. Mi amor para contigo se extinguió ya, fuerza es decirlo: mi conducta cruel se exacerbaria considerándome con los derechos de marido, y no quiero hacerte víctima de mi mal trato. Seremos en adelante buenos amigos. Ya ves, yo no me molesto, sino cuando tú me precipitas con tus quejas. ¿Quieres tu libertad? La tendrás desde hoy. ¿Necesitas dinero? Pídemelo que necesites y tam-

bien lo tendrás ; pero olvida que hemos sido amantes.

— Lo olvidaré para todo menos para lo que pueda serte útil.

— ¿Con que es decir que no te opones á que me case con Virginia?

— Lejos de oponerme, te ayudaré si es necesario.

— ¿Es decir que seremos hermanos? Que tú no volverás á hablarme de tu cariño, y en cambio disfrutarás absoluta libertad y el dinero que necesites.

— Respecto á dinero, replicó Juana, nada tenemos que hablar; pero en cuanto á libertad absoluta...

— ¿Pudieras decirme qué uso piensas hacer de ella? dijo cariñosamente el mayor.

— Sí, abandonar la soledad, buscar el olvido en el bullicio.

— Bien pensado, exclamó D. José con alegría; pero dime, ¿cómo has podido enterarte?...

— Ese es mi secreto. El mayor no quiso insistir, esperando que pronto lo averiguaria, y dando la mano cariñosamente á Juana, le dijo:

— Mañana te diré lo que deseo que hagas.

— Está bien. Hasta mañana, hermano, contestó Juana, saliendo del cuarto.

## CAPITULO XX.

AMA Y CRIADO.

Mientras Rafael renunciaba así el empleo que el oficial mayor le habia procurado; mientras este discurría nuevos planes para apoderarse de Virginia, y mientras David seguía dedicando su culto á un amor desgraciado, y tanto mas desgraciado cuanto su objeto era menos digno, ¿qué habia sido de Rosa?

Como toda coqueta, no habia guardado en el

bien lo tendrás ; pero olvida que hemos sido amantes.

— Lo olvidaré para todo menos para lo que pueda serte útil.

— ¿Con que es decir que no te opones á que me case con Virginia?

— Lejos de oponerme, te ayudaré si es necesario.

— ¿Es decir que seremos hermanos? Que tú no volverás á hablarme de tu cariño, y en cambio disfrutarás absoluta libertad y el dinero que necesites.

— Respecto á dinero, replicó Juana, nada tenemos que hablar; pero en cuanto á libertad absoluta...

— ¿Pudieras decirme qué uso piensas hacer de ella? dijo cariñosamente el mayor.

— Sí, abandonar la soledad, buscar el olvido en el bullicio.

— Bien pensado, exclamó D. José con alegría; pero dime, ¿cómo has podido enterarte?...

— Ese es mi secreto. El mayor no quiso insistir, esperando que pronto lo averiguaria, y dando la mano cariñosamente á Juana, le dijo:

— Mañana te diré lo que deseo que hagas.

— Está bien. Hasta mañana, hermano, contestó Juana, saliendo del cuarto.

## CAPITULO XX.

AMA Y CRIADO.

Mientras Rafael renunciaba así el empleo que el oficial mayor le habia procurado; mientras este discurría nuevos planes para apoderarse de Virginia, y mientras David seguía dedicando su culto á un amor desgraciado, y tanto mas desgraciado cuanto su objeto era menos digno, ¿qué habia sido de Rosa?

Como toda coqueta, no habia guardado en el

corazon mas que un débil vestigio de sus relaciones con el general; pero la muerte de este, aun cuando en realidad no la afectaba dolorosamente, le habia servido muy bien de pábulo á su romanticismo, y todos los que creian de buena fe en aquella sensibilidad tan exquisita, la compadecian como á una víctima del destino.

Ella, casta azucena de suavísimos aromas; ella, tipo de la idealidad mas elevada, habia visto agostarse sus ilusiones al soplo abrasador de un desengaño.

Así es el mundo, tempestuoso; carnaval donde los mas ingeniosos toman el disfraz que mejor les conviene y corren de un lado á otro, burlando la buena fe de unos pocos que juzgan equivocadamente, llevados de una engañosa apariencia.

Rosa era muy hábil para que la sociedad llegase á traslucir su verdadero carácter. Así es que bajo aquel antifaz de elevacion, la hemos visto abrigar una pasion indigna de su estado.

Mateo, sin cejar un solo instante en el camino que se habia propuesto seguir, habia adelantado increíblemente.

Su conducta sagaz habia exaltado la fogosa pasion de su ama.

Sucedió lo que debia: la coqueta habia caído en sus redes. La mariposa se habia abrasado.

Para acabar de embriagarse, la atmósfera de sensualidad con que la habia rodeado Mateo, se condensaba con los miasmas envenenados del cielo.

Una coqueta de baja condicion que habia entrado al servicio de la casa, parecia decidida á arrebatar á su ama la presa.

El amante, aprovechando con tino la posicion en que lo colocaba la nueva pretendiente, determinó valerse de esta ventaja para obligar á Rosa á rendirse. Dice un refran que el que escoge elige lo peor, y á la verdad, no es muy raro que así se verifique.

Rosa, que habia visto á sus piés tantos adoradores que merecian haber sido acogidos con benevolencia, hubiera podido hacer una eleccion que le asegurase un porvenir halagüeño; pero atrincherada, por decirlo así, tras de su desden, no habia dejado penetrar al fondo de su alma el cariño de alguno de aquellos jóvenes cuyo nombre hubiera podido aceptar sin avergonzarse.

Sus pasiones se despertaron naturalmente, y to-



maron un vuelo inaudito con las sagaces excitaciones de Mateo. Lo que Rosa sentia no era el amor que da vida; era el fuego que consume: no la límpida corriente del tímido arroyuelo que besa y reanima las flores, sino el torrente impetuoso que arranca las mas robustas encinas.

Dominada de tal modo, no podia menos de verse vencida en una lucha en que, como dejamos asentado, solo valen la educacion y la moral religiosa.

El dia siguiente al en que supo la muerte del general, habia salido D. Antonio para Querétaro á una de sus especulaciones; y desde entonces las entrevistas de Mateo y de Rosa se habian prolongado y multiplicado de tal modo, que los criados, á pesar de la inmaculada opinion de que disfrutaba Rosa, comenzaban á murmurar.

Mateo, delante de Rosa y de los criados, afectaba cierta predileccion por la camarera coqueta, conducta que explicaba á su ama cuando estaban solos, alegando la necesidad de un disimulo.

Rosa tenia que sucumbir, aunque con el corazon hecho pedazos.

Era de noche: las luces del zaguan, la escalera

y el corredor se habian apagado. Las criadas dormian en su cuarto. El portero habia apagado tambien su vela, Mateo tenia su habitacion junto á la del portero. Todo parecia dormir; el reloj de la catedral comenzó á sonar, y el sonoro timbre de la campana repitió con pausa sus golpes. Era la media noche.

Apenas acababa de extinguirse su última vibracion, cuando la puerta del cuarto del lacayo se abrió con tanto silencio, que no pudo oirse el mas leve ruido.

Una parte de la sombra proyectada por la arquera del patio se hizo mas profunda, y cual un negro fantasma comenzó á deslizarse próximo á la pared.

Era Mateo.

Subió la escalera tan levemente como si apenas tocara con sus piés el suelo.

Siguió á lo largo del corredor hasta llegar á la puerta de la sala. Inmediatamente se abrió esta, y el lacayo penetró en aquella pieza.

Rosa era la que habia abierto: despues de cerrar la vidriera con precaucion, hizo lo mismo con las puertas. Acercóse en seguida á la chimenea, y

levantando la tapa de una de esas lámparas de noche hechas de porcelana, iluminó la pieza repentinamente.

Mateo esperó á que Rosa tomase asiento, y afectando una hipócrita timidez, tomó asiento en el sillón junto á su amante.

Rosa fué quien rompió el silencio.

— Mateo, ya ves cuánto hago por tí.

— Es verdad, señorita Rosa, contestó el criado bajando tímidamente los ojos.

— Me has obligado á esta entrevista y quiero saber con qué objeto.

— ¿Con qué objeto? repitió Mateo. ¡Ay! dijo suspirando profundamente, ¿con qué objeto? con el de que Vd. decida de mi suerte.

— ¿Pues qué, aun exiges mas?

— ¡Ay! señorita, y volvió á suspirar, se conoce que Vd. no ama como yo.

— Pero bien: ¿qué mas exiges? dijo Rosa queriendo conservar su dignidad.

— Yo, balbuceó Mateo con un aire extremado de tristeza, nada puedo exigir, he venido á suplicar.

A medida que el acento de Mateo era mas tímido, crecía en Rosa la exaltación.

— Bien, Mateo, pero no creo que tengas motivo para desear mas pruebas de mi cariño.

Sin dejar su acento quejumbroso, contestó:

— ¿Qué pruebas tengo? Y sobre todo, ¿para qué sirven las que Vd. tan bondadosamente me da? Yo, colocado por la suerte en una esfera inferior á la de Vd., nunca debiera haberla amado.

— ¿Porqué? interrogó Rosa.

— Porque... porque no tengo esperanza, dijo Mateo, bajando los ojos del mismo modo que lo haría una doncella al escuchar la primera declaración de amor.

— ¿Pues qué no te bastan las seguridades que te he dado de mi cariño?

— Conozco que hace Vd. mas de lo que merezco..... pero... ya Vd. ve... un corazón ardiente como el mío siempre está temeroso..... los celos.....

— ¡Celos! ¿Y de quién? interrumpió Rosa; y hallando ocasión de tomárselos á Mateo, añadió:

— Yo sí tengo motivo para celarte; y arrepentida de aquella debilidad, siguió diciendo: — Pero no temo, porque creo que soy infinitamente mejor que esa fastidiosa.

Hacia alusión á la camarera, su rival.

— ¡ Ah! dijo Mateo con aire compungido, eso sería imposible; porque aunque estoy colocado en esta esfera, mis pensamientos son elevados; esto me ha hecho amar á Vd. con una pasión tan profunda. Hay muchas señoritas; pero no todas tienen el alma que Vd., y solo por eso creo en su cariño. Solo las almas elevadas comprenden que también los pobres sabemos amar, que tenemos corazón. Bien podrán quitarnos las comodidades; pero jamás nos arrancarán los sentimientos. Si transijo con esa mujer, es por temor de que se descubra mi secreto; pero amarla, jamás.

A medida que Mateo adelantaba en su discurso erótico, su acento se habia ido animando progresivamente. Sus ojos despedían unas miradas tan ardientes, que Rosa estaba completamente fascinada. El lacayo prosiguió:

— Por eso he pedido á Vd. esta cita, y estoy resuelto á acabar con tan terrible situación. ¿ Me ama Vd., señorita Rosa?

— Puesto que estás aquí no debes dudarle, contestó la jóven valiéndose de este circunloquio

para expresar una idea que habria deseado manifestar claramente.

— Yo no puedo vivir así, dijo Mateo, y vengo á suplicarla..... pero no..... Vd. no me lo concederá.

— Díme, ¿ qué quieres?

Mateo, despues de un momento de duda, exclamó afectando resolución:

— Quiero un poco del cabello de Vd.

— ¿ Y para qué? dijo Rosa.

— ¿ Para qué? para tenerlo sobre mi pecho al tiempo de morir.

— ¡ De aquí á allá!...

— Es que voy á morir mañana.

— ¿ Mañana? exclamó Rosa, cuyo romanticismo temió verdaderamente una catástrofe. ¿ Y porqué?

— Porque soy pobre y Vd. nunca se decidirá á casarse con un sirviente, dijo con acento de profundo dolor. Y aunque se decidiera, añadió, el señor D. Antonio se opondría.

— ¡ Mi padre! es cierto, nunca lo consentirá, pero viviremos amándonos, dijo Rosa con acento apasionado.

— ¡No! no! exclamó Mateo con acento de la desesperacion, poniéndose la mano sobre la frente. ¡No! La vida me pesa: estos temores, estos celos me matan, Rosa; Rosa, voy á morir por tí.

Rosa no pudo resistir á este raptó de aparente abnegacion. Si tú mueres, moriré yo también, replicó verdaderamente conmovida.

Mateo, con la frente inclinada sobre las manos de Rosa, que estrechaba con ternura y besaba con pasion, comenzó á sollozar. Rosa también lloraba balbuceando de tiempo en tiempo:

— ¡Mateo, Mateo! No temas, que jamás te abandonaré.

Al fin, viendo este que había logrado conmovier á Rosa, enjugándose las lágrimas le dijo:

— Adios, Rosita. ¡No me olvide Vd.!

— Espera: todavía hay remedio.

— ¿Cuál?

— ¿Quién sabe lo que podrá suceder?

— ¡Ay! suspiró Mateo con desconsuelo.  
Veremos si nos ocurre algun medio.

— Solo hay uno.

— ¿Cuál es?

— Que huyamos.

— ¡Imposible! dijo Rosa asustada.

— Entonces, ¡adios!

— Pero... ¿y mi honor?

— Mañana llega el señor D. Antonio. Los criados han sospechado lo que pasa: sé que van á decirlo. Me despedirán, pero al salir de aquí me estrellaré la cabeza; y sin dar tiempo para que Rosa contestase, añadió:

— Lo que siento únicamente es que de todos modos se va á hablar de Vd.

Rosa había temido ya lo que Mateo le decia. Inmediatamente se agolparon á su cerebro una multitud de ideas sobre la rechifla que iba á caer sobre ella. Ya le parecia ver aquella multitud de jóvenes á quienes había menospreciado, lanzando sobre ella miradas burlescas y sátiras amargas. Y tanto por el temor de perder á Mateo cuanto por el de tener que soportar los reproches de D. Antonio, contestó:

— Mañana, antes de que papá venga, me resolveré.

— ¡Imposible! La resolucion debe ser ahora mismo, de lo contrario...

— Pero... ¿cuándo partiremos?

— Esta noche misma.

— Pero ¿cómo?

— Todo lo tengo dispuesto.

— ¡Mateo, por Dios! ¡Mateo! dijo Rosa trémula de emoción, ¿qué vamos á hacer?

— A buscar la felicidad que el mundo me niega, dijo este con resolución.

— ¡No! no! No puedo resolverme.

— Entonces... ¡adios para siempre! dijo dando un paso para salir. Mañana Vd. quedará deshonrada y yo estaré muerto.

— ¡No! no! exclamó Rosa llorando. Pues que no puedo evitar la deshonra, evitaré al menos tu muerte.... ¡Huyamos!

El lacayo había logrado su objeto. A la madrugada salían por la garita de San Cosme, llevando Rosa una cajita con sus alhajas y el lacayo una buena porción del dinero que encerraba la caja de D. Antonio y que asaltó á excusas de Rosa, valido de su turbación y de la confianza que había hecho de él.

## CAPITULO XXI.

EN TACUBA.

Tacuba, bonita población situada al oeste de Méjico, á una distancia de 3/4 de legua, participa en cierto modo de la belleza y tranquilidad místicas y del buen gusto de las grandes ciudades. Tiene buenos edificios, entre los que sobresale el llamado « Pensil americano. » Sus extensas campiñas son fecundas y corresponden dócilmente á la mano del labrador, que con poco trabaja hace producir

las legumbres y semillas mas sabrosas y las flores mas variadas. Su terreno plano parecia monótono, á no ser porque aquella planicie de Méjico tiene en algunos puntos alturas artificiales, restos de los monumentos aztecas. Y aun cuando la ambicion de algunos especuladores y las investigaciones de los arqueólogos han destruido en parte estos recuerdos históricos, quedan los vestigios de las gigantescas obras de los primitivos habitantes de esta parte de la América.

La imaginacion, preparada por la contemplacion del magnífico sabino (ahuehuete), bajo cuyo árido ramaje sintió Hernan Cortés pesar sobre su corazon la mas profunda tristeza, donde suspiró al recuerdo de la patria, donde lloró amargamente creyendo abortados sus ambiciosos proyectos; la imaginacion, repetimos, preparada por estas consideraciones, busca con ansia todo lo que le recuerda los nobles esfuerzos de aquella raza de atletas que sacrificó sus individuos á millares para oponer un dique á la conquista.

Colocado el observador en una de esas alturas monumentales de que hemos hecho mencion, la vista se extasia con la contemplacion de un mag-

nífico panorama, cuyo horizonte forman espesas arboledas, selvas floridas, y cuyos límites son los azulados montes que apenas alcanzan á distinguirse.

Hacia el Sur se levanta majestuoso el cerro de Chapultepec con su célebre acueducto, su pintoresco castillo y sus bosques de sabino seculares.

En una de las casas de Tacuba, propiedad de D. José, habia dispuesto esta la fiesta á que habia invitado á la familia de David; conociendo sus inclinaciones, habia procurado conciliar el buen gusto con la economía. La casa estaba amueblada con suma sencillez; y Juana, que habia llegado allí la víspera, manifestó en esta ocasion su pulcritud y habilidad en el arte culinario. Las piezas ostentaban el aseo hasta tocar en el escrúpulo. Los pisos parecian pintados en fuerza de la limpieza.

Dos cocineras habian estado en movimiento desde la noche anterior, pelando pavos, moliendo masas y disponiendo rellenos, y á pesar de haberse acostado á media noche, al amanecer habian vuelto á la tarea con nuevo shinco.

Dejemos á Juana ocupada en estos preparativos

domésticos, y veamos lo que pasa en casa de Virginia.

También esta se había ocupado en prepararse para el paseo, y con la coquetería propia de toda mujer había dispuesto desde la víspera un traje de muselina blanco.

Se había esmerado en los preliminares de la fiesta, creyendo que Rafael sería de la partida. Su corazón, preocupado enteramente con su cariño, alimentaba su fuego con tanto más placer y confianza cuanto era más inocente. La renuncia de Rafael había sido para ella un presagio de buena ventura; desde entonces, volviendo la calma á su corazón, había afirmado su afecto con una dulce esperanza. — Rafael, había pensado ella, no tiene más relación que la nuestra. Sus ojos parecen mirarme con una tierna predilección, y siempre sus palabras son lisonjeras. Su acento es siempre tierno para mí. ¿Sería imposible que me amase? se preguntaba algunas veces. ¡No! se decía. Pero ¿porqué guarda una reserva tan obstinada?

A veces esta misma reserva la atormentaba con temores desconocidos. Su candor era un obstáculo para que pudiera darse cuenta de aquellos temo-

res que puede explicarse quien ama con reflexión, y ya hemos visto que Virginia solo había comprendido su amor oyendo las apasionadas quejas de David.

Fluctuando entre el temor y la esperanza, había hecho sus preparativos.

David, por su parte, habiendo sabido por la voz pública la escandalosa conducta de su adorada, había sentido desfallecer su ánimo completamente, porque, como sucede con frecuencia, conservaba aun alguna esperanza que destruyó aquel secreto.

Como esto había ocurrido pocos días antes de la fiesta promovida por el mayor, el día señalado llegaba para él velado por una nube funesta: nada tenía para él atractivo más que el trabajo.

Pasaba largas horas escribiendo las más sentidas composiciones, que revelaban el amor más puro y apasionado; en otras, pintaba con tal verdad su despecho y su dolor, que Virginia no podía escucharlas sin derramar abundantes lágrimas.

David y Virginia eran semejantes á dos blancos botones de rosa, nacidos de un mismo tallo, nu-

tridos con una misma savia, cuyos perfumes se confundian y que estaban destinados al parecer á morir tan unidos como habian vivido.

Agostadas en su principio todas las ilusiones de David, comenzaba á sentir el hastío que mina la existencia como un corrosivo lento.

Empleado en el ministerio, cuyo jefe era Don José, vió con placer llegar á su casa un ordenanza que le avisaba que el día de la fiesta debian asistir todos los empleados á la oficina para un trabajo urgente.

Así lo habia dispuesto el astuto mayor para impedir que David acompañase á su familia á Tacuba: con el objeto de que se creyese que él tambien estaba ocupado, encargó al licenciado Ferriz fuese por la familia para conducirla á Tacuba. Tenia así tal encargo en la ausencia del mayor hasta la hora del almuerzo, por la extraordinaria ocupacion que se habia ofrecido. Esta no era, como puede inferirse, mas que un pretexto. Multitud de copias, relativas á la convencion española, habian servido para el caso, y todos los empleados debian afanarse por concluir aquellas copias, cuyo alto objeto diplomático era librar al

jefe de aquella oficial de un obstáculo para sus proyectos.

El licenciado Perez Ferriz, cuya absoluta sumision al oficial mayor nos es conocida desde el tiempo en que tuvo que intervenir en la causa instruida contra David, no desmintió en esa ocasion su aquiescencia, cuya causa sabremos mas tarde. Debemos antes decir que D. Antonio, en el primer impulso de su dolor al advertir la fuga de Rosa, ansioso de vengarse habia intentado una seria persecucion contra el infame que le habia arrebatado cuanto tenia de mas caro en el mundo: ¡su dinero!... ¡su hija!

La obcecacion del cariño paternal le hacia dudar aun de que la fuga de esta fuese el resultado de sus relaciones con Mateo. Todo hubiera creído menos aquella degradacion, que convertia á la jóven espiritual en la mancha de su cochero.

Decíamos que el licenciado Perez Ferriz habia obsequiado las insinuaciones del mayor, y en consecuencia se presentó en la casa de David el día designado, á las siete de la mañana.

Conocemos ya el carácter de la familia, y excusando al lector vanas fórmulas de política, le di-



remos que fué recibido por ella con la mayor cordialidad, y que inmediatamente se pusieron en camino en el coche que para tal objeto habia traído el licenciado.

Eran cualidades relevantes en este el comedimiento y el agrado, por consiguiente muy poco bastó para ganarse la confianza de aquella familia, pues su misma sencillez les impedía sospechar mala fe en cualquiera persona; pero mucho menos en un amigo de D. José, que habia sabido apoderarse del corazón de aquellas buenas gentes.

Las atenciones mas asiduas, unidas á algunos favores que muy bien pudieran llamarse beneficios, habian hecho de D. José un báculo para D. Juan y para D<sup>a</sup>. Isabel.

Desde que el mayor habia entrado á la casa, la pension del viejo veterano se pagaba con toda exactitud. David habia obtenido una colocacion en el ministerio, y dos dias despues de la renuncia de Rafael fué nombrado para sustituirlo.

Durante el camino, se redujo la conversacion á encomiar la generosidad de D. José y su intachable conducta.

Aun cuando el licenciado tuviera motivos para

sospechar de esta, carecia de libertad para contrariar la buena opinion de que aquel disfrutaba, y por consiguiente no hizo mas que confirmarlo.

Entretenidos así atravesaron la hermosa calzada que conduce hasta Tacuba, haciendo D. Juan algunas observaciones sobre la frescura del tiempo, la alegría de las praderas y la belleza de las situaciones.

Doña Isabel lamentaba la ausencia de su querido David, y Virginia manifestaba el placer que le causaban las diversiones campestres y sus vivos deseos de radicarse en el campo.

El coche se detuvo, y Juana recibió á los convidados con tanta cordialidad como si hubiera sido, en efecto, hermana de D. José, bajo cuyo titulo la habia anunciado este.

Cuando hubieron tomado asiento, el licenciado invitó á Virginia para que tocase pretextando el cansancio. Virginia, llevada de la curiosidad natural, accedió gustosa.

Llevada de sus ideas melancólicas comenzó á ejecutar un trozo de Aschar con una dulzura extraordinaria. Su habilidad no podia compararse con la de Rosa; pero siendo verdadera la ternura

de su alma, la comunicaba á las armónías de tal modo que hacian sentir las mas vivas emociones.

Los lectores nos acusarán de omisos por no haberles dado á conocer hasta ahora el tipo del licenciado.

Vamos á hacerlo. Su cráneo aplastado estaba cubierto de pelo negro erizado como el de un jabalí; la frente era corta y sus ojos eran pequenitos y de un tinte verdoso; la nariz levantada en su extremo; su boca grande, de labios de un rojo vivísimos, unidos á una dentadura blanca como el marfil que resaltaba sobre su color aceitinado. Era endeble como D. José, y sus modales algo femeniles producian cierta especie de repulsion. Al hablar miraba continuamente sus manos cuidadas con sumo esmero y cubiertas de sortijas, y sus piés estaban calzados con unos botines de raso con zapatilla de charol y adornados con un lazo de seda. Su voz, algo atiplada, se hacia mas aguda cuanto era mas cariñosa. Llevaba una camisa muy fina curiosamente bordada, cuyos cuellos abiertos en extremo casi dejaban ver una parte del pecho; chaleco amarillo claro; pantalon negro muy ajustado; casaca verde oscuro con botones de metal.

Al llegar Virginia al final de aquella sublime frase *Gardez cette fleur*, en que Aashar derrama tesoros de melancolía y de genio, la destreza de la jóven arrancó una exclamacion al licenciado. Juana aplaudió tambien.

Esta contemplaba con lástima á aquella jóven de miradas tan puras, de frente tan cándida, que iba á ser victima de las infernales maquinaciones de su seductor. Los recuerdos de su florida juventud se agruparon á su memoria, y la tristeza de su presente empañó sus ojos con lágrimas que apenas le era dado contener.

— Señor licenciado, dijo, ya que yo no puedo todavía desprenderme de aquí, ruego á Vd. me desempeñe, acompañando á los señores á dar una vuelta por el jardin.

— No, no, dijo D<sup>a</sup>. Isabel. En ese caso aprovecharemos el tiempo yendo á la iglesia para visitar al Señor. Ya tengo ganas de verlo.

— Y yo tambien, dijo D. Juan levantándose; pero los jóvenes, dijo indicando con la mirada al abogado, no gustan mucho de esas visitas. Eso se queda para nosotros los viejos.

— Yo, sí, dijo Virginia. Muchas ganas tengo de ir.

— Y también yo, chilló el licenciado con una falsa sonrisa.

Doña Isabel levantándose abrazó á Juana con una franca cordialidad, diciéndole : « Pues vamos, á no ser que nos necesite Vd. para que la ayudemos. »

— Cierto, añadió Virginia con una dulce sonrisa, yo también estoy dispuesta.

— Gracias, gracias, dijo Juana, vayan Vds. y acuérdense de mí.

Salieron : el licenciado ofreció su brazo á D<sup>a</sup>. Isabel, pero D. Juan le obligó á que acompañase á Virginia diciendo :

— Los muchachos con los muchachos ; los viejos con los viejos.

Llegaron á la capilla.

Doña Isabel fué á colocarse, según la costumbre de las ancianas, cerca de la barandilla : Virginia se arrojó á su lado : D. Juan se acercó á una banca, y el abogado, después de haberse signado descuidadamente, se puso á contemplar la multitud de retablos que representan accidentes acaecidos á los devotos.

Doña Isabel rezaba en alta voz el rosario, D. Juan balbuceaba el Trisagio.

Virginia, con los ojos fijos sobre la imágen del Señor crucificado, parecía absorta en su adoración.

Así es como los ángeles deben adorar al Hacedor en el cielo.

A pocos momentos, llegó una mujer cubierta con un rebozo nuevo y burdo sobre un vestido de seda verde oscuro sumamente ajado. Cayó de rodillas con tal violencia, que pareció desplomarse ; y apoyando la cabeza sobre la barandilla, comenzó á sollozar, exclamando á media voz :

— Señor, Señor, yo te he olvidado y justo es mi castigo. Pero aquí me tienes que vengo á pedir misericordia.

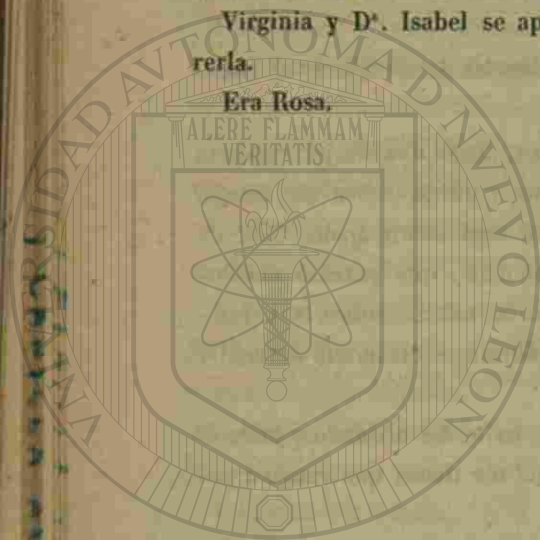
Y siguió sollozando.

Virginia, distraída por el grande dolor cuya expansion presenciaba, volvió la cabeza hácia aquella mujer y quedó sorprendida viendo la finura de su cutis y el aire culto que se percibía al través de su pobreza. Hubiera deseado interrogarla ; pero temió ofenderla, si interrumpía su oración : y levantando de nuevo el pensamiento al cielo, rogó á Dios por aquella infeliz.

Pero de nuevo fué interrumpida por el ruido que causó aquella mujer, cayendo desfallecida.

Virginia y D<sup>a</sup>. Isabel se apresuraron á socorrerla.

Era Rosa,



## CAPITULO XXII.

QUÉ ESPECIE DE CONEJOS HABIA EN TACUBA.

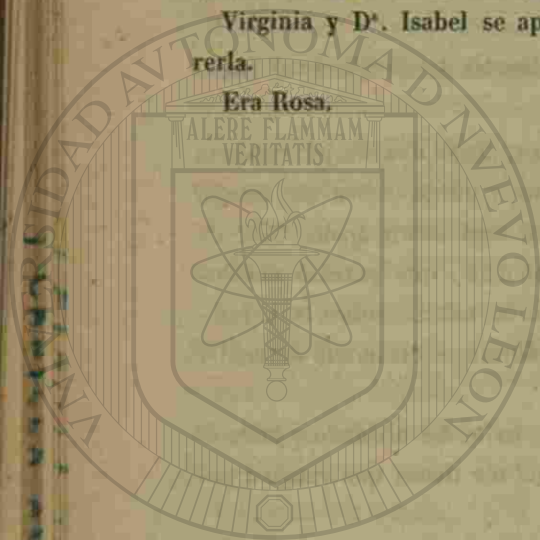
Vuelta en sí en fuerza de los cuidados de D<sup>a</sup>. Isabel y de Virginia, Rosa les dió las gracias y se disponia á marchar; pero ambas se empeñaron en acompañarla á su casa. Y no teniendo fuerzas para ir por sí sola, se vió precisada á aceptar aquella oferta. Salió apoyándose en el brazo de D. Juan y del abogado.

La casa no estaba lejos. Frente á la esquina

Pero de nuevo fué interrumpida por el ruido que causó aquella mujer, cayendo desfallecida.

Virginia y D<sup>a</sup>. Isabel se apresuraron á socorrerla.

Era Rosa,



## CAPITULO XXII.

QUÉ ESPECIE DE CONEJOS HABIA EN TACUBA.

Vuelta en sí en fuerza de los cuidados de D<sup>a</sup>. Isabel y de Virginia, Rosa les dió las gracias y se disponia á marchar; pero ambas se empeñaron en acompañarla á su casa. Y no teniendo fuerzas para ir por sí sola, se vió precisada á aceptar aquella oferta. Salió apoyándose en el brazo de D. Juan y del abogado.

La casa no estaba lejos. Frente á la esquina

occidental de la parroquia hay un casucho miserable de adobe que en algun tiempo estuvo blanqueado; á ambos lados de la puerta hay dos bancos formados tambien con adobes, cubriendo todo el frente un cobertizo de tejamanil. Sobre uno de los bancos está una canasta llena de frutas, que indica que el dueño de la casa comercia en este ramo así como tambien en el de pulques, pues una barrica llena de este líquido se encuentra al otro lado de la puerta acompañada de gigantescos vasos y *jicaras* de colores. Esta es la entrada de la casa de Rosa.

¡Qué cambio tan espantoso!

Se componia la casa de dos piezas y un corral pequeño. En la pieza de entrada, llamémosla sala, estaba un hornillo bajo, en el que ardian unos leños despidiendo un humo pestífero. En un rincón del piso, que era de tierra aplanada, estaban unos costales, una pala y una hoz. Una mesa de forma antigua y extravagante y un tronco de fresno completaban el ajuar. Rosa hubiera querido detener allí á las gentes que la acompañaban y pretendió sentarse en el tronco; pero una indígena que estaba moliendo maíz, viendo que Rosa

estaba enferma, la obligó á que entrase á la otra pieza.

Era la alcoba.

Un banco sucio de madera blanca cubierto con dos esteras de tule y una frazada burda era todo lo que se veia en el cuarto para servir de descanso. En la pared y junto á una tronera con honores de ventana se veia suspendido un crucifijo de talla colosal (despojo de alguna iglesia arruinada). La imágen del Salvador se hallaba en un estado lamentable, pues el rostro, las manos y los piés estaban roídos por los ratones. A los piés de la cruz habia hacinada multitud de estampas de la Virgen bajo diversas advocaciones, y por último, una tablita suspendida, sobre la que ardian dos restos escuálidos de vela de sebo.

A esta pieza fué conducida y sobre este miserable lecho colocada aquella Rosa cuya altivez rechazó á David.

El despecho y la vergüenza renovaron el dolor en aquella desgraciada jóven, cuya pena agravaba la dulzura y la benevolencia de Virginia.

— No llore Vd., le decia. Cualquiera cosa que sea, encontrará Vd. el remedio ó el consuelo.

— ¡Ay! decía Rosa sollozando. Ya no puedo encontrarlos mas que en el sepulcro.

— No diga Vd. eso, decía D<sup>a</sup>. Isabel

— No desespere Vd., añadía Virginia.

— Si Vd. supiera... Pero no, no... añadía después, nunca me resolveré á decirlo.

En efecto, como toda persona que sufre, luchaba entre el deseo de manifestar su pena para desahogarse y el temor de verse menospreciada.

Sin haber podido averiguar cosa alguna, tuvieron que retirarse el abogado, D. Juan, D<sup>a</sup>. Isabel y Virginia, no sin haber prometido estas que volverían á verla.

El tiempo habia corrido y D. José acababa de llegar.

Media hora después se sentaron á la mesa. A instancias de D. José, D. Juan ocupó la cabecera; al lado derecho del veterano estaba D<sup>a</sup>. Isabel, y en seguida el mayor; quedando colocados en el frente de D<sup>a</sup>. Isabel Juana, luego Virginia, y el licenciado inmediato á ella.

Después de haber tomado una succulenta sopa de vagre que habia servido D. José, el licenciado tomó una botella del Rhin; comenzaron las liba-

ciones, y desde este momento y como si lo hubieran convenido de antemano, D. José se encargó de obsequiar á D<sup>a</sup>. Isabel, Juana á D. Juan, y el licenciado á Virginia. Los tres estaban tan complacientes, que nada dejaron que desear. Cada platillo era ofrecido con tanta urbanidad y finura, que era imposible repulsarlo; y en seguida habia necesidad de beber bajo el pretexto de la digestion.

El veterano y D<sup>a</sup>. Isabel bebían medianamente; el primero asegurando que como buen soldado estaba á prueba de bomba, y la señora encomiando la suavidad del licor. Juana bebía abundantemente. El licenciado no lo hacia mal; pues cada vez que Virginia rehusaba, el abogado llenaba su copa diciendo con voz chillona:

— Pues á la salud de Vd.

Virginia y el mayor eran los únicos que no bebían: aquella por sobriedad, este para tener expeditas sus facultades.

Juana, que al principio habia estado muy comunicativa, á los postres se habia puesto taciturna.

Don Juan traía en continua revuelta los nom-

bres de Hidalgo, Morelos, Guerrero y Bravo; el pueblo de Dolores, Granaditas y las Cruces, y hubo momento en que llorara al recuerdo de su caballo el *mosquete*. D<sup>a</sup>. Isabel se consolaba, con el Oporto y el Champagne, de la ausencia de David; y el licenciado, con singular soprano mas agudo que de costumbre, hablaba de su calzado y de sus sortijas. El mayor devoraba á Virginia con la mirada; y la jóven sonrojándose bajaba los ojos. Juana le preguntó la causa de su tristeza, y Virginia, tanto porque se hallaba afectada por el suceso de Rosa como para disimular que la causa principal era su amor para con Rafael, contestó:

— No puedo olvidar á la jóven de esta mañana.

— ¿Qué jóven es esa? preguntó el mayor.

— ¿Pues qué no sabe Vd.? chilló el licenciado, es un suceso de comedia.

— Una jóven que se desmayó esta mañana, dijo D<sup>a</sup>. Isabel.

— ¿Una jóven desmayada! ¿de qué familia? preguntó el mayor á Juana.

— No sé, dijo esta.

— ¿Dónde vive? insistió el mayor.

— En la casita que está frente de la iglesia, dijo D. Juan.

— Creo que es pulquería, añadió D<sup>a</sup>. Isabel.

— Entonces, dijo el mayor, será la hija de Matiana.

— ¿Quién es Matiana? preguntó Virginia.

— La dueña de la casita, contestó Juana.

— ¡Qué Matiana, ni qué Matiana! dijo el licenciado gritando casi, la desmayada no es india, parece toda una señorita.

— Ahora la conocerá Vd., porque vamos á verla antes de irnos, dijo D<sup>a</sup>. Isabel.

— ¡Pobrecita! dijo Virginia suspirando.

— « ¡Qué sensible es! » pensó Juana; y el oficial mayor « si me amase. »

Fuera de este incidente, la comida concluyó con la mayor tranquilidad.

El oficial mayor se sentia mas apasionado, Juana mas celosa, D. Juan mas pesaroso de que hubiera muerto su caballo *mosquete*. D<sup>a</sup>. Isabel suspiraba mas frecuentemente por su hijo, Virginia estaba mas hermosa y el abogado mas comunicativo.

El mayor propuso que se sirviera el café en



la sala; queria tomar el aire segun dijo, se sentia afectado de la cabeza.

Este fué el pretexto que le sirvió para no jugar al tresillo con D. Juan y D<sup>a</sup>. Isabel; pero suplicó al abogado que los acompañase.

Este se prestó gustoso, y apenas concluyeron de tomar el café, se entabló la partida.

Juana invitó á Virginia á dar una vuelta por el campo, y el mayor pidió permiso para acostarse un rato.

Dejemos al abogado, que con una torpeza extraña comenzó á dejarse dar codillos, ya por D. Juan, ya por D<sup>a</sup>. Isabel, y sigamos á Virginia y á Juana.

Esta comenzó por pasar una revista en toda la casa, y en obsequio de la verdad debemos decir que estaba tan conmovida por la inocencia y el candor de Virginia, que sentia impulsos de prepararla para que no cayese en el lazo que se la tendia; pero guardó silencio con aquel egoismo de los corazones perversos por la desgracia. Tenia además, como veremos despues, otras razones para callar.

Saliendo de la casa, siguieron la calle recta

hasta llegar á la plaza; atravesando esta, tomaron á la derecha una senda angosta, formada por multitud de rosales y otras diversas flores.

Llegaron á una plazoleta de forma irregular. En este sitio hay una especie de banquetta. Juana invitó á Virginia para tomar un descanso exclamando:

— ¡Oh qué hermoso es el campo! Yo vengo á pasar mis horas de ocio en este lugar, y me distraigo mucho al ver los conejos cómo corren de un lado á otro.

— ¡Cuánto deseo verlos!

— Por aquí anda un muchacho, voy á decirle que los espante hácia este lado, para que los vea Vd. correr; pero no se mueva, porque no vendrán.

— Iré con Vd., dijo Virginia por aquel impulso natural que hace que las jóvenes temen quedarse solas.

— Entonces nada verá Vd., no tardó, contestó Juana alejándose con presteza.

Virginia quedó sola. Su pensamiento, ocupado continuamente con la memoria de Rafael, comenzó á vagar por los espacios imaginarios con la rapidez que le es peculiar.

La noche anterior habia estado Rafael en la casa; y cuando le participaron é invitaron para la fiesta, se excusó alegando que el mayor no le habia hablado de ello. A pesar de esto, los ancianos insistieron aduciendo la mucha confianza que tenia con el mayor; y él, aunque casi resuelto á no concurrir, habia tenido que poner en duda su resolución.

Conociendo Virginia el carácter del jóven, comprendió que no iria; y habia sentido una especie de pesar, pensando que Rafael no la veria con su traje de fiesta. ¿Es inverosímil esta clase de coquetería en una jóven como Virginia? De ninguna manera. El amor propio es el móvil mas poderoso para todos los corazones. El deseo de agradar es innato, por decirlo así.

En las jóvenes se desarrolla este deseo mas particularmente; y ya que la sociedad, injusta siempre, obliga al sexo femenino á ocultar bajo un velo de modestia los sentimientos mas tiernos de su corazón, las mujeres toman su desquite dando á sus facciones, á su talle, á sus miradas un encanto que equilibre sus desventajas. Solo que unas exageran el cuidado que toman para conseguir su fin,

y otras lo ocultan con destreza. Unas lo hacen con reflexion, y otras sin ella.

Virginia era una de las últimas. ¿Quién la culpá por ello?

Por eso, con la esperanza de que Rafael fuese de la partida, se habia preparado de antemano, y estaba en efecto encantadora. Un vestido de muselina sencillísimo, color de violeta claro, hacia resaltar la blancura de su cuello. Tenia su talle un lazo ancho de seda morado profundo, y sus cabellos estaban adornados con flores del mismo color. Sus grandes ojos vagaban de un lado á otro, y podia conocerse á primera vista que habia olvidado á los conejos. Repentinamente las matas se mueven. Virginia vuelve la vista hácia el lado en donde percibió el ruido, y dió un grito de sorpresa.

Era Rafael.

Virginia no podia creerlo. Al parecer, su pensamiento lo habia evocado. ®

Con la candidez de un niño, se puso á sonreir diciendo:

— Me asustó Vd.

Con turbacion y quitándose el sombrero:

— ¡Yo! Suplico á Vd. que me perdone, dijo Rafael.

— ¿Perdonar á Vd.? replicó Virginia; y notando la confusion de Rafael y la palidez de su semblante, añadió en seguida:

— ¿Pero qué tiene Vd.?

— Yo, balbuceó Rafael, nada, solo que...

— Con que yo que debía estar asustada no lo estoy: ya se ve, añadió sonriéndose, cuando Vd. llegó, me estaba acordando de que habia Vd. ofrecido venir.

— ¡Seria posible! exclamó Rafael cambiando de expresion súbitamente su semblante. ¡Qué dichoso soy!

— Vd. dichoso, ¿y porqué?

— ¿Vd. me lo pregunta? contestó el jóven con un aire triste.

— Sí: ¿porqué es dicha que yo me acuerde de Vd.?

— ¡Ah! suspiró Rafael, ¿no lo ha comprendido Vd. aun?

— ¿El qué?... preguntó Virginia con sencillez.

Rafael dudó un momento; pero luego, como

obligado por una fuerza superior, exclamó con el acento de una tierna resolucion, dando á su mirada una dulzura que nunca habia notado Virginia:— Sí! no puedo callar por mas tiempo. Amo á Vd., Virginia, amo á Vd. Cada dia que pasa da nueva fuerza al amor que por Vd. siento.

Si Virginia hubiera sido menos inocente, se habria sorprendido ó habria fingido sorprenderse al escuchar esta declaracion; pero educada de tal modo que no tenia conocimiento de las frases y modales que usan las mujeres en tales casos, lejos de mostrarse enojada, contestó con la mas dulce sonrisa á Rafael que esperaba confuso:

— Y yo tambien amo á Vd.

— ¡Ay! exclamó Rafael con efusion, ¿será cierto! ¿Con que no ama Vd. á otro?

— No, Rafael, á mi familia y á Vd.; ¿pero cómo ha sabido Vd. que estaba yo aquí?

— ¡Ah! dijo Rafael con disgusto, ¿es una infamia!

— ¿Qué? preguntó Virginia.

— He recibido una carta en que me dicen que viniera á este sitio, donde corria Vd. gran peligro.

— ¡Yo! exclamó levantándose asustada; ¿quién quiere hacerme mal?

— Don José.

— Don José, nuestro bienhechor! dijo Virginia dudando; pero ¿qué mal puede hacerme, preguntó con candor, el que nos ha llenado de beneficios?

— ¡Quién sabe! murmuró Rafael. Acaso sea una calumnia; y dirigiéndose á Virginia: — Sin embargo, bueno es que estemos prevenidos. No sé porqué á pesar mio sospecho de él: me parece un hombre falso.

En este momento se agitó el ramaje.

Era el mayor, que había llegado á tiempo para escuchar la conversacion de ambos amantes, y cuya cólera le obligó á hacer el movimiento que los interrumpió.

Juana apareció por el mismo lado por donde había venido, exclamando con acento entrecortado por la fatiga:

¿Han pasado los conejos?

— No, murmuró Virginia con alguna confusión.

### CAPITULO XXIII.

PLANES.

Juana aparentó extrañar la presencia de Rafael allí; y este la explicó diciendo que había venido á pié de Atcapozalco con el objeto de hacer ejercicio y esperar en Tacuba el ómnibus para volverse á Méjico en compañía de la familia.

La explicacion era muy natural; pero aunque

no lo fuera, Juana tenia interés en darse por satisfecha con aquella disculpa.

Volvieron á la casa, donde encontraron al abogado jugando aun, y bostezando extraordinariamente. D. Juan y D<sup>a</sup>. Isabel estaban contentísimos, habian ganado al abogado algunos duros.

El mayor acababa de entrar á la sala, entrecerrando los ojos como á quien molesta la luz del dia.

Rafael fué recibido por el abogado con la mas insoportable fatuidad, por los padres de Virginia y por el mayor muy cordialmente.

Este, con una refinada hipocresía, puso el semblante mas compungido, y tendiendo la mano al jóven practicante, exclamó :

— ¡Cómo he sentido que no nos haya Vd. acompañado á la mesa !

Rafael, cuyo corazón estaba envenenado por la duda, apenas acertó á contestar.

— ¿Qué habrá sucedido con la del desmayo? dijo el abogado, abriendo la boca desmesuradamente y buscando un pretexto para levantarse de la mesa.

— Es verdad, dijo D<sup>a</sup>. Isabel que deseaba hacer

lo mismo. Hemos prometido volver antes de irnos.

— Pues vamos, vamos, dijo D. Juan levantándose definitivamente, porque ya es tarde.

— Sí, sí, para no mortificarla, añadió el mayor dirigiendo á Juana una mirada de sarcasmo, Juanita se quedará á disponer lo que haya de llevarse, y el señor licenciado se quedará á hacerme compañía : tengo que hacerle una consulta.

— Pues arreglado, dijo D. Juan.

D. Juan, D<sup>a</sup>. Isabel y Virginia salieron de la casa.

El abogado y el mayor quedaron solos.

— ¿Y bien? preguntó aquel fijando en D. José una mirada interrogativa.

— Ese miserable se interpone siempre en mi camino.

— ¿Quién? el practicante?

— Sí, afirmó el mayor con rabia reconcentrada : todo mi plan ha descompuesto.

— ¿Pero cómo? Vd. no lo habia convidado.

— Y sin embargo ha venido.

— ¿Con qué pretexto?

— Los viejos han tenido la culpa... Qué sé yo,

el caso es que cuando iba yo á hablarle á Virginia, la encontré en amable coloquio con un demonio.

— Ja, ja, ja. ¡Vaya un chasco!

No es eso lo peor, dijo el mayor mas colérico todavá con la risa del licenciado.

— ¿Pues qué hay mas? dijo este cambiando de semblante.

— Ese nombre, dijo el mayor fijando en el abogado una mirada inquisitorial, ha recibido una carta donde se le avisa que yo tengo mis miras respecto de la muchacha.

El mayor sospechaba de su cómplice; por eso al hablarle procuraba leer en su semblante, pero el abogado resistió la prueba y sin inmutarse contestó:

— Pero ¿quién puede haberle dicho?...

— Eso es lo que quisiera saber.

— Solo Vd. y Juana están en el secreto.

— Supongo, dijo el abogado, que no me hará Vd. la injuria de dudar de mi lealtad.

— ¡Oh! no, dijo el mayor, que consideraba inútil y hasta cierto punto peligroso malquistarse

con Ferriz, de ninguna manera; pero Juana ¿qué interés tendria en denunciarme?

— ¡Quién sabe!... las mujeres son muy vengativas.

— Tiene Vd. razon; pero mientras lo averiguo, necesito á toda costa que ese hombre no se apodere de Virginia.

— ¿Se entienden? preguntó el abogado.

— Algo mas que eso, se aman.

— Entonces, el negocio es difícil.

— ¡Bah! dijo el mayor con aire desdeñoso, el que quiere facilita, y yo quiero como nunca y espero que Vd. me ayudará á encontrar un modo.

— Ciertamente; pero puesto que ese jóven no ha querido marcharse ocupando un puesto distinguido, puesto que ya cuenta con el corazon de Virginia, debe estar interesado vivamente y no se dejará arrebatarse la presa.

— Pero yo estoy decidido á no abandonársela y pagaria bien á quien me ayudase á lograr mi objeto, con dinero todo se consigue.

— Menos el amor de una jóven como Virginia.

— Pero, en fin, dijo D. José impaciente ya,

porque el abogado no lo sacaba de su apuro, ¿Vd. no me ayudará?

— Yo estoy dispuesto, contestó con socarronería; pero temo que á Vd. le parezca caro y violento.

— En el estado en que me hallo, aceptaría lo que se me propusiese con tal de alcanzar mi fin.

El abogado entonces se levantó del asiento, echó una mirada escudriñadora hácia las piezas interiores, cerró las puertas cuidadosamente y acercándose al mayor y hablando tan suavemente que apenas podría oírsele, murmuró: *los muertos no estorban.*

La frente del mayor se cubrió súbitamente de una palidez mortal; cualquiera habria creído que no esperaba semejante proposición. Se contentó con responder bien.

— ¿Hay persona segura? preguntó con la misma suavidad.

— Sí, contestó Ferriz, pero es preciso pagarle bien.

— No importa, dijo D. José, pero que mi nombre no se pronuncie.

— Absolutamente, dijo el abogado; pero los documentos que Vd. tiene ¿volverán á mi poder?

— ¿Y qué garantía me quedará de la discreción de Vd.?

— ¿Qué pruebas tendré para acusarlo?

— Esa denuncia que se ha hecho á Rafael de mis pretensiones.

— Pero muerto este... dijo el abogado...

El mayor interrumpió: — Quedará la carta y será una terrible prueba.

— Esa carta le será á Vd. entregada.

— Sin embargo el ejecutor podrá denunciarnos.

— Para que Vd. pierda la desconfianza, le diré que el individuo á quien pienso ocupar está complicado en los asesinatos de San Vicente; creo que Vd. lo conoce, es La Roca; solo yo tengo las pruebas que lo condenan, se las ofreceré con la impunidad de este nuevo hecho y el dinero que servirá para asegurarse del todo.

— Perfectamente; ¿cuándo quedaré libre?

— Lo mas pronto posible, mañana tal vez.

— Señor licenciado, dijo el mayor tendiéndole la mano, es Vd. un buen amigo: créame Vd., el

amor de esta mujer me hace criminal; pero ya Vd. ve, añadió haciendo un gesto como si fuera á llorar; estoy en la dura alternativa de morir ó de matar; porque, lo repito, perder á esta mujer es morir.

— Ya, ya, dijo el abogado con un acento indefinible que pudiera interpretarse muy bien como un sarcasmo, comprendo la dura necesidad que obliga á Vd.; y en caso semejante, añadió, para asegurar mas al mayor yo haria lo mismo.

— ¿Es verdad? preguntó este, satisfecho al ver que el abogado aprobaba plenamente su conducta.

— Sí, sí, señor D. José, afirmó Ferriz dándole una palmada en el hombro, Vd. se casará, y yo seré muy dichoso viendo que lo es.

Explicaremos al lector el origen de esta amistad y del predominio que ejercía el mayor sobre el licenciado.

Este habia ocupado la prefectura de un colegio nacional, y allí, valido de su autoridad, cometió uno de aquellos crímenes que la pluma se resiste á escribir. Hizo mas, para cubrir los gastos que su mala inclinacion le hacia erogar falsificó la firma del mayordomo, y solo por influjo de D. José

logró verse libre del castigo, porque el mayor, interponiendo la amistad que lo unia con el mayordomo, y acosando su conciencia demasiado timorata, logró que le entregase los documentos falsificados que se reservó para ejercer la autoridad que hemos visto sobre Ferriz.

Como además le prestó la cantidad que habia usurpado por aquel medio para indemnizar al mayordomo, tenia doble motivo para permanecer subordinado á D. José.

Abandonemos á los cómplices y vamos á seguir á la familia de David.

Precisamente en el momento en que esta salia de la casa para ver á Rosa, el ómnibus de Méjico se detenia frente á la parroquia, y David saltó ligeramente de él.

Dió un abrazo á cada uno, y D<sup>a</sup>. Isabel, dándole un beso en la mano, lo invitó á que los acompañase tomando al mismo tiempo su brazo. Rafael tomó el de Virginia.

Pocos momentos despues llegaron á la puerta de la casa.

Rosa estaba tomando una taza de caldo que le habia dado la indígena.



Las lágrimas bañaban su semblante, y apenas tenia fuerzas para levantar el trasto que contenía aquel líquido. ¿Era efecto del dolor, ó del hambre?

Eran ambas cosas.

Su orgullo se habia resistido algun tiempo á solicitar un asilo y un pan; pero al fin ese móvil irresistible que se llama necesidad, venció el amor propio, y á las primeras palabras encontró un abrigo en aquella pocilga; pero el caldo que tomaba en ese momento era lo primero que habia podido proporcionarle la caridad de aquella mujer en cuya casa la hemos encontrado.

Doña Isabel y Virginia se adelantaron solas al interior de la pieza. Rafael, D. Juan y David tomaron asiento en las bancas de la puerta.

Rosa, al ver á las señoras, interrumpió su comida y comenzó á sollozar.

Inmediatamente Virginia se acercó y comenzó á estrecharla contra su corazon llorando tambien.

¿Porqué lloraba? Por instinto.

Su exquisita cuanto verdadera sensibilidad se conmovia al advertir una pena cualquiera, y con aquella benevolencia propia de un corazon noble

se apropiaba, por decirlo así, los sufrimientos ajenos.

Por esto lloraba sin saber aun toda la magnitud de la desgracia de Rosa.

Despues de haberse desahogado Rosa derramando abundantes lágrimas, obligada por las instancias de Virginia y sobre todo por la simpatía que le inspiraba, se decidió á confiarle sus penas, aunque disimulando una parte de la verdad.

— Yo, le decia, podia ser hoy muy dichosa; pero mi orgullo me ha precipitado en la desgracia.

Era rica y feliz. Tengo un padre que me ama con pasion; hubiera podido unir mi suerte con la de algun jóven de mérito, pues en mi posicion nunca me faltaron pretendientes. Uno entre todos se distinguia por su amabilidad, por sus buenos principios y sobre todo por una adhesion de las mas apasionadas. Yo lo amaba, aunque con las reservas á que me obligaba mi carácter orgulloso, y cegada de mi ambicion lo menosprecié para corresponder á un fatuo cuyo porvenir me parecia podria satisfacer mas mis tendencias. ¡Ay! mis sueños se desvanecieron, porque ese individuo

fué asesinado. Mi corazón sintió la necesidad de amar, y sin tener quien me dirigiese, aislada por mi mismo carácter, concebí afecto por un hombre indigno, cuyas miras eran únicamente abusar de mi poca experiencia. Creí sus palabras y una noche abandoné mi casa en su compañía. Me llevó al pueblo de los Remedios, y hace cuatro días me trajo aquí pretextando que estaríamos mejor; pero al día siguiente desapareció llevándose todo lo que habíamos sacado, abandonándome absolutamente á mi triste suerte. Sin conocimientos, he pasado tres días en la miseria, y hasta hoy me decidí á venir á esta casita á pedir un abrigo mientras tomo una resolución.

Acabando de pronunciar estas palabras empezó de nuevo á llorar. Virginia y D<sup>a</sup>. Isabel, llevadas de su natural bondadoso, procuraron consolarla y le ofrecieron llevarla á Méjico y tenerla en su casa hasta que pudiera volver al lado de su padre.

Ambas contaban con el buen corazón del veterano; lo llamaron para comunicarle lo que pasaba, y desde luego accedió gustoso, diciendo á Rosa:

— El caso es grave; pero no debemos abando-

nar á Vd. en su desgracia, tendrá Vd. en mí un padre y mi familia será la suya, mientras logramos que Vd. vuelva á su casa.

— ¡Ah, señor! exclamó Rosa, Dios es quien ha traído á Vd. para mi salvación, porque estaba resuelta á morir.

— Hacia Vd. mal, contestó el veterano, la Providencia nunca abandona á sus criaturas.

— Ya lo veo, dijo Rosa, lo que sufro es un justo castigo y acepto gustosa mis dolores y la vergüenza que hoy paso. Así aplacaré la cólera divina.

— Sí, dijo D<sup>a</sup>. Isabel, Dios tiene los brazos abiertos para los que se arrepienten de veras.

— Verá Vd., dijo Virginia, como consigue volver á su casa y ser feliz.

— ¡Ay! dijo Rosa, la infamia me acompañará por todas partes.

— ¿Y qué importa? ¿Si Dios perdona á Vd. ? repuso D<sup>a</sup>. Isabel.

— Es cierto, es cierto. La sociedad no perdona; pero el cielo es mas indulgente, agregó Rosa.

— Pues vamos que el ómnibus va á pasar.

Aunque Rosa temía encontrar en el carruaje alguna persona conocida, no se atrevió á poner dificultad alguna.

Hasta tal extremo abate la desgracia.

Iban á salir, cuando David se levantó del asiento y se encontró frente á frente de Rosa.

David palideció extraordinariamente retrocediendo dos pasos.

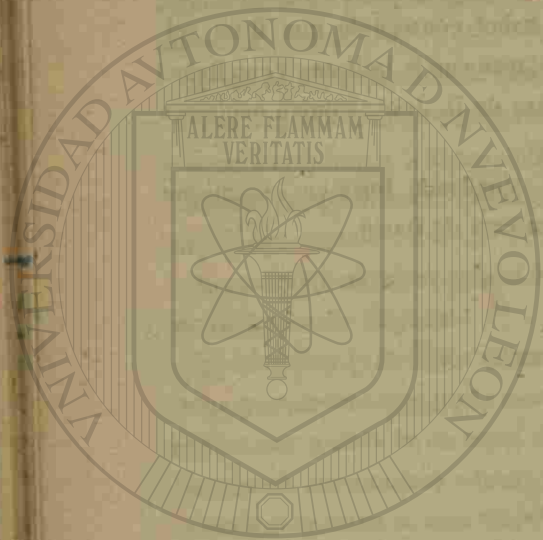
Rosa exhaló un grito agudo y cayó desmayada en los brazos de Virginia.

La sorpresa y el dolor enmudecieron al jóven poeta por algunos minutos; cuando se repuso explicó á sus padres la emocion de Rosa y la suya, declarando sus antiguas relaciones, aunque ocultando con cuidado lo que habia en ellas de desfavorable para Rosa. Desde luego ocurrió á D. Juan la dificultad de llevarla á su casa por estos antecedentes, así como David la de que teniendo el mayor amistad con el padre de Rosa, tampoco convenia que aquel la viese.

Rafael desvaneció una y otra dificultad, ofreciéndose á conducir á Rosa en un coche particular que le mandaria David; y respecto á la de que Rosa fuese á la casa, obligando á D. Juan á que

mientras Rosa volvía á la suya, David se fuese con él al hotel. Así quedó convenido; y en consecuencia, despues de haber conseguido que Rosa volviera en sí, la dejaron con la indígena y con Rafael y se fueron á casa de D. José, á quien ocultaron lo que pasaba.

Así se verificó, quedando Rosa en esa misma noche instalada en casa de David.



#### CAPITULO XXIV.

VENGANZAS.

Después de haber dejado á la familia de David en su casa el oficial mayor, se retiró á la suya lleno de inquietud y casi arrepentido de haberse empeñado en la lucha hasta llegar al asesinato; pero su corazón, acostumbrado á ver padecer á sus víctimas, se había endurecido y obstinado. Como todo criminal, había comenzado por aceptar pequeñas

responsabilidades; pero los muchos años que llevaba de hacinar faltas sobre faltas, produjeron los funestos resultados que vemos.

Y sin embargo la conciencia, ese juez terrible é inexorable que repite continuamente su grito aterrador, hablaba en ese momento á D. José con una fuerza tal que lo obligaba á dudar en la ejecución de aquel proyecto criminal. Pero esta duda no era por humanidad, sino por temor.

Llegó á su casa sobresaltado, y aunque antes de acostarse tomó la precancion de echarse á pechos sendos tragos de cognac, no pudo conciliar el sueño.

Veamos, mientras él se revuelve en su lecho, lo que pasaba en casa de David.

Este luego que llegó envió un coche á Tacuba, y en él fué á buscar á Rafael y Rosa por la dificultad de que el cochero cumplierse su encargo.

Al ver á David, Rosa sintió de nuevo agolparse á su cerebro toda la sangre, y cubriéndose la cara con las manos, exclamó:

— ¡Ah! David, David, ¿porqué vuelve Vd. á presenciár mi desgracia. ¿Cómo me despreciará Vd!

— No la desprecio á Vd., contestó David tendiéndole la mano; la compadezco, y si mi amistad fuese bastante eficaz, procuraría calmar sus penas.

No era falso lo que David decía. Su corazón generoso, que no habia podido olvidar á aquella mujer á pesar de su ingratitud, se conmovia dolorosamente al verla tan desgraciada, y si hubiera creido que su afecto era capaz de curar los males de Rosa, indudablemente se lo habria ofrecido.

Pero él, sincero por naturaleza, no podia creer que Rosa lo hubiera amado, puesto que lo habia abandonado con tanto desden.

Por eso le ofreció únicamente su amistad.

Rosa, por el contrario, entonces sentia una amargura al considerar que habia perdido aquel cariño espiritual y sublime que con tanto rendimiento se le ofreció, y sus pesares se hicieron mas acerbos todavía.

Para los individuos inteligentes y pensadores las penas morales son mas terribles, porque penetran mas profundamente en el alma, dejando una huella indeleble.

Entraron en el coche y llegaron á Méjico, llo-

rando Rosa ; y David así como Rafael procurando mitigar su dolor.

El mayor se había marchado ya ; y despues de haber tomado un poco de té , Rafael y David se retiraron al hotel.

Mucho tiempo pasaron ambos amigos hablando sobre la desgraciada Rosa , y por último Rafael , deseando entregarse con toda libertad á la contemplación de su felicidad , dió las buenas noches á David , acostándose en seguida ambos amigos en distintos cuartos.

El oso , aquel perro que hemos visto al principio de esta historia , se recostó como de costumbre á los piés de la cama de Rafael.

Eran las dos de la mañana. La ciudad toda dormía. Rafael estaba en silencio hacia algun tiempo , las luces de los corredores flameaban penosamente despidiendo sus últimos resplandores.

La puerta de uno de los cuartos mas retirados se abrió misteriosamente , y un individuo , atravesando el corredor de un segundo patio , se adelantó apresuradamente y como quien tiene alguna urgencia por el otro corredor donde estaba el cuarto de Rafael. Llegado á él , volvió la cara há-

cia todos lados para ver si lo observaban , y notando que estaba solo , empujó la puerta con suavidad. Estaba abierta. Se adelantó entonces tan silenciosamente que ni el oso pudo sentir sus pasos.

Pocos momentos despues se escuchó un ruido sordo , un ladrido ahogado , luego dos ó tres golpes , y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces , cuando el asesino se hubo asegurado de que su víctima no existia , encendió un cerillo , registró los papeles que traia en el bolsillo , y no encontrando lo que buscaba abrió el cajon de la mesa de noche , de donde sacó varios papeles. Sin duda halló lo que deseaba , pues La Roca , á quien ya conocemos , y que era el asesino , hizo un gesto de satisfaccion , y doblando un papel lo guardó cuidadosamente.

A la luz que proyectaba el cerillo podia verse una ancha herida en la cara del asesino , y al oso jadeante y moribundo al lado de un cadáver.

A la madrugada La Roca salió del cuarto para tomar la diligencia de Puebla.

Antes de tomar asiento , un hombre embozado en una frazada se acercó á él misteriosamente y llamándolo aparte :

— ¿Qué hay? le preguntó en voz baja.

— Está despachado, contestó La Roca con el mismo misterio.

— ¿La carta? preguntó el embozado.

— Aquí está, venga el dinero, repuso La Roca y entregó al embozado el papel que había recogido, recibiendo en cambio un cartucho con oro que acomodó en un cinturón después de haberse asegurado que era dinero efectivo.

Diez minutos después partió al galope la diligencia.

El embozado tomó apresuradamente las calles rectas hasta llegar á los portales de Agustinos; tomando en seguida el de Mercaderes, siguió hasta la calle de Cordobanes, y deteniéndose á la puerta de la casa del oficial mayor, fingió que tosía.

La puerta se abrió: subió la escalera y tocó la vidriera del cuarto de D. José. Este, que no podía dormir, saltó inmediatamente de la cama y abrió la puerta, sin investigar á quién.

El abogado le había dicho que estuviera sobre aviso, y la exaltación de su cerebro no le permitió advertir que el zaguán se había abierto sin que él lo sintiese.

El embozado, sin descubrirse porque la vela estaba encendida aun, sacando de debajo de la frazada el papel que había recibido de La Roca, le dijo:

— De parte del señor licenciado Perez Ferriz.

Don José tomó la carta con mano trémula y se acercó á la vela para leerla. Estaba manchada de sangre.

Don José estaba lívido, y sus cejas se recogieron extraordinariamente al concluir su lectura.

Volviéndose entonces al embozado, le dijo:

— Está bien, puede Vd. retirarse.

— ¿Está Vd. satisfecho? dijo el embozado.

El mayor por toda respuesta tomó la vela en la mano con visible agitación, y acercándola al desconocido preguntó con voz imperiosa:

— ¿Quién es Vd.?

— ¿Qué importa mi nombre, repuso el otro ocultándose mas bajo el embozo, si soy portador de la buena nueva?

El mayor retrocediendo hasta la mesa de noche, tomó una pistola, diciéndole antes de mostrarla:

— Hay secretos que son funestos para el que los sorprende.

El desconocido, que habia notado los movimientos del mayor, en vez de retroceder, se adelantó hácia él y bajando el embozo dejó ver su semblante atezado.

— ¡Era Sabino!

— Estoy desarmado, mátame, dijo abriendo su chaleco, ¿qué importa un nuevo crimen? Pero antes oye lo que tengo que decirte.

El mayor estupefacto procuraba reconocer aquella fisonomía.

— ¿Sabes, preguntó el negro, quién es ese jóven tan lleno de vida y que prometia esperanzas tan lisonjeras á quien has hecho asesinar?

— ¿Y tú, qué tienes que ver en este asunto? preguntó el mayor, procurando librarse de aquella fascinación que ejercia sobre él aquel hombre.

— Vas á saberlo, dijo el negro: ¿te acuerdas de Matilde?...

— ¡Ah! hizo el mayor, tú eres Sabino.

— Sí; yo soy: yo amaba á Matilde mejor que tú, puesto que le he prestado mi apoyo hasta su último instante.

— ¡Tú! dijo el mayor asombrado.

— Yo, ¡sí!

— Y el niño... ¿qué hiciste de él?

— ¡Yo! sostenerlo, educarlo, darle una profesion.

— ¿En dónde está? dime, suplicó con ansia el mayor.

— ¡Lo has hecho asesinar!

— ¡Mientes! gritó el mayor con un furor terrible.

— En la mano tienes la prueba de tu crimen y de su muerte.

— ¡Pues cómo... él... Rafael!

— ¡Era tu hijo!

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo D. José tirando la pistola y dejándose caer sobre un sillón. ¡No!... ¡No!... ¡No puede ser!... ¡No quiero que sea!...

El negro, adelantándose hácia el mayor, fijando sobre él una mirada semejante á la del tigre que se apodera de su presa, y levantando la mano hácia el cielo:

— Y sin embargo, así es, ¡malvado! Dios es justo y te castiga con clemencia. Yo amaba á Matilde, y tú la deshonraste; tú la perdiste, y luego la echaste en olvido. La hiciste morir en la mise-





